AÑO III BUENOS AIRES, OCTUBRE 20 DE 1919 No. 101

LA NOVELA SEMANAL



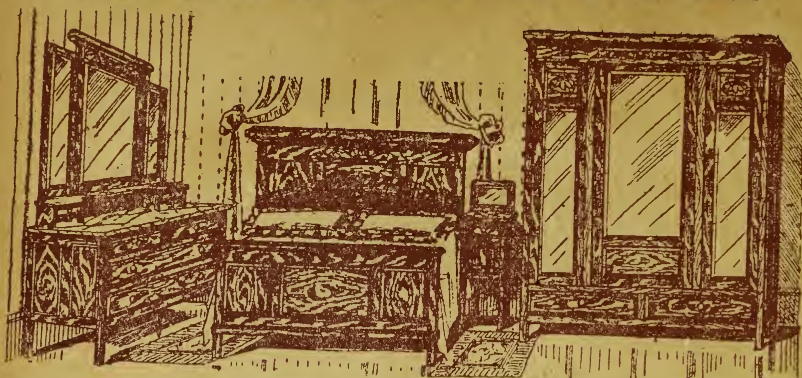
Sol de Amor

POR

ARMANDO MOOCK

No demoren - Con plata en mano

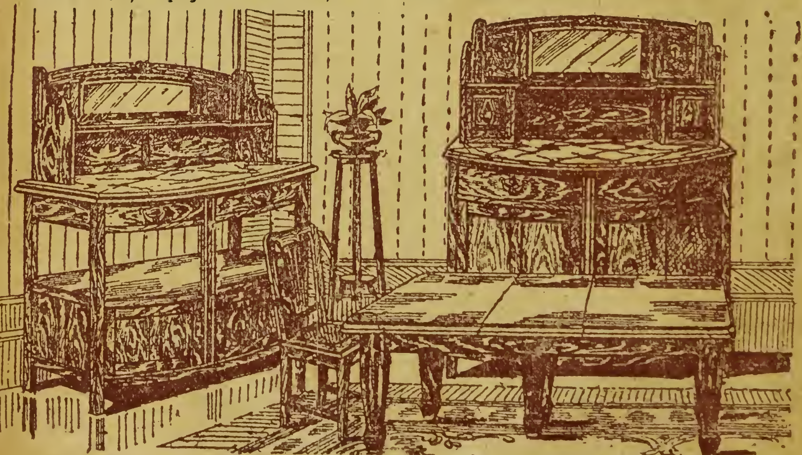
CASA SANZ 826 - SARMIENTO - 844 - NO TIENE SUCURSAL



REGIO DORMITORIO, 3 cuerpos, tipo importado, color roble macizo, lustrado a muñeca, 7 piezas con aplicaciones de bronce, a ..... $ **270**



DORMITORIO compuesto de 7 piezas, en color roble, con aplicaciones de bronce, espejos biselados, a.. $ **185**



COMEDOR roble norteamericano, forma "bombé", con incrustaciones de bronce: Aparador y trinchante .... $ **175**
Completo con 10 piezas .... $ 255

IMPORTANTISIMO

NUESTRO SUPLEMENTO MENSUAL

De gran interés para todos los lectores

Además de las obras que publicamos semanalmente, hemos resuelto para una fecha próxima, ampliar la forma de nuestras ediciones dando a publicidad mensualmente una obra notable equivalente en extensión a las grandes novelas de subido precio, cuyos autores serán seleccionados entre los escritores argentinos de mayor prestigio y aceptación pública.

Estos números que editaremos con gran lujo y abundante lectura constituirán *«El Suplemento Mensual»*, para cuya colección hemos dispuesto ya la confección de artísticas tapas a precios populares.

La higiene como principio fundamental para el mantenimiento de la vida

Transcripto de "La Maternité Scientifique" de Paris

La higiene en su definición pura tiene por objeto la conservación de la salud precaviendo enfermedades. Además, dicen los hombres de ciencia, es ley en la humanidad que el hombre mantenga su salud, fuerza y belleza, estableciendo una recíproca relación entre sus órganos, miembros y sentidos conservándose sano, fuerte y digno del fin para que fué creado. Y como la higiene tiene como sujeto al hombre, debe éste preocuparse de su autodefensa bien sea en cualquiera de las condiciones en que se halle; como hombre sano o como enfermo. En el primero de los casos es higiene preservativa o profiláctica y en el segundo es higiene defensiva.

Si hiciéramos una más vasta definición de la higiene podríamos dividirla en dos sentidos: la general y la individual.

De la primera es óbice decir que debe estar a cargo de las autoridades haciendo sentir su acción educativa en los pueblos, mediante los miles de medios que estén a su alcance y fáciles de efectuar en lugares de concurrencia pública, etc. La higiene individual o privada que es la principal, depende exclusivamente del individuo que la practique extendiendo su acción hasta los familiares que le rodeen. Muchos son los sistemas a seguirse para la práctica de la higiene y uno de los que más se usan por su fácil cometido es el empleo del lysoform. Este desinfectante tenaz, poderoso e inofensiva tiene un radio de acción tan grande y son tan múltiples y variadas sus aplicaciones que su uso se ha vulgarizado extraordinariamente entre todos los pueblos de nuestro continente. Siendo un preparado que no mancha y que es inodoro lo hace accesible a cualquiera aplicación, entre las cuales vamos a enumerar algunas: Se emplea como desodorante poderoso, como desinfectante de instrumentos en las operaciones quirúrgicas, para el lavado de cualquier clase de heridas y erupciones cutáneas, contra las picaduras de insectos y mordeduras de animales venenosos, hace desaparecer los sudores excesos hasta hacer cesar la exudación nocturna de los tuberculosos, para enfermedades de la piel como complemento de baños calientes, en la desinfección general contra enfermedades contagiosas como ser: tifus, grippe, difteria, etc. Pero donde la acción del lysoform se hace sentir con toda su benignidad, por los resultados eficientes que hemos constatado, es en la aplicación como desinfectante en los partos. El lysoform ya convertido en un preparado de uso doméstico y común, es hoy por hoy el único desinfectante eficaz e inofensivo que se interpone como una barrera salvadora e infranqueable entre el hombre y la variedad infinita de microbios que acechan a éste de continuo.

AÑO III — BUENOS AIRES, LUNES 20 DE OCTUBRE DE 1919 — N. 101
DIRECCION
MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

EL LUNES PROXIMO PUBLICAREMOS:

EL ULTIMO ENCUENTRO, por Julio Llanos

Este conocido escritor, nos ofrece un delicado romance, que el falso concepto de un padre, de esos que nunca fueron jóvenes, convierte en dolorosa historia lo que pudo ser un hermoso idilio.

SOL DE AMOR

POR

Armando Moock

El expreso de las 11.40 me había traído a la Capital por la treinta o cuarenta ava vez. Dándome un chapuzón en el lavabo del hotel para arrancarme el carboncillo cogido en el viaje, pensaba, irónicamente triste, en los regresos a mi terruño. Treinta o cuarenta veces había tomado el tren resuelto a no regresar jamás; partía hastiado de la vida de la capital, esa capital, que en nuestro mundillo intelectual llamábamos «La Aldea de los Prejuicios»; sentía la nostalgia de otros mundos más amplios, de otros horizontes donde ensanchar conocimientos y conquistar gloria. Oh! sí, lo confieso ruborizándome un poco, yo fuí uno de esos ilusos que sueñan en la conquista de la gloria, y hay que ver cómo! Escribiendo teatro! Dentro de mi corazón de veinte años, tenía acaparada una gran fe, me sentía un dramaturgo viril y potente, y mis colegas y mis amigos estaban de acuerdo al afirmar que yo triunfaría, varios éxitos obtenidos los autorizaba para asegurarlo. Yo locamente sentía el vértigo de la gloria, esa que el Conde Villiers de l'Isle Adam ha definido diciendo: «es una máquina material propuesta como medio de lograr infaliblemente un fin puramente intelectual». Comprendiendo que mi tierra era muy pequeña para encerrar el objeto de mi ambición, me despedí muchas veces, de los compañeros de bohemia, que periódicamente se reunían en el *Spleen Cabaret*, nombre pomposo, si consideramos que no pasaba aquello de ser un bodegón de barrio ultra Mapocho, donde los parroquianos que

bebían el vino negro de treinta centavos litro, eran todos obreros de las maestranzas de los ferrocarriles y gente maleante. Pero nosotros nos habíamos habituado a ir al «Guatón Bar», (este era su verdadero nombre) tanto porque estaba alejado del centro bullicioso de la población, como porque encontramos muy buena voluntad en el dueño del boliche para servirnos pagando a plazos problemáticos e indeterminados. El nombre de Spleen Cabaret lo encontramos más digno de nosotros, amen que nos libraba del riesgo de vernos asediados por los antipáticos, pues el rótulo estaba escrito, como la mayoría de las cosas nuestras, en la imaginación.

Allí se charlaba, se bebía, pero sobre todo se echaba mucho humo, se fumaba pipa, y entre sorbo y sorbo de cerveza, se fundaban revistas, diarios, se escribían dramas, comedias, cuentos, novela y poemas en toda suerte de metros y rimas, solo que esa valiosa, cuanto considerable labor, se esfumaba con el humo gris azulino de nuestras pipas.

Era de ver a aquel simpático grupo de muchachos bullangueros, discutidores y entusiastas, exponer ingénuamente sus ideales y sus planes llenos de amor y fantasía, a pesar de tener muchas veces los estómagos vacíos.

Fué después de una de esas noches de borrachera de ilusiones que yo quedé convencido de la necesidad imprescindible de ir a conquistar el mundo con la pluma. Me despedí, ellos me miraron con cara de sorpresa cuando les aseguré que era en serio y muy verdad que me marchaba lejos. Ellos, mis buenos e ilusos camaradas, se embriagaban con las palabras, juraban llevar a la práctica sus ideas, pero perdían demasiado energía en decirlas y no les sobraba para plasmarlas en la realidad; estaban tan acostumbrados a agotarse en verba, estában tan convencidos, aunque no lo habrían confesado nunca, que no eran más que palabras todos los estupendos proyectos forjados, que se quedaron entre perplejos y humillados ante mi resolución inquebrantable.

—Adónde vas, se puede saber? preguntó Colo Colo, el escritor jocoso, con una risita sarcástica.

—Pues, me voy a Buenos Aires, a... al infierno, si allí es preciso ir.

Maral el poeta, sonrió compasivamente, estiró sus brazos en alto, bostezó y cambiando posición en la silla me dijo:

—Lo soñaste anoche?, eso de ir al infierno es viaje que ya no tiene novedad, ya lo hizo el Dante.

—En fin, ya veremos si te vas, agregó González cabiloso.

—Pues, si te vas que te vaya bien, cantó en su voz de bajo profundo el escultor Gontran. Y Baltrina, engullendo un sandwich, masculló:

—Haces bien en irte, si yo pudiera haría lo mismo.

—Ah! si pudiéramos! exclamaron dos o tres a un tiempo, si pudiéramos no estaríamos aquí.

—Y quién los detiene?

—Que quién nos detiene? Parece que fueras tonto.

—Tal vez, pero, yo me voy.

—Pero, oye, estas hablando en serio?

—Y tanto, como que he venido a despedirme de Vds.

—Feliz, tú.

—Me voy para no volver sino trayendo gloria o fortuna. quedarse en esta ciudad chata, es la muerte de nuestro talento, es la asfixia, es el embotamiento, aquí toda idea tropieza con veinte mil prejuicios sangrientos.

—Tienes razón, vociferó Baltrina, a quien le habían rechazado en el Salón Oficial, su cuadro «Las Bacantes», porque le destempló los dientes al jurado.

—Aquí, continué, los hombres que se necesitan son hombres-máquinas, nosotros somos hombres-cerebros y estamos demás, estorbamos.

—Bravo, muy bien, estos son hombres, gritaron simulando un gran regocijo. Maral que no desperdiciaba oportunidad para beber, poniendose en pié sobre una silla, la leonina melena al viento, alzó la copa:

—Bebamos por el compañero que se vá, en pié todo el mundo, que sea ruidoso el chocar de los vasos, que sea épico este momento en que...

—Bravo, bravo, interrumpió Colocolo, que presentía una gran lata de labios de Maral. Mirólo, éste de un modo fulminante y terminó:

—Por tu felicidad, que la suerte te acompañe.

Todos bebimos alzando en alto las copas y haciendo derroche de ironía y malabarismo con las frases

Y me fuí. Flaco y sucio, como gato que abandonó el hogar que lo acaricia y mima por correr una aventura de Agosto, volví por la primera vez a la «Aldea de los Prejuicios», pero ya mis ojos se habían abierto a otros mundos, mis pupilas habían vislumbrado otros horizontes, y la ambición me aguijoneaba, y aún no bien repuesto de mis magulladuras, como don Quijote, emprendí nuevos viajes hacia los molinos gigantes y a la conquista de la ínsula de Barataria. Lástima grande que siempre Sancho se quedó en casa!

Esta era una de las ya incontables veces que regresaba maltrecho y malferido; y mientras arrinconaba mis valijas llenas de papeles, pensaba tristemente en el esfuerzo mío por ir lejos y en el empeño del ferrocarril de arrojarme nuevamente hacia esta tierra, que tiene, para mí, tantos recuerdos dolorosamente amargos. Al darme vuelta me encontré frente al espejo, me sorsorprendí pensando en mi fracaso y le hice una mueca de desdén a mi contrafigura, consulté el reloj, era más de media noche y bajé a grandes zancadas la escalera del Hotel, diciendo: Voy al Spleen Cabaret, estoy nuevamente en «La Aldea de los Prejuicios», esto lo repetí maquinalmente muchas veces, abrí bien los ojos y pisé fuerte, de esto necesitaba para convencerme que no era sueño mi derrota. Cuando ya me aproximaba al «Guaton Bar», tuve un ligero sobresalto:

—Y si no están allí?

Pero aquella duda se disipó tan pronto como hube dejado trás de mí la puerta mámpara del establecimiento y ví las luces

brillando opacamente, como estrellas en un cielo de noche brumosa, y un olor pestilente a tabaco y vino ordinario hirió mi laringe; allí en un rincón, el de siempre, sentados rodeando una mesa estaban ellos, mis viejos compañeros, incurables bohemios, nobles corazones, buenos muchachos...... Al pronto no me reconocieron, y es que estoy viejo y estropeàdo como mi baúl que lleva en el lomo muchas etiquetas y muchas abolladuras que hablan de tierras por donde rodó; la barba ha cubierto mi rostro como la hiedra parasitaria cubrió muros, puertas y ventanas del castillo de la bella del bosque; mi cara está surcada de arrugas profundas como las brechas del camino que conduce al pueblo en que nacieron mis abuelos; y mi cabeza se ha hundido entre mis hombres como se han hundido los tronos bajo el peso de la tiranía.

Un muchachito imberbe leía en esos instantes en un manuscrito y todos le rodeaban, formándole un templo griego con las columnas de humo de sus viejas pipas, esas viejas pipas que cual las meretrices, habían quemado en su seno desde el más fino y perfumado tabaco inglés de hebra hasta el ordinario y pestífero tabaco mezclado con bástamo de papa, sin quejarse. Benditas pipas resignadas! Desventuradas meretrices!

Terminaba la lectura:

.... «Señora, amo mi dolor inmenso, y siendo vos tan bella, no podéis ser menos que el refinado engendro del dolor, por eso os amo».

Un murmullo de aprobaciones, que yo había oído muchas veces al guardar mi manuscrito, que permaneció inédito, por no encontrar igual aceptación de parte de los directores de publicaciones, acogió al muchacho que bajó la vista para ocultar su satisfacción y orgullo y aparecer modesto.

Como el convidado de piedra avancé plantándome en medio de la reunión; hubo un silencio hostil para el intruso, un momento de perplejidad y luego estallaron las exclamaciones y vinieron los abrazos.

—Tú!!?

—El Abate Voltaire, aquí?

—Cuando has venido?

—Te creíamos muerto.

—Cuánto te hemos recordado!

—Estás más gordo y...... más viejo.

—Pero, toma asiento, cuenta cómo te ha ído, donde has estado, habla, habla, y me palmoteaban cariñosamente.

Al poco rato charlábamos animadamente. Di una mirada circular:

—Pero, aquí no están todos?

—Ya lo creo, no están todos los que son ni son todos los que están.

Faltaban muchos que habían sido reemplazados por esos muchachos que tenían los ojos brillantes de fe y juventud, por esos muchachos de dilatadas pupilas porque sueñan con horizontes infinitos, esos muchachos que me miraban como se mira a aquel de quien se ha oído hablar con cariño y respeto porque es un

ausente, porque es de los tiempos ídos; que miran con timidez porque ese huésped que está sentado a la mesa con ellos ha realizado algo que está entre sus planes quiméricos, algo que no han sido capaces de realizar: rodar tierras!

Sentí una viva emoción porque me reconocí en cada uno de ellos, y a pesar de mi fracaso, de mi desencanto, de mi pesimismo y de toda la amargura biliosa que traía, lo juro, no por mí, por ellos, por los de los ojos brillantes y dilatadas pupilas, no dije nada de los días sin pan ni de los manuscritos que otoñaban en el fondo de la valija. ¡Puede que ellos triunfen! A qué hacerles perder la fé, es tan hermosa y tan de juventud! Los dejé con sus quimeras y les hablé de los placeres, que he visto disfrutar a los viajeros ricos... Y por eso fué que cuando uno de ellos ingénuamente me dijo:

—Sí, se vive muy bien, se goza mucho, sólo acá tienen mala fortuna los artista. Para alejar esa conversación que a ellos les interesaba tanto pregunté por los ausentes:

—Qué ha sido de Maral, cuántos tomos de versos ha publicado?

—Maral? Tomos de versos? Se casó, tiene dos chicos, la mujer lo engaña.

—Y Colocolo que tenía tanto ingenio para el calembour.

—Pues, hizo el calembour más ingenioso de cuántos hiciera; se casó con una vieja rica.

—González, te acuerdas de González? dejó los versos, ya lo iremos a ver está de cronista de los hechos policiales en «Tribuna».

—Como tú ves, me decía, Peñalvez, que era quien me ilustraba, vamos quedando pocos de los viejos al pié del cañón.

—El único célebre, silbó uno de los noveles, es Gontrán.

—Pobre Gontrán! clamaron varias voces.

—Está enfermo?

—No, se ha hecho célebre haciendo reproducciones de estátuas para los salones de casas *non santas* y casas cursis.

—Y qué me dices de Baltrina que hace afiches, y cartelones para teatro.

—Y Creso?, pregunté herida repentinamente mi memoria con su recuerdo?

—Fernando Alcántara?

—Sí. Alcántara.

—No supíste?

—No, nada.

—Murió.

Y me contaron la trágica historia.

***

Fernando Alcantará no era poeta, novelista, dramaturgo ni estaba afiliado a ninguna de las artes.

Una noche había hecho irrupción en nuestro Spleen Cabaret perdido en la neblina espesa de una borrachera degradante, gritó

e hizo desorden. Quiso pegarle al patrón, que detrás del mostrador secaba vasos.

—Yo le voy a pegar a Vd. por..... porque me dá la gana, por gordo y porque me está desafiando con sus mangas arremangadas, y se fué a él indignado.

—Señor, vea, tenga calma, yo no lo desafío.

—Ah! no? Bueno, le perdono la vida.

Divisó a dos parroquianos que ni se habían percatado de su presencia tan absortos estaban en un juego de damas y fué a ellos.

—Jugando damas?

—Sí, señor.

—Y quién va ganando?

—Yo, señor.

—Mal hecho. Yo no quiero que pierda ninguno, el que pierde pierde por casualidad, el que gana, gana... a ver cómo es? Ah! sí, el que gana, gana por casualidad, las casualidades son infinitas, por una casualidad no pierden porque yo soy muy bueno y no quiero que ninguno se vaya triste. Y dando una manotada al tablero desarmó el juego, con gran indignación de los jugadores, le habrían pegado si él no los aplaca dando una conferencia:

—No saben el bien que les hago, el juego trae la miseria en el hogar, por el juego pelean los amigos, por el juego... y se emocionaba predicando.

—Pero si jugábamos por distraernos.

—Mal hecho, así se empieza. Tomó a cada uno del brazo y atrayéndolos hacia sí les dijo a voces, pero al oído:

—Voy a darles un consejo sano: vayan a acostarse porque están llamando la atención, están demasiado bebidos. Consejo de amigo.

Así, tambaleándose de mesa en mesa, llegó a la nuestra y como viera una silla vacía, con grandes dificultades se sentó entre nosotros, pidió excusas y en su lengua de trapo, nos dijo poniéndose el dedo en la sien, queriendo significar que aunque tenía la cabeza extraviada guardaba memoria.

—Yo sé que Vds., son artistas, a mi me gustan mucho, yo muchas veces me he sentido artista, pero después me ha dado flojera. Reciten algo.

Y se empinó el vaso de cerveza de Baltrina, quien a pesar de la simpatía que irradiaba el muchacho, no se sintió muy halagado. Alcántara se percató del gesto de desagrado y trató de reparar.

—Perdone amigo, es que tengo mucha sed, soy socialista, y ando muy bebido. No lo ha notado?

—Ocurrencia! Si disimula admirablemente, le dijo uno en sorna.

—Disimular es vivir bien, dijo en tono sentencioso y lanzó una carcajada. Es divertido, estúpidamente divertido! Yo salí con unos amigos y unas mujeres y me he perdido. Dónde estoy?

—En el «Guaton Bar».

—En el «Guaton Bar»?, Recapacitó un instante y luego, con un gesto de no darle importancia: Quizás dónde estará eso! Y

pronunciando un gentilísimo. « Con su permiso», y tomando una copa que no encontró lo suficientemente llena recogió en ella los restos de las demás y se las bebió!

Nosotros le dejamos hacer, porque nos fué altamente simpático.

Luego, entablamos conversación y él con verborrea de beodo nos habló de su vida y entre chiste y chiste terminó por llorar.

—Ha bebido Vd. demasiado, le dije, no lo debe hacer, le hace daño.

—Qué quiere Vd., tengo que beber, la vida es tan divertida, tan estúpidamente divertida. Vd. no ha vivido nunca bajo el influjo del alcohol?

—......... No queríamos confesar.

—Ah! es maravilloso, es divertido, es en los únicos momentos que siento la vida intensamente, es en los únicos momentos que he amado espiritualmente, me comprenden?

—Es un desengaño amoroso el que lo hace hablar así?

—Ah! ya salió aquello, una mujer es la causante.

—Nó, una mujer no; todas las mujeres, en todas ellas veo una de ojos color guinda seca y mejillas pálidas, en estos momentos la amo tanto, tanto, que sería capaz de cualquier sacrificio por ella, la veo y la siento tan buena, tan infinitamente buena, que me siento purificado de todos los daños y males que cometí, pero se quema en el alcohol que he ingerido y se vá, se vá...... y vuelvo a sentirme malo y a odiarla.

—Odia Vd., entonces, a las mujeres?

—Sí, las odio cordialmente, tanto que en cada beso que les doy se me figura que les arranco un pedazo de alma. Oh! Las mujeres, ellas, como la vida, son divertidas, estúpidamente divertidas.

—No les dé importancia si lo dañan tanto en su espíritu.

—Y a qué le voy a dar importancia, entonces?

Y se tomaba la cabeza a dos manos y la sacudía desesperado. Pobre muchacho!

—Vd. toma la vida demasiado apasionadamente por eso sufre. Y así como eso le dijimos mucho, tratando de consolarlo.

En agradecimiento, después de ímprobos esfuerzos para llegar a los bolsillos, sacó unos billetes arrugados y los entregó sobre la mesa.

—Yo tenía estos pesos para irme en auto a casa porque estoy muy borracho, pero mejor los invito a una copa.

—No, no, de ningún modo, — protestamos.

—......... Y Vds., me van a llevar a mi casa, porque estoy pensando que el auto tiene cuatro ruedas y Vds., tienen como veinte piernas; a Vd. le veo cuatro, le dijo a Colocolo, no sé si sano le vería las mismas.

—Es una buena idea.

—Mía al fin. Mozo! Traiga una corrida, yo pago.

Nosotros lo fuímos a dejar a su casa y nos hizo reir todo el camino con su ingenio, Nos preguntó a todos nuestros nombres.

—Cómo se llama Vd?

—Yo, Maral.

—Ah! sí, de Vd. leí unos sonetos, algunos buenos, los otros... Y se apretó la nariz.

— Vd.?

—Yo soy Colo Colo.

—Me ha hecho reir algunas veces. Bien, Colo Colo.

Pasábamo frente a una iglesia, nos hizo silencio poniendo el dedo en los labios y nos detuvo con el gesto.

—Silencio. Aquí está el símbolo: La ciudad toda nueva, moderna, sus calles rectilíneas,, sus casas limpias, esto chato, viejo, sucio, quebrando la calle pesadamente, todas las casas se han entrado para dejar paso al progreso, la iglesia no, la iglesia no se puede mover, es vieja, es pesada, es el símbolo.

—Mal hecho que sea Vd. tan poco creyente, no llegará a ser nada en esta tierra.

—*Je m'en fiche!* Pero a pesar de todo, me gustan las iglesias, es en uno de los pocos sitios en que llaman a los tontos con campana. Es divertido, estúpidamente divertido.

Frente al Monte de piedad pronunció un discurso que logró emocionar al vigilante de guardia.

—Maldita seas cementerio ibérico de todas mis prendas afectivas valorables, terminó diciendo.

Al día siguiente con los ojos capotudos y el cuerpo dolorido, mientras se rasuraba, hacía esfuerzos de memoria para reunir sus ideas confusas y dispersar respecto a los acontecimientos de la noche anterior.

—Dónde estará ese famoso «Guaton Bar»? Quiénes serían esos muchachos que me han traído hasta casa? Sí, eran escritores, estoy seguro.

Por la noche llegó bueno y sano, vino a pedirnos escusas:

—Yo sé que hice muchas marranadas, anoche, pero Vds., se pondrán en mi lugar y me disculparán.

—No faltaría otra cosa, hombre, no se preocupe de eso.

—Esta mañana lo único que recordaba con precisión era el nombre de «Guaton Bar», me hizo mucha gracia. tal vez, porque yo lo único que recuerdo es lo que me hace gracia.

—Y ese dato lo trajo acá?

—Sí, estuve averiguando, no faltó quien me proporcionara noticias, y aquí me tienen.

Se sentó a nuestra mesa y desde ese día siguió siendo nuestro compañero.

Según nos contó, no tenía ni padre ni madre, su tutor era el guardián de sus intereses.

—El tirano, como yo lo llamo, me entrega mensualmente las rentas que producen unas cuantas propiedades que he heredado, y apenas las recibo, me ingenio para gastarlas del modo más alegre y ruidoso posible.

—De modo que Vd. no trabaja en nada?

—Oh! Tengo un trabajo sumamente pesado, soportar la vida y vivirla.

—Pues ya nos quisiéramos nosotros esa «pichincha».

Sus parientes quisieron hacerse cargo de él para hacerlo estudiar, de ahí que tuviera cursados varios años de medicina,

ingeniería, leyes y hasta creo arquitectura, era un espíritu inquieto y atormentado, todo le hastiaba, y en todo terminaba por cansarse, y así terminó también por cansar a sus parientes que lo dejaron vagar por las casas de pensión dándolo como caso perdido.

El vejete, que era su tutor, le tenía un gran cariño, lo reprendía por sus locuras, lo amenazaba con quitarle las mensualidades y terminaba por reir o acariciarlo, cuando Gonzalo respondía a sus sermones con una frase de ingenio.

—Lástima de muchacho, decía el viejaño, tiene mucho talento, pero mal aprovechado, terminará mal.

Y se indignaba consigo mismo de tener tan poco carácter para ser menos indulgente con él.

Si los libros de textos no le llamaban mayormente a leerlos, en cambio la literatura era su única ocupación, tenía una cultura vastísima, ir a su cuarto era encontrarse en promiscuidad desde las obras de Heródoto, Virgilio y Horacio hasta la única novela de un pelagatos cualquiera, que se había dado el placer de verse firmando un libro; pero había que ver también aquel desórden! Amontonados en un rincón desencuadernados y rotos, ejemplares en pasta y a la rústica, otros sobre la mesa manchados con culos de botellas y cerotes, otros nivelando la pata de un mueble o disimulando un agujero de rata.

—Pero, Fernando, es una barbaridad, que destruyas en esta forma los libros.

—Eh! qué importa, me acontece con ellos como con las mujeres; me satisfacen, me dan lo que me interesa y después...

—Ese es egoismo, Fernando, cuánto daría cualquiera de nosotros por leerlos o tenerlos.

—Te interesan? Llévatelos, llévatelos todos.

Nada le importaba, nada le interesaba, nada le sorprendía y vamos viviendo; era un bohemio incurable.

Muchas veces lo encontré escribiendo, charlando conmigo, distraídamente hacía pajaritas con los escritos o limpiaba con ellos una mancha de tinta después de volcar el tintero en un rapto de entusiasmo descriptivo.

—Pero, hombre, qué haces! son tus escritos con los que estás......

—Deja, no importa da lo mismo, son las letras que vuelven al tintero, verguenza les ha dado dibujar las ideas disparatadas de este humilde servidor.

—Eres loco, Fernando, completamente loco.

—Oh! Si fuera verdad, qué divertido sería!

Y yo que leí muchos de sus escritos, puedo asegurar que valían más que muchos de los que andan por esos mundos sobre una firma hecha notable a fuerza de repetirse. Lo único que publicó en su vida fué unos artículos defendiendo a alguno de los de nuestro grupo a quien la crítica venenosa atacó con demasiada violencia.

—El exceso de lectura y tal vez la verdad de la vida, me decía, es lo que me ha hecho profundamente, casi tan escéptico como Vds.

—Pero tú no tienes derecho a serlo, tienes muchas condiciones, empezando por la fortuna para ser feliz.

—Feliz, quién conoce eso? Menos mal que el esceptioismo que Vds traducen en murrias y desalientos yo lo traduzco en alegría, más bien dicho en ironía.

El le hacía una mueca a la vida y sus risas a las cosas más formales parecían puñaladas. Veces hubo que nos dejó helados, un acontecimiento doloroso nos tenía en la congoja, y su frase favorita nos sacudía como un golpe de fusta.

—Es divertido, estúpidamente divertido!

Durante mucho tiempo fué el alma, la alegría y la vida de nuestro grupo.

—No te burles, Creso, tengo mucha pena, tú no sabes todos los desengaños y fracasos.

—No seas tonto, llamas fracaso a una negativa de la novia, una muchacha novelera que no te quiere ni te ha querido nunca; déjala, que las penas y las alegrías vienen solas.

Creso adivinaba cuando un apurillo de dinero nos inquietaba y remendaba nuestra miseria, con una sencillez, con una naturaldiad, como quien cumple una obligación. Noble amigo!

Recuerdo que un día Gontrán rengueaba de un modo ridículo porque su calzado no quería acompañarlo más; una mañana Alcantará necesitó levantarse temprano y encargó a Gontrán que le fuera a despertar, no faltó este, y mientras se vestía, al calzarse Fernando advirtió:

—Demonios! estos botines son imposibles, están nuevos y creerás, Gontran, no los puedo calzar a pesar de ser mi número, me lastiman.

Gontrán se limitó a dar una mirada acariciadora a los botines rehacios a su amo.

—No te quedarían bien a tí Gontrán?

—Quién sabe!

—Pruébalos. Si te quedan bien te los regalo.

Bueno, le quedaron bien!

El pequeñín y flacuchento Maral anduvo mucho tiempo con un sobretodo del que apenas asomaban los piés y el chambergo, por lo que fué apodado: «El sobretodo que camina», con gran indignación suya.

Fué también nuestro consultor y consejero y el pobre se tragó cuanto nuestras mentes elucubraron y nuestras manos garabatearon. Tenía una gran lucidez, espíritu crítico, muy desarrollado y una gran sinceridad: lo ví una vez, terminada la lectura de un poema de veinte carillas de «Sobretodo que camina» romperlo en mil pedazos diciendo:

—Esto no es digno de tí, y sé que no tendrías valor para hacer lo que hago.

Maral se puso lívido, pero no le pegó, ni siquiera insinuó una protesta. Oh! Pero cuando encontraba algo bueno, lo campaneaba, habría sido capaz de detener a un desconocido en la calle para decírselo.

No sé si Creso era escéptico u optimista, están tan confundidas estas expresiones que excepticismo y optimismo son de

igual resultante, solo sé que no despreciaba la vida sinó que la odiaba cordialmente, y por eso trataba de arrancarle todas las alegrías y bellezas que pudiera poseer.

Siendo un chiquillo amó apasionadamente a una muchacha que nunca le correspondió y cuyo recuerdo fué su obsesión, aquella afrenta, aquel indiferente desprecio no lo perdonó nunca.

—A aquella muchacha pálida, de los ojos color guinda seca, decía poniendo sus dedos en las órbitas, la tengo aquí, la veo en todas las mujeres, por eso me precipito ávidamente a libar en ellas el amor que la otra no me dió, el amor que me pertenece, y porque no lo encuentro vuelvo......

Después de noches de ludibrio venía a nosotros asqueado y para olvidar bebía, bebía mucho; uno, dos, tres días, ingería cantidades increíbles de alcohol, luego se serenaba un tiempo para recomenzar, la sed de venganza era inapagable, y eran inútiles las
recomenzar, la sed de venganza era inapagable, y eran inútiles
buenas palabras. Llegó un momento en que parecía un espectro, las noches, que por ironía llaman de amor, dejaban en él honda huella; empezó por quejarse de dolor a los riñones, luego vino la tos, su rostro se puso pálido ceniza, sus ojos brillaban como centellas y la voz tornósele opaca.

—Saben, nos contó un día, hoy he esputado sangre.

Y al ver nuestro gesto de terror, se rió.

—Mozo, traiga whisky.—Y bebió media botella.

—Alcántara, estás loco, no bebas así.

—Dejen, es divertido, estúpidamente divertido.

En otra ocasión, al sentarse en nuestra mesa, dijo:

—El doctor me ha dicho que estoy completamente tuberculoso, tengan cuidado de no beber en mi vaso; también me ha dicho que debo cuidarme.—Y esa misma noche se fué de juerga con tres mujeres.

Estábamos horrorizados.

Pasó un tiempo y como no apareciera por el bar, fuímos a hacerle una visita; estaba en cama. Nuestra visita lo llenó de alegría.

—No les había avisado por no comprometerlos a venir; es desagradable, dicen, esta enfermedad.

—Como pudiste suponernos...

—Y parece, dijo sin dar importancia a nuestra protesta de cariño y amistad; parece, dijo, que con la última mujer con que me voy a acostar va a ser con la muerte; tengo la médula hecha una piltrafa, siento la espina dorsal líquida como el mercurio de la columna barométrica; mis pulmones son un pedazo de papel mascado. Es divertido, estúpidamente divertido.

Su hermosa cabellera castaño con que muchas mujeres se habían complacido ensortijando sus dedos, se fueron, dejándole una frente que ocupaba la mitad del cráneo; sus orejas se transparentaban, sus labios irónicos y mordaces estaban exangües, la tos lo martirizaba horriblemente, apenas podía hablar y su voz salía como del fondo de un pozo.

Cuando volvimos a verle nos detuvimos en la puerta.

—Vamos a ver a Alcántara, señora.

—No, no entren ustedes, se ha ido.

—¿Ha muerto?

—No. Lo han llevado a San José de Maipo, allí lo envió el médico.

—¿Se le podrá ver?

—Sí, si se apuran puede que alcancen; iba muy grave,— dijo la patrona y haciéndonos una reverencia y dándonos una mirada plena de acusaciones, nos cerró la puerta en las narices.

***

Los aires tonificantes de la sierra, ese valle encajonado por montañas, elegido como campo de salud ejerció benéfica influencia sobre el cuerpo debilitado de Fernando; el reposo, luego la primavera que inundaba los campos imprimiendo en ellos todos los colores verde, que pudiera combinar la paleta, la cordillera monstruo alzándose sobre el paisaje de verdura,, allá en el fondo con tonos violetas, naranjados, carmín, azul rojizo, con nieve en sus picachos, el sol reluciente, haciendo visajes y reverberando entre las hojas de los árboles, se dejaba caer perezoso sobre las praderas donde mujían de calor y vitalidad, vacas y terneros y llegando a las puertas y ventanas del cuarto del enfermo se expandió dentro iluminando el aposento como un himno de vida; el viento tibio le trajo olor a manzanilla, tomillo y yerba buena y el eco de las canciones sanas que entonaban los labriegos mientras arañan la tierra, guadañan el trigo y cogen los panales de la miel, dulce como los labios de la moza garrida que ofrece sus pechos y su vientre al mundo para que la fecunde con generaciones sanas, como la tierra virgen que el aldeano razga tajeando para hacerla sangrar su amor a los hombres.

—Ya estoy sano, gritó Fernando. Qué hermoso día, voy a levantarme!

Su cuerpo bien constituído y lleno de juventud había respondido a esa floración de vida.

Esto marcha bien, amigo mío, le dijo el médico, frotándose las manos satisfecho, pero sea usted juicioso.

Fernando sin aguardar órdenes abandonó el lecho y como no le causara daño aquella desobediencia, a medio día dejaba la cama. Un día con el apoyo de un bastón dió un paseo por el corredor donde pendían las glicinas y las matas de geranios, reventaban en una sola mancha de sangre, y así poco a poco fué cobrando bríos. El reposo, el contacto con la naturaleza en plena gestación de vida, llenaron esa alma gris, ensombrecida por las letras negras de los libros, de un amor piadoso.

Metido dentro de esos ternos que no parecían suyos y cuya amplitud le hacían hacer arrugas incontables, con unas zapatillas de lana y su inseparable bastón, pasito a pasito llegó a la plaza del pueblo y sentado en un escaño estuvo un largo rato siguiendo el vuelo de las mariposas, el chorro de la manga de riego, el zumbante revolar de las abejas en los prados y el paso raudo de un halcón.

—Qué hermosa es la vida, pensó, contemplando todo aquello, y por asociación de ideas vió surgir de los prados la muchacha pálida de los ojos color guinda seca.

—«Sí, la vida es divertida, estúpidamente divertida», terminó.

—Amigo Alcántara, esto marcha muy bien, es la resurrección de Lázaro, lo felicito.

—Es verdad, doctor, me siento otro hombre.

No hubo tarde de sol que él no saliera a su encuentro en la plaza, llevaba el bastón por si fallaban las piernas, casi como un lujo.

Desde hacía varios días, en un escaño, no muy lejos del suyo, una joven vestida de luto, una enferma como él, tomaba el sol. Fernando olvidó las mariposas por mirarla; de lejos solo divisaba la silueta, y sin saber por qué la encontró parecida a aquella, a la muchacha de la tez mate y los ojos color guinda seca, y esa noche aumentó su fiebre.

Al día siguiente se sentó un banco más cerca y al otro saltó dos o tres, ya pudo ver su rostro, se parecía mucho al de su enemiga; estuvo inquieto, nervioso, el médico lo regañó, despertó más temprano que de costumbre, y por instinto, antes de salir, se arregló la corbata.

Días después hizo un rodeo a su camino para pasar delante de ella, y el mismo se sorprendió cuando estuvo en el banco vecino. Por primera vez, al volver la vista ella, se cruzaron las miradas.

Mientras comía la dieta, Fernando vió surgir de la cuchara que alzó para llevar a la boca, la silueta de la de los ojos color guinda seca y junto a ella la de su vecina, fué un segundo y las dos sombras se fundieron en una sola, y sintió que la amaba, que amaba en esta a la otra.

Buenas tardes, vecina.

—Buenas tardes, señor, se dijeron al llegar y al despedirse.

Fernando averiguó con la cuidadora quien era la muchacha de luto, pero no quedó satisfecho, quería saberlo por sí mismo.

—Buenos días, vecina.

Buenos días, vecino.

Hubo un silencio largo. Fernando la miraba con estremecimientos de ternura, la vecina era el vivo retrato de aquella y sintió amor y dolor, la forma pura del sentimiento; varias veces intentó hablarla pero su garganta no modulaba sonidos.

Silencio de medio día cálido. El jardinero en mangas de camisa, silbando un vals de opereta limpiaba la maleza de los jardines con un rastrillo de largo mango y el sol se dejaba caer gozoso sobre la piel cenicienta de los dos enfermos transparentando sus huesos y haciéndoles bullir su flaca sangre.

Dos pajaritos cayeron al prado a picotear la semilla piando de regocijo ;tal vez un grano muy sabroso que se disputaban originó el disgusto; se atropellaron, se insultaron en su lenguaje y el más vigoroso, tal vez el macho, por fin huyó con el grano, perseguido por el otro que no renunciaba a la presa arrebatada. Ambos habían seguido interesados la lucha y cuando los vieron partir volvieron la cabeza y se miraron como preguntándose:

—¿Ha visto? — y se sonrieron.

Un nuevo momento de espectación para ambos que se aguardaban. Fernando rompió el silencio.

—Qué agradable está el sol, ¿verdad, vecina?

—Delicioso.

—Dan deseos de no moverse de acá.

—Lástima que se vaya tan pronto.

—¡Verdad! Dura muy poco el sol...

Y se quedaron pensando quizás si en una nueva frase con que entablar conversación, quizás si en lo poco que dura el sol...

—¿Hace mucho tiempo, vecina, que está usted en este pueblo?

—Cerca de dos meses.

—¿Y no se cansa de estar sola?

—¡Qué se ha de hacer!...

—¡Qué egoísta es el mundo!

—Tiene razón en serio, vecino; para todos fué creado, cada uno escoje lo que le conviene, lo demás...

—Yo no me conformo con eso, vecina. Me hace falta alguien con quien poder conversar.

Fernando la mira a los ojos, ella baja la vista y no vuelven a hablar. Hay una larga pausa.

—Su presencia me es muy grata, vecina.

—¿Sí?

—Se parece usted enormemente a una amiga mía.

—¿Sí? Y yo que creía que ya no me parecía a nadie del mundo de los vivos.—Y sonrió con coquetería.

—Ha olvidado, usted tal vez, que aquí en la tierra también hay ángeles?

—Que galante es usted; bien me habían dicho.

Rió a borbotones y le vino un acceso de tos que brutalmente sacudió su cuerpo enteco. Fernando aprovechó el momento para acercarse a ella.

—¿Se siente usted mal?

No. No ha sido nada. No puedo reirme sin que venga a incomodarme la tos.

—Es una cobarde enfermedad la nuestra.

—Hay que estar muy serios; tenemos que ser viejos aunque tengamos el alma joven.

—Realmente, mire usted... ¿cuál es su nombre si usted me permite?...

—Lidia.

—Hermoso nombre, por cierto. Yo soy Fernando Alcántara, y le tendió generosamente su mano; ella la estrechó y una manchita inverosímil de carmín tiñó sus mejillas.

—Pues mire usted, señora... ¿señora?

—Señora.

—...Señora Lidia, yo desprecié siempre la vida; sentía el alma vieja y el cuerpo joven, y hoy es lo contrario: el alma joven y el cuerpo...

Y se dió una mirada hasta los pies.

El sol en lo alto del campanario de la iglesia; soplaba un vientecillo que agitaba ligeramente los cabellos de Lidia.

—Qué frío está haciendo... ¡cómo se ha pasado el tiempo!... Y se puso en pie.

—¡No le decía yo que era un gran hablantín?...

—Hasta mañana, señor Alcántara, si Dios quiere.

—Hasta mañana, señora Lidia, que usted lo pase bien.

—Dios lo quiera, hasta mañana.

El se quedó mirándola hasta que se perdió de vista.

—Qué buena parece, qué linda habrá sido, qué suavidad en los ademanes y en la voz; si aquella...

Y pensó en la otra y volvió a sentir que el corazón amaba a ésta.

El médico vino a la mañana siguiente y lo encontró alegre, reidor y dicharachero, se vinieron juntos, charlando, hasta la plaza, allí se separaron.

Cuando Alcántara llegó, ella ya estaba en su escaño, una cesta de costura en la falda: lo vió venir sonriendo y le tendió la mano como a un antiguo camarada.

Ha venido tarde, hoy.

—Me retrasé charlando con el médico.

¿Cómo lo encuentra?

—Mejor.

—Me alegro. Yo creí que no vendría.

—¿Le agradó eso?

—No... ¿no se sienta?

—Gracias.

Una corriente simpática los unía: la conversación se enredó. Fernando con su franqueza habitual le contó su vida y terminó diciéndole:

—Le ruego que no me tenga asco ni miedo.

Lidia sonrió tristemente y se encogió de hombros con sumo desaliento.

—¿Asco de qué?—Y sin que él se lo pidiera, ella también contó.

—No como la suya, mi vida es una historia vulgar y una novela sin intriga. A los dieciocho años me pretendió un hombre y me casé...

—¿Lo quiso mucho?

—Fué un matrimonio de amor, todos en casa se oponían; él era enfermo ya según dicen, luego que bebía.

—¿Mucho?

—Mucho, tanto que el mal lo atacó con toda furia; yo lo cuidaba y naturalmente...

—No es tan natural, señora Lidia...

—Humanamente diré entonces, me contagié.

—La contagió él.

—Da lo mismo. Yo era maestra de escuela y tuve que renunciar al hogar para curarlos del miedo a mis parientes, y aquí he venido a consumir unos ahorros, por ver si mejoro.

—Y mejorará, estoy seguro.

—No lo estoy yo tanto, el germen siempre queda; pero, en fin, dicen que tenemos obligación de cuidar de nuestra vida.

—Sobre todo que usted es joven...

—Pero no lo suficiente para no haber presentido lo de bello que tiene la vida.

—Pero no tenga pena, ni se aflija, Lidia; ya sanará.

—No, para qué la mentira piadosa: nuestro mal es sin remedio.

—¡Sin remedio!

Corrían las lágrimas por el rostro apergaminado de la pobre tísica, y Fernando, por la primera vez de su vida sintió emoción ante el llanto de una mujer.

—No llore, Lidia, señora Lidia, yo se lo suplico, no llore.

—No ve, Vd. que estoy sola, que todos me tienen repugnancia, asco y miedo.

—Pero yo no se lo tengo, Lidia; seremos muy buenos amigos, ¿verdad?

—Si Vd. es tan bondadoso... sí seremos muy buenos amigos.

Fernando y Lidia vivían el uno para el otro; se habían contado su vida hasta en detalles pueriles; no tenían de qué hablar, pero el hecho de estar uno junto al otro los hacía felices. Su charla estaba basada en insignificancias, pero ellos le daban una importancia trascendental.

—Anoche he tosido más que ayer. decía ella.

—Tal vez no tomó usted el remedio a tiempo. decía él, o quizás ha conversado demasiado. yo le estoy haciendo daño.

—No lo crea. Fernando, me da mucho ánimo su compañía.

Hubo unos días feos y no pudieron salir y entonces comprendieron en toda su magnitud. la necesidad que tenían de verse y de hablarse. El mandaba inquirir noticias de ella y ella de él; fué un ir y venir de mensajes.

«Dígame, le decía ella, en un papel que le envió con unas letras temblonas que parecían patitas de mosca; dígame cómo está, Fernando; he estado intranquila; ¿no le ha sentado mal el cambio de temperatura. No vaya a hacer desarreglos, por Dios!»

Fernando besó el papel infinitas veces. De ese modo hubiese querido que «la otra» se hubiera interesado por él!

—Doctor, ¿entonces, usted cree que Lidia no tiene remedio?

—No. Está muy arraigado el mal, pero pudiera ser..., un milagro. No se lo vaya a decir.

—¡Qué ocurrencia, doctor! Por el contrario, yo la alentaré...

....

—¿Tan grave está Fernando, doctor, que no tiene salvación?

—Pero no se lo diga usted que le causaría un gran daño.

—¡Ni qué pensarlo! ¿Vivirá poco?

—¡Quién sabe! Depende de él.

—¿Y no hay ningún remedio nuevo, nada que pueda salvarlo?

—Nada, nada...

....

Los dos estaban muy tristes. todos los días formulaban más o menos la misma pregunta al médico. y ambos pensaban.

—¡Pobre, mi Lidia. se la lleva la muerte. me quedaré solo!

—¡Pobre Fernando! Yo que lo quiero tanto. Iré a soportar la pena de verlo morir? ¡A qué lo habré conocido! ¡Si yo estuviera sana!

La primavera tocaba a su fin. el campo entero rendía culto a la vida y al sol; los árboles. las plantas. hasta la hierbá entregaba sus frutos en eclosión potente perfumando el bosque y la pradera, atrayendo a los pájaros que venían cantando a revolár en la sombra del follaje y a beber miel de amores.

Después del baño de sol, se retiraban juntos, él la acompañaba hasta su puerta.

—Hasta mañana, Lidia, que pase usted buena noche.

—Hasta mañana, Fernando, y cuidadito, ¿eh?

—No me recomiende nada.

La miraba a los ojos, sujetando su mano entre las suyas y luego se marchaba. Parecían dos novios pálidos que iban a contraer nupcias, oficiando de sumo sacerdote, la muerte.

El día era espléndido, el sol brillaba como nunca y Lidia no llegaba a la Plaza.

—¿Qué le habrá sucedido? ¿Se sentirá mal?

La fue a buscar y la encontró llorando, quiso ella ocultar su pena, pero vió tal angustia en Fernando que no pudo contenerse.

—Me voy mañana, Fernando.

El tísico tuvo que apoyarse en el muro para no caer.

—Me llaman, he de irme.

—No. No la llaman, quién la va a llamar si nunca se han acordado de usted, si ni a verla vienen, estamos solo en el mundo; ¿hay algo más que usted me oculta, está disgustada conmigo?

—No, Fernando, no.

—He hecho algo qué...

—No, Fernando, no. Vd ha sido muy bueno....

—Y entonces ¿por qué se quiere ir? ¿No sabe usted que yo me moriría? Sí, si lo sabe usted, ¿por qué, entonces, por qué?

Ocultó Lidia la cara entre las manos y sollozó, la tos, la malvada tos la envolvió y parecía que se ahogaba; quiso él socorrerla y también, maldición, la tos picó su garganta. Acudió la criada a auxiliarlos y al verlos se puso a gritar creyendo que se morían...

Serenos ya, ella fué la primera en sonreir.

—Sí, tampoco, amigo mío, podemos llorar; somos dos maniquíes de cera.

—Dígame que no se irá, Lidia.

—No puedo.

—Diga, entonces, por qué se quiere ir.

Ella por toda respuesta fué a su cómoda y trajo su caja de economías; en el fondo quedaban dos o tres billetes.

—¿Y eso era todo? ¡Qué mala es usted! ¿se ha olvidado de su amigo, se ha olvidado de mí.

—No es posible, Fernando.

—¿Y a donde iría?

—A... donde me recibieran, a un hospital.

—Calle, no disparate más. Se ha olvidado que yo despilfarré el dinero, que lo arrojé a puñados en mujeres que no conocía, que no volví a ver. ¿Por qué no puedo ser bueno una vez?

—Gracias, Fernando, no.

—Escrúpulos ¿de qué tiene usted?

—De mujer.

—Pero si ya no pertenecemos al mundo, él no nos quiere, no nos necesita; dejémonos, pues, de hacer frases convencionales. Vamos a tomar nuestro sol y que no se hable más de su partida.

La crisis del momento les trajo una reacción favorable, la

idea que no se separarían les infundió un nuevo vigor, el día invitaba y se atrevieron a abandonar el poblado internándose en el campo.

Zumbaban las abejas; las chicharras, chocando sus élitros, castañueteaban canciones desconocidas, un ligero vaho subía de la llanura caldeada por el sol, y el aroma de la tierra húmeda de la cascada que resbalaba bajo las pataguas, mezclado con el de las yerbas aromáticas aceleraba el corazón.

Marchaban silenciosos los tísicos, ensanchando sus fosas nasales para respirar con mayor amplitud, dilatando las pupilas para tragar el paisaje. Sin saber porqué, Fernando, había mirado varias veces de reojo y de alto a bajo a su compañera.

Llegaron a un bosquecillo y a su sombra se detuvieron a tomar aliento, por no verse miraron a su alrededor; estaban solos bajo el concierto de las chicharras.

—¡Qué hermoso es esto!, dijo ella.

Fernando la miró largamente a los ojos.

—¿Y habría sido capaz de abandonarme?... Conteste Lidia.

—Sí, respondió ésta bajando la vista para quitarse de encima la mirada penetrante del muchacho.

—¿No, sabes, Lidia, que te amo?

—¡Oh! ¡No!

—Sí, te amo.

Y se sintió cojida entre los brazos de Fernando. Fué un beso único, inmortal; los labios sin sangre tomaron color, y se siguieron dos, tres, infinitos besos; los ojos cerrados se fueron desplomando hasta caer sobre la yerba.

Un largo rato permanecieron inmóviles como lejos del mundo, como temiendo volver a la vida, hasta que estalló un nuevo beso. Fernando se quiso incorporar y crugió todo entero como si se desarmara, lanzó un rugido y cayó sobre la hierba convulsionado por la tos, ella se le abrazó llorando y tosiendo a su vez y mutuamente se limpiaban las babas para besarse, mirándose en el vidrio opaco de sus ojos moribundos.

Apoyándose uno en otro se pusieron en marcha.

—¿Qué has hecho?, le decía Lidia, esto te hará un daño horrible.

—Perdóname, no temas por mí, a tí si puede dañarte, pero te amo tanto.

—No, yo soy fuerte, tú... decía ella.

—No, tu...

—No lo volverás a hacer, Fernando, el médico me ha dicho que estás mal, que no tienes remedio si no te cuidas.

—Y a mí me dijo lo mismo de tí, si estamos condenados a morir, no nos mintamos; tu ni yo tenemos salvación posible, vivamos nuestro amor puerco e inmundo, arranquémoselo a la muerte. Mira· siento un placer inmenso al pensar que a despecho de ella podemos amarnos.

—No. Yo quiero vivir para quererte. Así no tenemos derecho, somos unos andrajos que nos arrastramos hechos lodo y desperdicio.

—Y eso es lo que quieres conservar? No, hagámos un hacinamiento de nuestros cuerpos y amémonos con el alma. Tú te vendrás a vivir conmigo, ya no nos separaremos más.

—No, por Dios, Fernando, no puede ser.

—Comprendo tus pudores, Quieres que nos casemos?

—Oh! Qué horror, sería un sacrificio!

—Y para qué nos habíamos de casar, criatura, cuando las leyes son para los sanos de cuerpo, sería una farse inútil!

De las respectivas pensiones los rechazaron indignados cuando supieron que querían vivir juntos, pero eso no les arredró; se fueron a un rancho. Allí fué el médico a protestar.

—Sr. Alcántara, esto es una inmoralidad, esto no puede ser.

—A título de qué nos quiere separar, Sr. Doctor? No somos tan cadáveres el uno como el otro?

—Es que yo tengo el deber de no permitirlo.

—Para qué quiere nuestra vida? Tenemos salvación? Aquí la piedad, que dicen humana, no tiene razón de ser. Qué hace la piedad? Que vayan por el mundo muchos hombres contagiando a sus semejantes con sus males incurables, que se exhiban por las calles monstruos que no han destruído por cobardía y egoísmo.

—Nadie tiene derecho de atentar contra la vida de nadie.

—Sabe? A esos monstruos yo los uniría macho con hembra, obligándolos a matarse para que se fueran como vinieron al mundo: Lidia y yo nos amamos, de acuerdo con ella voy a sorberle, a la vida, sin dañar a terceros, la última gota de felicidad que nos pertenece; y buscar la felicidad, sin dañar a nadie, creo que es de una nobleza rara. Nos vamos porque no servimos para nada; déjennos hacer el viaje juntos hacia la eternidad, que en vez de irnos acongojados llevaremos una canción en los labios.

—Pero comprenda, amigo, ese es un suicidio.

—No. No es suicidarse, es «*eliminarse*»; y así como nosotros, todos los inútiles, los degenerados, los viciosos, los que sienten la atrofia de las potencias productivas, los incapaces de crear, deben tomar la vida y estrujarla de una sola puñada para beber la condensación de la única gota de sol y amor a que tienen derecho.

—Quedarían muy pocos hombres en el mundo.

—Esos bastan. Los que hacen sombra en la tierra, los que estamos ocupando un sitio que hacemos infecundo, no tenemos derecho a gastar diaria e indifinidamente, luz que ilumina el cerebro, sol que dora los trigos y amor que fecunda la tierra; que beban la gota del sol, amor y vida, y que marchen lejos, muy lejos, para siempre.

Nadie logró convencerlo que no debía ser así. Se encerraron a vivir, un lecho junto al otro. Se amaban loca, frenéticamente, agotaban las fuerzas y el deseo, se quedaban aletargados días enteros, sorbían calmantes, tosían y escupían en piltrafas los pulmones.

Habría pasado un mes y una madrugada, Lidia, le dijo al oído:

—Sabes, Fernandito; sé que en mis entrañas palpita un nuevo ser.

Y ambos rieron diabólicamente pensando en el engendro que habría podido ser un tema de piedad para el mundo.

No se podían levantar. Ella tuvo mayor vitalidad y a duras penas le ayudaba a beber el medicamento cuando lo ahogaba la tos, pero también cayó en el letargo. Ya solo se acariciaban palpando sus carnes delgadas como la cutícula de un bulbo con sus dedos que eran puntas de hielo.

Finaba el verano, días de calor sofocante soplaron en sus cuerpos un chispazo de vida. Por la ventana abierta, una mañana, se volteó una mancha de sol, se dejaron caer del lecho, que se enfriaba, y arrastrándose, como los reptiles de la sangre helada, fueron a buscar calor para sus cuerpos ateridos; llegaron à la mancha luminosa y respiraron ansiosamente, se sintieron revivir, y abrazándose, se estrecharon hueso con hueso, hasta hacerse sangre; casi inconscientes bebieron la última gota de vida, de sol y de amor.

Cuando entraron al cuarto los criados, los encontraron en el mismo sitio; entrelazados formaban un solo cuerpo, de sus bocas pegadas una a otra, como en íntima succión, pendía un espumarajo cárdeno, beso maldito, sol fundido......

Ya no quedaban carnes ni alma; era un hacinamiento de huesos nauseabundos, era un montón de resíduos, resíduos de... amor.

R. Moreno

¿Qué enfermedad padece Vd.?

Todo el mundo ha estado alguna vez enfermo. Rara es la persona que no haya tenido algún quebranto en su salud ya sea fiebre, grippe, anemia, debilidad mental, cualquier otra enfermedad, de la piel, nerviosa u orgánica. Es posible que en casi todos los casos, los pacientes hayan sanado, pero con seguridad muchos de ellos, la mayoría, han vuelto a sentirse molestados con el transcurso del tiempo por la misma enfermedad u otras cuya razón es la primera.

¿Se han preocupado ellos alguna vez de averiguar el origen de la dolencia que los aqueja?. Han atacado posiblemente a la enfermedad en sí, pero al no saber el origen no han podido curarla en su raíz y precaverse de otras.

Desde la germinación del ser humano, hasta su formación completa, lo que constituye el alimento de todos los órganos, es la sangre. Desde el simple dolor de cabeza hasta la más grave afección, sea cualquiera su índole, tienen su origen en ella.

Ahora bien, sabido esto, debemos combatir las enfermedades en ese sentido, pues la sangre es la esencia de la vida misma.

En general todo médico altruista y sincero declara que su acción no es más que la de un intermediario. Ninguna dolencia humana se cura; es la reacción del mismo organismo la que salva al paciente y cuando la reacción no es lo suficiente expontánea por cualquier causa que pueden concurrir, débese entonces provocarlas imperiosamente. ¿Cómo? Saneando la sangre o restaurándola para que la reacción se produzca libremente.

Ahora bien, el mal funcionamiento de todo ser humano depende del estado de la sangre. Cuando el sistema circulatorio es de primer orden se produce en cantidades enormes los corpúsculos albo-sanguíneos que son los soldados del cuerpo; los defensores de la salud. Si se encuentra enfermo quiere decir que el sistema no puede proveer estos corpúsculos con la rapidez necesaria para destruir los gérmenes de la enfermedad. En tal caso se necesita ayuda de afuera y ésta la proporcionan las Pastillas Velcas. Cuando las toma es ni más ni menos que aumentar *artificialmente* estos corpúsculos, pués los ingredientes que forman las Velcas fueron escogidos con esta idea.

La cuestión por lo tanto es una simple matemática: *«aumentar los elementos defensores, es vencer la enfermedad.»* Introduzcanse estos elementos en la sangre y déjese a la sangre que haga lo demás.

La Novela Semanal

Aparece todos los lunes con una obra completa e interesante de los mejores autores argentinos

:: Precio del ejemplar $ 0.10 ::

Administración: FLORIDA, 248 — Buenos Aires. — U. Telef. 946, Avenida
Unico Concesionario para la venta en la Capital Federal:
LUIS B. GALVAN

SUBSCRIPCION UNICA, ANUAL . . . . $ 5.— m|n.
EJEMPLARES ATRASADOS, cada uno . . . . . „ 0.10 „

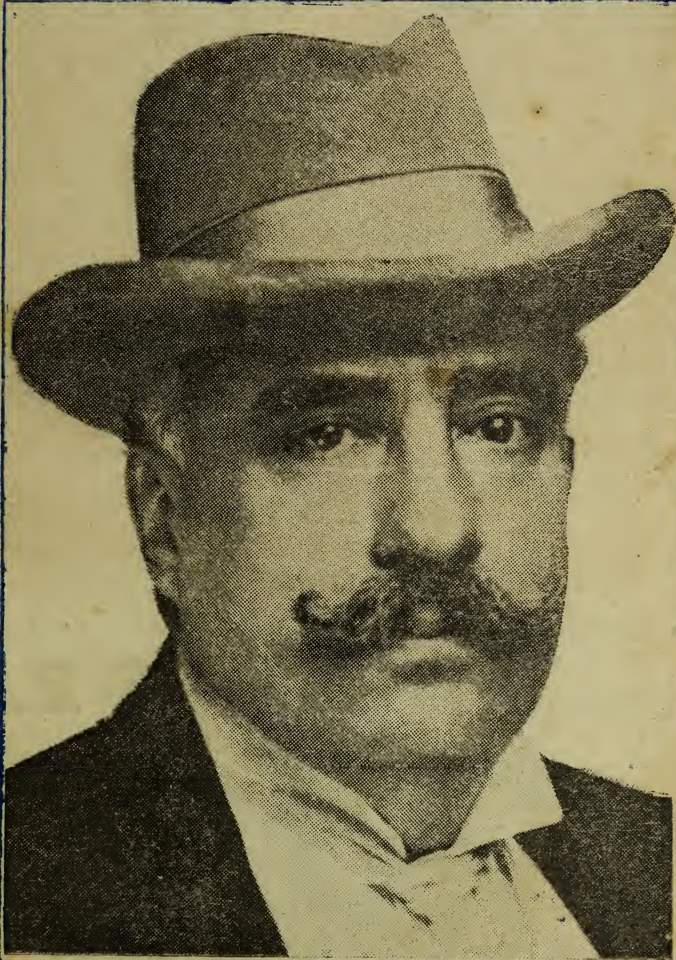
Soliciten nuestros números a los vendedores de diarios, estaciones de Ferrocarril y Subterráneo o a nuestros agentes del Interior.

A LOS ESCRITORES: No se aceptan trabajos en esta Dirección que no sean escritos a máquina: toda producción debe venir con el nombre y dirección del autor; no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia sobre los mismos. El trabajo aceptado lo será en una carta dirigida por la Dirección al escritor, no dándose razón en otra forma de ninguna obra presentada.

CASA IMPRESORA LÓPEZ, BOLIVAR 535, BS. AS.

AÑO III BUENOS AIRES, OCTUBRE 27 DE 1919 No. 102

LA NOVELA SEMANAL



El último encuentro

POR

JULIO LLANOS

PRECIO 10 Centavos
Más de 200.000 personas la leen

Para fumadores



El convidar a un amigo a fumar, es un placer, porque el cigarrillo sale ofreciéndose.

No hay necesidad de sacar la cigarrera del bolsillo, pués con sólo levantar el resorte los cigarrillos salen.

NUESTRA CIGARRERA AUTOMATICA

Sus cigarrillos están siempre higiénicamente conservados.

confeccionada prolijamente con finísimo cuero y con monograma espléndidamente grabado en plata 900. Lo más NOVEDOSO, PRACTICO y SENCILLO por solo.................... **$ 2.-**

Casa Tow

Galeria Güemes

- B. Aires -

IMPORTANTISIMO

NUESTRO SUPLEMENTO MENSUAL

De gran interés para todos los lectores

Además de las obras que publicamos semanalmente, hemos resuelto para una fecha próxima, ampliar la forma de nuestras ediciones dando a publicidad mensualmente una obra notable equivalente en extensión a las grandes novelas de subido precio, cuyos autores serán seleccionados entre los escritores argentinos de mayor prestigio y aceptación pública.

Estos números que editaremos con gran lujo y abundante lectura constituirán «*El Suplemento Mensual*», para cuya colección hemos dispuesto ya la confección de artísticas tapas a precios populares.

¿Cuál es su mayor preocupación?

Esta pregunta al ser formulada a una madre que quiere a sus hijos, no tiene otra contestación que: «El porvenir de los mismos».

Muchas veces por ignorancia o descuido no se tienen en cuenta reglas de higiene que preserven en sus partos a la mujer y al recien nacido de enfermedades dolorosas que suelen ser mortales para la madre, privando en ese caso al recién nacido, de su apoyo maternal y más eficaz, o imposibilitando en otro al niño para toda su vida, como ocurre con enfermedades como la conjuntivitis purulenta, producida por el paso a través de un medio infectado, enfermedad que puede degenerar én ceguera.

Las madres ignoran que el flujo de que padecen no tienen ninguna importancia para sus hijos y lo descuidan completamente, sin saber que dicho flujo es de naturaleza microbiana, y por ende, capaz de producir esas supuraciones rebeldes en sus hijos recién nacidos.

Muchas veces ese flujo se ha iniciado meses antes del nacimiento, pero como no ha sido en gran cantidad. ni ha producido molestias dolorosas no llamó la atención de la madre.

Otras veces, el temor al examen genital ha cohibido a la señora de requerir el auxilio del médico.

¡Cuántas infecciones puerperales son debidas a descuidar este foco de infección!

Si esa madre hubiese tomado sus precauciones hubiera evitado todo esto. Sólo con un lavaje vaginal diario con solución tibia de «Lysoform» al 1 o 2 %, hubiese hecho desaparecer totalmente la causa, evitándose todo sufrimiento y consecuencias dolorosas.

La mejor manera, de cuidar el porvenir de los hijos es precaverlos de enfermedades que los imposibiliten para la lucha.

Madres, no olviden que solo con la adquisición del hábito de la toilette íntima, se evita que pequeñas infecciones, comienzo de las mayores enfermedades, sigan su curso invasor.

Con muy poco costo obtiene usted «Lysoform» en cualquier farmacia, este producto usado en todo el mundo y recomendado por las celebridades médicas no es irritante, ni tiene mal olor, no mancha y su uso es fácil y sencillo.

AÑO III — BUENOS AIRES, LUNES 27 DE OCTUBRE DE 1919 — N. 102
DIRECCION
MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

El Ultimo Encuentro

por

Julio Llanos

I

Gabriel Avendaño había lucido, en aquellos días de la rebelión bonaerense (1880), un bizarro uniforme de capitán de uno de los tantos batallones que nacieron del entusiasmo. Despojado de aquellos atavíos circunstanciales volvió a su vida de estudiante desaplicado, amigo de bailes y jaranas. Escritor a ratos, su nombre tenía prestigios juveniles, y las redacciones de los diarios lo veían afectuosamente.

Y fué en uno de aquellos bailes, a los que siempre encontraba la manera de llegar, donde conoció a Carmen López.

Atrevido y seguro de sí mismo, gracias a fáciles triunfos, inició pronto la declaración de sus simpatías.

Carmen había escuchado sonriendo las palabras amables, y respondido evasivamente.

Sin embargo, al día siguiente esperó, engalanada, las cinco de la tarde.

Gabriel habíale prometido pasar a esa hora frente a sus ventanas.

Y, cosa extraña en él, no olvidó su promesa. Avanzó con su andar garboso por la acera de enfrente. Su figura era esbelta, su cara vivamente expresiva, sombreada por una barba naciente, negra, que obscurecía la palidez mate de su piel. No bastaba a vulgarizar su fisonomía lo corto de su nariz respingada, anuncio, aunque incierto, de la agudeza de su ingenio.

Gabriel saludó airosamente, y volvió a pasar. La niña no aguardó la vuelta, lo que le produjo un ligero escozor en su amor propio.

Al día siguiente se repitió la escena, y comenzó el idilio. Unas líneas arrojadas entre las rejas de la ventana fueron recogidas, y contestadas, aunque tarde para la impaciencia febril de Gabriel, con palabras indecisas.

Duplicó el ardor de sus declaraciones para vencer la timidez y la duda. Al fin pudo exclamar con su impertubable espíritu humorístico:

—Escribe amo sin h. — ¡Es el ideal!

II

Pasaron unos meses, en los cuales las vecinas de la cuadra vigilaban y censuraban los impertubables paseos de Gabriel, cuando acertó éste con un amigo de la casa, que lo presentó bravamente.

La mamá lo acogió con bondad. ¡Era simpático! Pero el padre, un antiguo comerciante que había puesto sus economías y el valor de sus casas bonaerenses en una estancia bien poblada, tuvo una sonrisa agri-dulce, en la que Gabriel leyó dos impresiones perfectamente contradictorias.

El señor López comenzó a recoger informes acerca de la posición y condiciones del pretendiente de su hija única, presunta heredera de muchas leguas de buenas tierras. Los amigos decían de él, que era un excelente camarada, pero, que tenía más pretensiones que talento. Los hombres graves, que era un calavera sin porvenir seguro; que las noches más tranquilas las pasaba escribiendo cosas inútiles. Nada de aquello era consolador para el vigilante amor paternal.

La situación doméstica mejoró visiblemente un buen día en que los diarios dieron la noticia del examen general de Gabriel, dado con lucimiento, y que, ponía a su alcance el título de abogado. Sus amistades en las redacciones lo favorecieron con algunas líneas, dedicadas especialmente a predecirle futuros triunfos en nuestro foro. El las había insinuado mañosamente, en conocimiento de la necesidad de apuntalar su reputación ante las severidades egoístas y frías de su futuro suegro. El señor López era un seducido por los prestigios de la letra de molde. La autoridad de un órgano de publicidad para opinar sobre todas las cosas era, para él, incuestionable, sin perjuicio de no distinguir con su alta consideración al autor mismo de las opiniones que lo convencían.

La causa de Gabriel estaba casi ganada en el ánimo paternal cuando un suceso desgraciado volteó de golpe todas las esperanzas, escondió las sonrisas en la casa de Carmen, dejándolas solas para sus labios perdonadores de mujer enamorada.

Debutó una *troupe* en el *Alcázar Lirique* de la calle Victoria, y los concurrentes se dividieron en bandos. Aplaudían unos y silbaban los otros. El recinto, pequeño, se convirtió pronto en un campo de estruendo y de batalla. Volaron botellas en dirección a las cabezas de los adversarios, vasos y aún sillas fueron armas arrojadizas. Intervino la policía. Los más exaltados fueron detenidos y remitidos con un furioso parte a la Central. Entre éstos iba Gabriel, que aplaudiera, no sabemos si la voz o

la belleza de las debutantes, y que defendió sus convicciones artísticas con toda clase de proyectiles.

El mismo diario que le augurara brillante porvenir, registró la noticia del escándalo, censurándolo amargamente, y lo que fué peor, señalando, sin duda para escarmiento, de un modo transparente a la mayor parte de los acusados.

Con el papel en la mano el señor López significó a su mujer que habían terminado las atenciones para con el joven Avendaño.

—Un calavera que te condenará a una vida de sufrimientos, y derrochará la fortuna que he reunido con tanto trabajo y privaciones, — dijo a su hija. — Esta unión no la consentiré nunca.

Ella quizo defenderlo, justificarlo, mas, ante la autoridad paterna no tuvo más que acudir al consuelo de las lágrimas.

III

Avendaño un tanto cohibido, olvidado de su aplomo habitual ante la expresión severa de la señora López, apareció en el día señalado para sus visitas.

Carmen tenía los ojos enrojecidos.

—¡Catástrofe! — murmuró para sus adentros, recordando maquinalmente su palabra favorita en los percances de su vida bohemia.

Procuró sin éxito apreciable, animar la conversación.

Al fin, la señora de López, dejó de obedecer a las miradas suplicantes de su hija.

—Parece que se divirtió usted mucho, en el teatro la otra noche — dijo la buena dama, que creía que era impúdico nombrar el Alcázar.

—¿Dónde? En el teatro... ¡Ah! Sí. He estado en el teatro varias veces, — repuso Gabriel sin darse por entendido.

Las miradas de Carmen huían de las suyas, y aunque Gabriel presumía la dirección y el alcance del ataque, olvidó las explicaciones preparadas para el caso, y se acobardó simplemente.

La señora apuntó más directamente:

—Creo que hubo un escándalo.

No era ya posible hacerse el inocente, y como el heroismo suele ser suma de miedos, Avendaño se lanzó resueltamente:

—Es verdad. Se tiraron sillas, vasos, botellas. Un barullo a causa de unos guarangos que no dejaban oir el canto.

Gabriel acudió a todos los recursos de su humorismo de buena ley para contar los incidentes, el susto de las artistas que abandonaron la escena, la furia inútil del comisario. Todo aquello, en el fondo, sin consecuencias. Los diarios, para llenar espacio se habían detenido en el asunto.

Carmen quedó convencida de que tal incidente no podía llegar a turbar la felicidad de su vida. La señora de López rió de buena gana ante la gracia con que se le contó cómo dispararon los neutrales, en la divergencia de opiniones. Los neutrales no son nunca simpáticos, y muchas veces ridículos. Fueron ellos, pues, quienes pagaron el gasto de aquella reconciliación.

IV

Madre e hija, unida en una sola plegaria, consiguieron calmar la irritación del señor López.

Avendaño continuaría visitando en la casa.

Prometió a Carmen no volver al Alcázar, refugio entonces de todos los pecadores, ya que son pecadores los jóvenes alegres...

Lo que más influyó en el ánimo paternal, fué una juiciosa observación de su mujer:

—Una oposición airada que pueda parecer sistemática, exacerbará la pasión de Carmen. Obremos por convencimiento.

La buena señora creía en la posibilidad del razonamiento en los seres profundamente apasionados. Ella se había unido así, casi sin amor, cediendo a las instancias del primer venido que le habló de matrimonio, único porvenir femenino, y le ofreció las garantías de una conducta irreprochable con las seguridades de una existencia tranquila e igualmente aburrida. Ese era el concepto atávico de la felicidad, que no le había sido defraudado.

Mientras el señor López vigilaba tan de cerca al pretendiente, que sus investigaciones rayaban en el espionaje, Misia Rosario, advertía a su hija los peligros y los dolores que la aguardaban casada con un hombre sin juicio. Era así como calificaba a Gabriel. No barruntaba ella que esa falta de juicio, esas gallardías en el obrar y sentir, eran encantadoras para Carmen que encontraba a todos los demás jóvenes que conocía o recordaba, apocados y endebles ante las comparaciones con su amado.

Parecía ceder con esa diplomacia instintiva de los caracteres suaves, pero se afirmaba en su cariño. Mientras escuchaba se decía: De él o de nadie.

Y se lo decía blandamente, con una especie de resignación, más que de rebeldía.

Una tarde el señor López dijo a su mujer:

—He sabido que hace deudas.

—Tal vez la necesidad, — encontró ella sin convencimiento, y en recuerdo de su hija.

—¡No hay necesidad que valga! Si espera que yo se las pague, está fresco. Quien hace deudas sin la seguridad de pagarlas, es un mal sujeto en el que nada puede fiarse. Tú conoces mi manera de pensar al respecto. Yo he sido comerciante.

—Está bien, pero tiene una carrera de porvenir.

—Abogado sin pleitos. ¡Bonito porvenir! Mayores exigencias y menos recursos.

—Nosotros tenemos para los dos.

—El dinero que no se gana sudando, y no se guarda con privaciones, va a parar a las carpetas o a sitios peores. — afirmó el señor López con cólera.

Estos diálogos se hicieron frecuentes, y fueron ablandando la resistencia defensiva de Misia Rosario, habituada a pensar y a querer con su marido.

Carmen veía crecer la oposición de sus padres y una tristeza infinita comenzó a aislarla en su propio pensamiento. Hallaba egoísta la ternura materna.

—Al fin,—pensaba—soy yo la que me expongo a sufrir, y ellos los que me condenan a la desventura. Y con una especie

de rencor — se repetía. ¡Gabriel o nadie! A veces repetía en voz alta las tres palabras, lanzándolas como un grito de guerra, que epilogaban reconfortando sus meditaciones:

—¡Gabriel o nadie!

V

Gabriel continuaba soportando las suaves asperezas de Misia Rosario. El señor López, no aparecía nunca en la sala, en donde a respetable distancia uno del otro hablaban los novios de cosas insubstanciales y ajenas a su propio pensamiento. Hablaban sin poder decirse nada, ellos que tenían tanto que comunicarse.

Muchas veces leía Carmen en los ojos de su amado la proximidad de un estallido de su varonil orgullo, y los suyos suplicaban entonces humildemente, tan humilde y amorosamente que Gabriel devolvía con una amabilidad las palabras mortificantes que escuchara. Ella se lo agradecía con toda su ternura, visiblemente, y aquella compensación calmaba como un bálsamo la irritación producida.

La señora solía repetir fastidiosamente la frase:

—Para el matrimonio se necesitan recursos.

—Y amor,—repetía él—sin amor no hay matrimonio feliz.

Un día la señora, adelantó esta otra sentencia:

—Los hombres acostumbrados a la vida alegre son el martirio de sus mujeres.

—Cuando no la cambian por la vida feliz, — respondió Gabriel sonriendo.

Carmen sonreía dichosamente ante la rapidez de estas respuestas que derrotaban a su madre, y también la enojaban, porque aún cuando la dejaban sin réplica, sentía ella, instintivamente, lo que tenían de incierto,

Un día el ataque fué más terminante:

—Nunca consentiremos en el matrimonio de nuestra hija con un hombre gastador, menos si juega. Sería aceptar de antemano su infortunio.

Gabriel respondió:

—¿Quiere Vd. señora, oir un cuento árabe? Es muy bonito....

Misia Rosario esperó, y Carmen miró a su pretendiente con angustia.

—Pues, sí, señora, — comenzó alegremente Gabriel — un árabe tenía tres hijas casaderas. La mayor, que fué la primera en enamorarse, lo hizo de un borracho. Cásate, hija mía, tu amor lo corregirá. La segunda acertó a querer a un jugador, y obtuvo el mismo consentimiento. Llególe el turno a la tercera que, radiante, confió sus amores a una maravilla. Su novio era perfecto: trabajador, juicioso, pero, demasiado económico. No te casarás con él,—exclamó el viejo—el vino, el juego, los vicios se abandonan, los corrige el amor sobre todo, lo que no se corrige nunca, lo que se agrava siempre es la avaricia. No hubo llantos que quebrantaran la resolución que dictaba el viejo árabe, su gran experiencia de la vida, le enseñaba que todo es factible de corregirse, menos, el excesivo amor al dinero.

Misia Rosario sintió en lo vivo la lección.

—Está bueno como cuento, — dijo con indiferencia.

—Y como filosofía — aseguró Gabriel sonriendo, — esa es la que vale.

Carmen desvió el tema de la conversación, pero, ninguno se llamó a engaño, las líneas estaban tendidas, y la catástrofe era cuestión de tiempo.

VI

La lucha en la casa arreció. Las aluciones cada vez más claras y mortificantes del padre, y el asentimiento de la madre a ellas, fueron haciendo cada vez más imposible la vida de Carmen. ¡Aquello era un infierno!

Un pleito ruidoso, de esos que dan gloria, y no dinero, fué brillantemente ganado por Avendaño, y los diarios le dedicaron nutridos artículos laudatorios, donde lo ponían a la par de los grandes maestros del derecho. Aquello fué una gloria para Carmen, y a la hora de almorzar, con toda naturalidad, les mostró el diario que traía la noticia:

—Sí — dijo el Sr. López — un hermoso triunfo, que no le dará un centavo, pero que, en cambio mira lo que le dá — y alargándole un diario que sacó del bolsillo, le indicó un artículo.

El flamante doctor, se batía, a causa de un vibrante ataque al abogado contrario.

Carmen leyó lentamente, y dejando caer el periódico corrió a refugiarse en sus habitaciones.

—Ese es el porvenir que te aguarda con ese loco — dijo el señor López.

Pero, ella no lo oyó, tirada sobre su lecho, lloraba amargamente.

Misia Rosario, mujer al fin, en quien todo dolor hállaba simpatía, le dijo con dulzura:

—¿Por qué no te informas? La pobre Carmen lo quiere aún.

—¡Que lo maten!—exclamó López—así quedaremos todos en paz.

Hubo un momento de silencio, al fin la señora insistió:

—Informate, al fin es el novio de Carmen, y para todo el mundo es nuestro futuro yerno...

—Tienes razón — aceptó López, y sin terminar el almuerzo salió a tomar noticias.

El duelo era serio, se verificaría al día siguiente, Gabriel había aceptado todas las condiciones de su adversario: espada recia con punta y dos filos. Mejor era no decirle nada a la niña, que no había dejado sus habitaciones. Felizmente en el día siguiente correspondía la visita semanal. Aguardarían tranquilamente la hora habitual.

VII

A las seis de la mañana, Carmen, con los ojos muy brillantes abiertos, espantados, entró al dormitorio de sus padres.

—¿Qué tienes hija? — gritó la madre saltando del lecho, y alcanzando a sostenerla.

—Lo he visto muerto — susurró Carmen, rompiendo a llorar. Lo he visto muerto... Papá, por lo que más quieras, ve a su casa...

El señor López estaba perplejo.

—Pero... hija... a esta hora...

—Sí papá, se batía a las cinco de la mañana, ya son las seis... ya debe estar muerto... Papá, papá, sé bueno con tu pobre hija...

El señor López espantado del dolor de su hija, pasó a la pieza contigua, y se vistió rápidamente, antes de salir volvió a su dormitorio, y besándola, le dijo cariñosamente:

—Tranquilízate, el duelo es a espada, y Avendaño la maneja muy bien. Vuelvo enseguida — con dolor y con rabia, salió casi corriendo.

A las siete regresó con noticias tranquilizadoras.

—Nada. Un rasguño en el antebrazo. El adversario gravemente herido. Vendría a la tarde.

Carmen se colgó del cuello de su padre sollozando.

El señor López empezó a reflexionar sobre la seriedad de la pasión de su hija. Había ya que proceder muy seriamente.

Con un hombre sin posición, que juega, baila, se bate... ¡jamás! sería la más imperdonable de sus debilidades.

VIII

Desde una hora antes, ataviada como nunca, pálida y nerviosa, Carmen se estremecía con cada ruido de la calle confundiéndolo con el llamado a la puerta de su pretendiente.

Con su sonrisa despreocupada de siempre, un tanto pálido también, con el brazo en cabrestillo, penetró Gabriel en aquella sala rígida cuyos muebles no habían cambiado nunca de ubicación.

El señor López, por excepción, aguardaba con su aire serio, inexpresivo, de hombre que sólo tiene obligaciones acomodadas, iguales, resueltas de antemano.

Se habló del lance. Gabriel lo narró sin alardes, con buen gusto, con espiritualidad.

Carmen lo escuchó con emoción y sus padres severamente.

—Es una costumbre bárbara que ya debiera estar abolida. — dijo el señor López.

—Sí, señor, — respondió Gabriel; — pero no lo está. Lo absurdo tiene una gran fuerza de resistencia, porque nunca es absolutamente absurdo.

—¿No se acordó Gabriel, del miedo que yo iba a tener? — se atrevió a decir Carmen desafiando la mirada de sus padres.

—Sí; — repuso con galantería, — pero, me acordé más, que no debo empañar mi reputación que será la suya.

El señor López hizo una mueca, y dejó la sala pretextando una cita.

Misia Rosario, sugestionada con el lance, el que, en cierto modo, para su imaginación de madre burguesa transformaba a Avendaño en un héroe, así que salió su esposo abandonó la sala, dejando por primera vez solos a los novios.

—¡Al fin! — exclamó Gabriel, viendo alejarse a la señora, y tomando con ambas manos la cabeza de Carmen, la miró largamente al fondo de los ojos, y en una fascinación mútua los labios se acercaron en el primer beso largo, en el primer beso en qué sus almas se fundían.

—¡Cuánto te quiero! — dijo él.

—¡Cuánto te adoro! — murmuró ella.

—¿Por siempre?

—¡Por siempre jamás! — y volvieron a besarse.

IX

El señor López recibió unas líneas de Avendaño, en las que le rogaba, lo esperara en su casa, para hablarle de un asunto importante.

—Como buen aturdido se adelanta, — dijo a su mujer mostrándole la carta.

—Entonces. ¿Estás resuelto? Luego de lo que hemos visto cómo lo quiere Carmen, yo creo......

—Cortaré por lo sano. Enseguida nos vamos a la estancia, y en unos meses la curación será completa. Yo sé lo que son éstos amoríos. Tormentas de verano. Todos hemos sido jóvenes y todos hemos tenido amoríos.

Cuidadosamente enlevitado, según se estilaba en las grandes ceremonias, apareció Gabriel.

—Señor López. — dijo Avendaño sin preámbulos, — pido a usted la mano de su hija; he podido hacerlo por intermedio de un amigo común, pero he preferido escuchar yo sólo su respuesta.

—Ha hecho bien, joven, me hubiera sido penoso decirle a un amigo...

—¡Que Vd. me la niega! ¿No es verdad? Deben existir razones muy serias — dijo Avendaño, alzando la frente con altanería.

—Razones... no precisamente, motivos para que un padre, celoso de la felicidad de su hija única...

—Motivos? Sea, al fin son razones... y usted las tiene...

—Vd. no tiene posición.

—La tendré. Yo no pretendo casarme inmediatamente.

Las interrupciones eran cortantes, e hiriendo al señor López le dieron ánimo para observar.

—La posición no se obtiene sin hábitos de trabajo metódico, — continuó, — todo lo contrario de sus costumbres.

—Las costumbres se hacen con la necesidad. Y yo soy un caballero.

—En el sentido mundano sí, pero eso no es bastante.

Avendaño había prometido a Carmen toda su prudencia, Ya se le agotaba, pues no era abundante su caudal.

—De manera, señor López, y en definitiva?...

—Que no puedo consentir en tan arriesgado matrimonio.

—¿Ahora, ni nunca?

—Ahora, ni nunca, Vd. lo ha dicho.

Avendaño se levantó rojo de indignación y de despecho.

—Una palabra, joven, no insista Vd. con mi hija.

—Tiene mi palabra... He dicho a Ud. que soy un caballero.

Avendaño saludó con una breve inclinación, y se alejó altanero, y digno, con la muerte en el alma, pero, con una cólera terrible contra aquel bárbaro.

X

El señor López llamó a su mujer, y comunicándole el resultado de la entrevista, le dijo, muy satisfecho:

—Ya está arreglado y concluído el asunto...

—No ha concluído, papá, — lloró Carmen que había seguido a la señora,—queda mi sufrimiento. Yo lo quiero a pesar de todo.

Y penetró en su dormitorio a llorar una vez más aquel amor que parecía no poder vivir sino regado por sus lágrimas...

—Déjala unos días. Toda enfermedad tiene convalescencia — aseguró el señor López a su aflijida esposa.

Y satisfecho de haber encontrado esa frase, que le pareció una sentencia, tomó el camino de sus ocupaciones.

Carmen se encerró en su habitación y tirada en el lecho se pasó varios días llorando, sin querer comer, negándose a todo.

—¡A la estancia! — ordenó el señor López.

Se prepararon agitadamente los baules y partieron enseguida.

El campo era para él un remedio soberano. ¡Ay! pero no para Carmen que pobló aquellas soledades con los recuerdos de su Gabriel. Se había llevado las obras favoritas de él, y leyéndolas revivía los instantes que habían pasado juntos. ¿Recordar es vivir? No, es morir, morir lenta y horrorosamente, sin alivio, ni consuelo.

Los padres la dejaban hacer su gusto sin inquietarse, *el tiempo*, el remedio soberano de los seres sin carácter, terminaría por obrar la eterna curación del *olvido*. Pero, los días se fueron sucediendo iguales, el tiempo corrió, más, sin operar la decantada cura, Carmen se entristeció cada vez más, las ojeras más profundas y violetas, hicieron más honda su mirada vaga y melancólica.

Sola, perdida en el inmenso parque de la estancia, pasaba las horas muertas, leyendo o meditando.

Misia Rosario había intentado muchas veces poner término a aquel estado.

—Es ridículo Carmen lo que haces, esos poetas románticos, que son unos farsantes estúpidos, terminarán por dañarte.

—Esos poetas dicen muchas cosas inútiles pero bellas — replicaba ella — yo las quiero aprender como las sabe Gabriel.

—Así no lo olvidarás.

—¡Oh! Es que no lo olvidaré nunca!...

—¿Y él? ¿Crees que se acuerda de tí?

—Que haga lo que quiera, tiene mi perdón... El es hombre, y echará mano de otros recursos para olvidar, o curar su dolor.

—¡Pero, eso es tonto, Carmen!!...

Carmen la miraba sin responder, y tomando el libro, cuya lectura interrumpiera la señora, se alejaba, moviendo la cabeza, negativamente, como si lo que le pidiera la madre fuera el imposible de lo imposible.

Carmen enfermó, y los padres abandonaron precipitadamente la estancia, para entregar la enferma a los cuidados del viejo médico de la casa. Este, uno de aquellos ancianos patriarcas de la ciencia, que la figura de González Catán simbolizaba tan acabadamente, amigo de la casa, al tanto de los dolores físicos, como de los morales, así que vió a Carmen puso mal gesto:

—Ha sido un error llevarla al campo — afirmó — esta niña necesita distracciones, llévenla a Europa, y háganla pasear todo lo que puedan. Hoy no tiene más que una gran debilidad que el aire de mar y el cambio de clima modificará inmediatamente.

—Vd. que está al tanto de todo — dijo el señor López, a quien aquel dolor y aquella enfermedad alarmaban — ¿cree que obro bien?

—Sobre mi conciencia de padre, yo creo que sí — repuso el doctor — quizá sea preferible dejar morir una hija, antes que entregarla a una infelicidad segura. Llévenla a Europa, y no se aflijan.

Confortado con aquella opinión de un amigo leal que, quizá como él, *no había sido nunca joven*, el señor López abrevió los preparativos, y una de esas lindas mañanas de Buenos Aires, en que el sol es un canto de vida, y el río parece el mar de un cuadro, con sus olas espumosas, que riza un viento acariciador, partieron rumbo a Europa, Meca de tan distintas ambiciones, de gloria, de placer y de olvido...

XI.

¿Gabriel?

Los diarios lo habían tenido al corriente de todos esos movimientos en los que veía la preocupación de substraer a Carmen de todo encuentro casual o comunicación posible.

La tarde en que se produjo el rompimiento de relaciones no creyó, a causa de sentir primero la lesión en su orgullo, que la herida de amor era tan honda. Los carácteres despreocupados se ignoran a sí mismos. Han refleixonado algunas veces en las cosas y nunca en ellos. Tenía la sensación de un gran vacío, como si le faltara algo dentro del pecho, muy material y muy necesario a la armonía de sus funciones orgánicas. Esto le traía vaguedad en las ideas, incertidumbre y vacilación en sus actos.

Acudió al remedio de todos los que se sienten desgraciados y desean ocultarlo. Fué el más asiduo concurrente a los sitios de placer. El aturdimiento no lo curó. Enseguida se propuso trabajar con ahinco, vengarse de López.

Con un pequeño capital, más, con una gran audacia, y un seguro golpe de vista, se puso a especular, y con tal acierto, que en brevísimo tiempo alcanzó grandes ganancias. Asegurada su paz económica, decidió retirarse a disfrutar, liquidando todos sus negocios, convirtió su fortuna en oro, depositándola en el banco inglés.

Avendaño era rico, cinco millones de pesos, ganados como a las cartas, hasta con el placer de las emociones del juego, le dieron poder para realizar sus más raros caprichos. Mas, realizados éstos con exceso, lo invadió el tedio, el cansancio amargo de esas vidas que toman por ruta equivocada.

¿Dinero? ¿placer? No, nada de eso, lo que él necesitaba era el amor de Carmen. El amor de Carmen que ahora no se lo podrían negar, ahora que era rico, y tenía posición.

Pero, ¡maldito orgullo! ¿Iría a mendigarle al señor López?

No, jamás!...

Y sufriendo el dolor cada vez más hondo y angustioso de la ausencia y la espera, decidió no transigir, y aguardar. Hora llegaría en que el señor López volviera a él, arrepentido, y castigado. ¡Maldito orgullo!

XII

Avendaño, malgrado su aparente tranquilidad, no pudo resistir al deseo de seguir a Carmen. Citó una mañana a sus dos íntimos amigos, Jacinto García, y Severo Harris, y sin mayores preámbulos, les dijo:

—Los he citado para pedirles, si me quieren acompañar en un viajecito a Francia... Yo sé que Vds. no están en condiciones económicas, pero, lo estoy yo, y eso basta. Yo les invito. Pasaremos cuatro, seis meses, un año, lo que sea necesario para aburrirnos.

—Sí — dijo Harris — todo eso está muy bien, pero...

—Déjense de tonterías — replicó Gabriel — y no me salgan con escrúpulos que, entre amigos como nosotros, son una ofensa. Arreglen sus cosas, y de aquí doce días partimos.

Ante las razones de Gabriel, los amigos cedieron, y con esa alegría que saben mantener los hombres sanos de espíritu, aceptaron la invitación, y ya confeccionaron el programa del viaje.

Doce días después, partieron con rumbo al Viejo Mundo los tres amigos, más atolondrados y alegres que estudiantes en día de asueto.

Con aquellos recursos admirables que tienen los hombres de treinta años, que saben sacar partido de todo y por todo, la travesía fué una cadena de aventuras, y sucesos agradables, de modo que cuando llegaron a París, los animaba el mejor espíritu.

París, en aquellos años, era todavía la ciudad romántica de los poetas de luengas melenas, y las hermosas de aventuras novelescas. Vivían aún los grandes bohemios que han dado tanta celebridad al *Café del Gato Negro* y al *Molino de la Galette*, y en aquel mundo especial, donde se diría que nació el amor, los tres

amigos sentaron sus reales, a correr cuanta aventura se presentara.

Trabada amistad con Valliers, Goutrán, Forel y Verlaine, gustaron de los encantos de la bohemia intelectual, que el dinero de Gabriel, generosamente administrado, supo hacer más elegante y hermosa.

Pero, Gabriel no estaba satisfecho, todo aquello lo entretenía, pero, sin encantarlo hasta el aturdimiento, Con el pensamiento fijo en Carmen, no podía gozar de aquellos placeres un poco a flor de piel.

Dolido el corazón, es triste el vino......

Dice el poeta, y Gabriel, en vez de alegrarse, sufría más, y en el fondo de la última copa veía la imagen de ella, triste, con la mirada apagada, como si le reprochara su silencio, su empecinado alejamiento...

Luego de una de aquellas noches, Gabriel se despertaba más enamorado, más triste, sintiendo todo el horror de una vida consumida así. La graciosa Marieta, una bonita mujer de veinte años, alegre, reidora y buena, capaz de todo, hasta de enamorarse... Pero, que de todos modos, simulaba con tanta gracia un cariño amable, que el más avezado calavera habría termindo por hacer como que creía y gozar ese placer sencillo, pero dulce y delicado, que pone calor en la mano que acaricia, y cierta vehemencia en el beso que se estampa. Marieta, cuando lo notaba tan triste a Gabriel, forzaba su alegría, y haciendo mil locuras, trataba de distraerlo de mil maneras. Gabriel la comprendía, y la dejaba hacer, hasta que apiadado, la tomaba de la cintura, y sentándola en sus rodillas, le decía:

—No te fatigues, Marieta, yo estoy triste porque... me acuerdo de mi lejana tierra.

—¿Ya te quieres ir? — preguntaba ella, con cienta pena — ¿Te has cansado de mí? Sin embargo, yo soy buena, te quiero mucho... ¿Verdad que sí? ¿Por qué quieres irte?

—No, no es que quicra irme, o esté cansado de tí — respondía él, acariciándola — Me acuerdo de mi tierra, y me entristezco.

—¡Qué raro! — exclamaba ella con toda ingenuidad — Yo me acuerdo de mi pueblito, pero, no me entristece, al contrario, me consuela, porque pienso, que cuando sea vieja volveré allá...

—Volverás... ¿y para qué?

—A vivir mil últimos años, a morir donde nací... Pero, ¡calla! ¡no cometo la tontería de decirte cosas tristes! — Y saltando de las rodillas de Gabriel corría al balcón, le hablaba al canario, le cantaba alguna copla traviesa.

—No cantes esas cosas — le reprochaba Gabriel, — es demasiado linda tu boca para que pronuncie palabras tan procaces...

Ella abría mucho los ojos, y francamente asombrada, le preguntaba:

—¿No te hacen gracia? ¡Son tan graciosas!

—No Marieta, no me hacen gracia porque son muy groseras... Tú no debes decirlas, hay palabras que una mujer no debe pronunciar nunca, porque... es menos mujer...

Marieta quedaba pensativa, buscando el sentido de la frase y Gabriel se arrepentía de haberla mortificado, y haciéndola ves-

tir, salían a buscar a los amigos para iniciar una de aquellas *charlas*, que comenzaban a las seis de la tarde, tomando el aperitivo, y terminaban a las seis de la mañana del día siguiente, en alguna de las típicas fondas del Barrio Latino.

Una de aquellas mañanas, mientras Marieta se adelantaba corriendo carreras por en medio de la calle con García, que era tan atolondrado y bullanguero como ella, Harris lo tomó del brazo, y le preguntó:

—¿En qué quedamos? ¿Te diviertes o te aburres? Francamente.

—Francamente, me divierto, pero...

—¿Carmen?

—Sí Harris, cada día la quiero más, y cada día la siento más lejos.

—Bueno; esto se acabó! Mañana, no, luego vamos al Bosque y si allí no la encontramos iremos a otros sitios, volveré del revés a París, pero, yo te garanto que daremos con ella.

—Estoy de acuerdo, pero ¿y después?

—¡Cómo después!

—Después ¿qué hago yo? Tu sabes que su padre me la negó de la manera más inícua, y... ¡yo no puedo pedírsela!

—¡Esas son locuras! Si la quieres, lo menos es que sacrifiques tu orgullo.

—No Harris, no es mi orgullo, es mi dignidad, lo único que un hombre debe cuidar contra todo...

—Bueno, — dijo Harris, luego de pensar unos instantes, — déjame hacer, y después... veremos...

XIII

Aquella mañana, una de las primeras cálidas de Primavera, todo el París elegante se había congregado en el *Bosque*. Gabriel y Harris, en un bonito *faeton* cruzaron varias veces por la avenida central, y deteniéndose en un punto estratégico, de donde podían mirar cómodamente, se entretuvieron en hacer comentarios.

—Creo—dijo Gabriel al buen rato de espera—que esta vez nos hemos chasqueado.

—¡Quién sabe! — repuso Harris, señalandole al fondo de una calle de árboles dos parejas que venían caminando — Juraría que aquel es López.

—Sí — dijo Gabriel — es López, con Carmen y la señora.

—Y el caballero que acompaña a Carmen no es compatriota nuestro. Yo no lo conozco.

—Espera — dijo Gabriel — yo creo que sí.

El grupo se acercó a corta distancia, el señor López conversaba con su esposa, Carmen escuchaba la animada conversación de su acompañante.

En una curva del sendero, Carmen quedó frente a Gabriel, como a diez pasos de distancia. Lo vió, y alzando los brazos quizo caminar, y cayó de bruces. Todos acudieron a socorrerla, hasta las personas de los carruajes. Gabriel quizo correr también, y Harris lo detuvo:

—No — le dijo — espérame aquí — y saltando del *faeton*, llegó corriendo al grupo.

—No es nada — decía una señora, dándole a aspirar unas sales — un desmayo... Hace un poco de calor...

El señor López, la sostenía en peso, y Misia Rosario trataba de abanicarla, pero, tan aflijidos los dos, que la señora de las sales les dijo, señalándoles el carruaje que estaba más próximo:

—Tomen mi carruaje y llévenla.

El señor López obedeció maquinalmente, y subió a la victoria, que partió a escape hacia el hotel.

Harris corrió al *faeton*, y saltando junto a Gabriel, le gritó:

—¡Síguelo!

Gabriel castigó los caballos, y a poco se puso detrás de la victoria, así llegaron al hotel donde aquella carrera congregó unos cuántos curiosos.

Gabriel quiso ir a ayudar a los que cargaban a Carmen, Harris lo detuvo:

—No, quedate aquí, — le dijo — de aquí un rato iré yo a preguntar cómo se encuentra.

—¡Es que yo no puedo quedarme aquí como una estátua!

—Sí, comprendo... Mirá date una vuelta por el Bosque, y cuando estés de regreso ya sabré algo: No te distraigas, y atropelles a alguien.

—Pierde cuidado... — repuso tranquilamente, y haciéndolos arrancar poco más que al paso, se alejó lentamente.

No había transcurrido media hora, cuando el *faeton* volvía a detenerse frente al hotel, y en el mismo instante salía de él Harris.

—¿Mejor? — le preguntó de lejos, Gabriel.

—Sí, no es nada, un desmayo — contestó Harris con un acento en que se revelaba una gran contrariedad — ya está buena del todo.

—¿Te recibió el señor López?

—Sí, — contestó Harris, tomando asiento en el *faeton*. — Pon los caballos al paso y te contaré.

Gabriel lo miró con sorpresa, Harris estaba serio, más, impaciente por saber lo ocurrido, hizo como le indicara:

—Había pasado mi tarjeta — dijo Harris. — y esperaba en una salita, cuando apareció el señor López, y aquel. caballero que los acompañaba.

López entró como una fiera, y encarándoseme, me señaló la puerta, gritando — ¡Salga Vd. de aquí inmediatamente! ¡Dígale al bellaco de su amigo que es inútil que nos siga, que Carmen no será nunca de él!... Quise contestar como era justo, y su amigo me tomó de un brazo, e indicándome la puerta, me dijo con toda insolencia: —¡Salga Vd. antes que se acabe mi paciencia!... Tu sabes Gabriel que yo soy muy pacífico, que no me enojo fácilmente, y menos habría de enojarme allí, con aquel señor López, pero... el imbécil ese del amigo me sublevó, no pude más, lo tomé de un brazo, y a no pedirme el señor López que me reportara, lo arrojo por el balcón...

—Has hecho bien, — dijo Gabriel — ¿y después?

—Cuando López me vió enojado quizo calmarme, me pidió disculpas por haberse dejado llevar de un mal arranque, y me

rogó que influyera contigo para que la dejaras tranquila a Carmen, que estaba comprometida con aquel señor...

—¡Qué dices! — gritó Gabriel — ¿La han comprometido?

—Sí; prometí cuanto quizo, y al despedirme le hice señas al caballero ese que deseaba hablarle. Me acompañó hasta la escalera, y nos cambiámos nuestras tarjetas... ¿Qué opinas? Gabriel guardó silencio, y al cabo de un rato, dijo:

—Te he embarcado en una aventura desagradable, y es necesario que te saque de ella.

—Perdón Gabriel — atajó Harris serio — mañana me batiré con ese imbécil y no consiento que hagas nada por impedirlo.

—Es que me corresponde a mi, — replicó Gabriel.

—No; te he dicho que me batiré, y basta! Tú y Jacinto serán mis padrinos.

A la mañana siguiente, Harris se batía con el Sr. Gastón Dillon en una sala de armas, de los alrededores de la ciudad. El encuentro fué breve, al segundo asalto, el señor Dillón fué bonitamente ensartado en el hombro derecho, y tan brava la estocada, que lo retiraban desvanecido a su casa.

Gabriel, que toda aquella mañana había estado muy nervioso, lo abrazó estrechamente, y con la voz preñada de emoción, le dijo:

—¡Gracias, Harris...

—¡Al contrario! — repuso éste jovialmente. — Quise arreglar tus amores y los he empeorado. ¡Siquiera lo hubiese muerto a este Dillón!...

XIV

El señor López puso al cielo por testigo, que aquello era una salvajada de sus compatriotas, y no tuvo empacho en decir a todo el mundo:

—Ese miserable de Avendaño ha pretendido asesinar al novio de Carmen, pero, ya me las pagará!...

Y furioso, con esas cóleras que no reflexionan, hizo trasladar a Dillón a su propio hotel, y obligó a Carmen y a Misia Rosario a que lo asistieran con toda solicitud.

Carmen los dejó hacer, ¿para qué iba a rebelarse? Se estrellaría en la resistencia de su padre, que si ayer tenía mala voluntad, a Gabriel, hoy lo odiaba.

Carmen cumplió en silencio la tarea que le encomendara, más una de aquellas tardes tuvo un acceso de tos, y escupió sangre. Los padres se alarmaron, y consultado el médico que atendía a Dillón, este aconsejó que la llevaran inmediatamente a Suiza, que aquella niña estaba anémica, y el menor descuido podía convertir la anemia en tuberculosis...

—¿Es tanto peligro? — preguntó López, que no podía convencerse.

—Sí señor — afirmó el médico — le hablo con franqueza, y más le diré, quien sabe si ya no tiene algo... Llévenla a Suiza.

El consejo se puso inmediatamente en práctica, pero antes, el señor López, llamó aparte a Dillón, y lo puso en antecedentes de lo que ocurría:

—Ante un caso así señor Dillon, es un deber devolverle su palabra...

—No señor — repuso Dillon, con exagerada generosidad — yo sería un infame si retirara mi palabra, y luego, quiero lo suficiente a Carmen para arrostrar cualquier sacrificio por ahorrarle un dolor.

El señor López se sintió conmovido, y estrechándole la mano, murmuró:

—Es usted un caballero... Esta noche partimos para Suiza, yo le escribiré dándole la dirección de donde paremos, y allí lo esperamos.

—Cuente Vd. conmigo — aseguró Dillón. — Terminaré unos asuntos aquí, y voy inmediatamente.

Aquella misma noche partieron a Laussanne. La despedida de Carmen y Dillon fué muy sencilla, él le besó la mano, murmurando palabras que ella no oyó, ella cerró los ojos, y haciendo un gesto de fastidio, le dijo:

—¡Adiós, señor Dillón!

—No me dice Gastón? Me agradaría tanto.

—¿Para qué? Ya sabe señor Dillón que yo no lo puedo querer, que quiero a...

—Sí, sí, — interrumpió él sonriendo, — pero, eso pasará, y usted me querrá... ¡Oh! yo le aseguro que sí...

—¡Qué asco! — murmuró ella, volviéndose a mirar a otro lado.

En aquel momento partió el tren.

***

El sitio que ocupaba el sanatorio a la mitad de altura de una montaña de Laussanne, era encantador.

En el sanatorio, cuidaba directamente algunos casos, un médico francés, joven estudioso, que procuró obtener la confianza de Carmen y especialmente de su institutriz. Era un apasionado de la medicina moral. Poco a poco fué conociendo las causas, las verdaderas causas del mal. Encontraba difícil el tratamiento porque la ciencia se ha aplicado a investigar y a vencer los fenómenos puramente materiales.

—Si a esta niña,—decía a la institutriz, — en vez de darle tónicos, le trajeran a ese joven calavera... Es él quien tiene el secreto de su salud. Sus padres, que hacen por ella tanto sacrificio. ¿Por qué no intentan el único razonable; un telegrama a París.

La institutriz asentía.

—Sí, — decía el joven médico exaltándose. — un telegrama en que pidieran francamente perdón por su error, y lo llamaran. Dígaselo Vd., o que ella lo pida para salvarse. Tiene derecho a la vida. Las desgracias, que según sus padres la aguardan en el matrimonio no es segura ni inevitable, la que es cierta e inevitable es la muerte en plena juventud.

—Ella no lo pedirá nunca, — decía la institutriz con desesperación.

—Bueno. Que lo hagan sin consultarla: será mejor y más noble.

La resistencia de la dama de compañía, fué vencida al fin, por la insistencia del joven sabio.
Misia Rosario oyó las razones envueltas en una plegaria.
Hablaría con su marido.
El señor López escuchó en una hora de sus abatimientos el consejo que le llegaba.
—¡Jamás! — exclamó en el primer ímpetu de su amor propio y de sus rencores agrandados por el sufrimiento. — No he de caer en otra debilidad cuando tuve la primera; la de consentir en los galanteos de tal canalla. Yo no podía creer que tales caprichos fuesen incurables, que esas cosas de novelas fueran ciertas.
Vencido al fin, telegrafió a París, mas, de allí contestaron que Avendaño estaba en viaje a Buenos Aires. Informado el médico, aconsejó partir en busca del joven.
López puso el último reparo, el compromiso de Carmen con Dillon, que tan caballerescamente se había portado.
—Mándelo llamar, — propuso el médico, — y estoy seguro que cuando sepa por mi boca la verdad de este caso, me quedará agradecido.
El señor López aceptó, y poniendo un breve telegrama a Dillón, dispuso en tanto se hicieran los preparativos del regreso, por más que asegurara al médico, que el señor Dillón se opondría a romper el compromiso. ¡Oh! era tan caballero... Ojalá Avendaño se pareciera a la sombra de Dillón.
Dillón llegó al tercer día, el señor López se encerró con él y él médico en una salita, y luego de un largo discurso muy delicado, con el que quiso preparar el ánimo de su futuro yerno, terminó:
—El médico opina, que la única manera de sàlvar a mi hija, es dejándola casar con ese señor Avendaño, de quien le hablé cierta vez.
—¿Cómo dice? Pero entonces, Vd. me ha engañado! — exclamó Dillón perdiendo todas sus buenas maneras. — Vd. me perjudica, me arruina...
—Cómo dice, señor Dillón? — preguntó López, sin entender.
—Lo que oye, señor, — dijo con violencia Dillón, — al comprometerme con su hija, he perdido el comprometerme con la señorita de Rivas, sudamericana que tiene más fortuna que Vd....
El señor López, estaba lívido de cólera, se levantó, y abriendo la puerta lentamente, le dijo con voz ronca:
—¡Salga, salga enseguida, o lo mato aquí como a un perro!...
—¡Oh, está bien, —dijo Dillón encaminándose a la puerta— pero no olvide que aquí no está en su país salvaje, ya le mandaré mi abogado, y Vd. me pagará.
López no pudo más, se adelantó hacia Dillón en actitud de castigarlo, más, el médico se interpuso, y el gentil caballero echó a correr...
Pocos días después, López se embarcaba de regreso a Buenos Aires.
Carmen no había empeorado, la noticia del regreso, y más el saber que su padre consentía que se viera con Gabriel la revivió.
La travesía fué una dilatada espera, dulce espera poblada de encantadoras ilusiones...

XV

Luego del maldito lance, convencido que había perdido a Carmen para siempre, una de esas horribles mañanas, en que lo invadía la tristeza, llamó a sus dos amigos y les dijo:

—Estoy aburrido, si Vds. no se oponen nos volvemos a Buenos Aires.

—Por mí, ya sabes, — contestó García, — cuando quieras y donde quieras.

—Lo mismo digo. — afirmó Harris. — sólo que... ¿Y Carmen?

—Es inútil — repuso Gabriel, bajando la cabeza — Carmen nunca será mía!... Volvamos a Buenos Aires, allá quien sabe, todavía nos podemos divertir.

—¿Le has dicho a Marieta? — preguntó García.

—Sí, — repuso Gabriel — le he dicho que la dejo por un tiempo, que yo le escribiré cuando pueda ir a visitarnos.

—Entonces está todo pronto, y cuando quieras partimos, — dijo Harris.

—¡Gracias muchachos! — exclamó Gabriel estrechándoles las manos — Creí que no iban a querer dejar este París tan hospitalario.

....

Aquella misma noche partían los tres viajeros en un tren rápido hacia el puerto. La única mano amiga que los despidió fué la de Marieta, que al agitar el pañuelo, cuando el tren partía, lo llevó a los ojos y rompió a llorar.

—Es lo único que siento dejar — dijo Harris, con voz emocionada — esa linda mariposa parisiense, tan alegre, tan buena amiga... ¡Adios, Marieta!

....

Vuelto a Buenos Aires, renovada la vida, y prontamente harto de ella, invitó a sus dos leales amigos a recorrer la República:

—He confeccionado un itinerario interesante, viajaremos en ferrocarril, en un coche especial para nosotros tres, ya he conversado a los distintos gerentes, y estamos de acuerdo. ¿Me acompañan?

—¡Al fin del mundo! — exclamó Harris alegremente. — Seremos una especie de gitanos en ferrocarril.

—¡Encantado! — aseguró García, — yo sigo tan sin nada que hacer como siempre, de modo que acepto de mil amores.

Y con aquella diligencia, con que Gabriel hacía todas sus cosas, al día siguiente partían los tres gitanos en su viaje curioso a través del país.

Luego de haber efectuado varios viajes en que quedaron satisfechos de su sistema, regresaban hacia Tucumán, cuando el tren especial que los llevaba tuvo que detenerse en una estación de tránsito.

El jefe llegó a ellos gorra en mano.

—¿Qué pasa? — preguntó Avendaño sin alzar los ojos de su libro.

—Señor, una familia con una niña gravísimamente enferma acaba de perder el tren, y solicita de Vd. el favor de conducirla hasta Tucumán en donde podrá esperar...

—No diga Vd. más; que suban, y dé orden de andar rápidamente. Que ocupen los dormitorios y todo lo que sea necesario.

Y los tres amigos pasaron a la salita para dejar á lá fámilia la libertad de acomodarse sin intervención extraña.

Un momento después, y antes de que el tren se pusiera en movimiento, se acercó un anciano encogido bajo su pena.

—Señor, — comenzó aquel.

Y las palabras se le ahogaron en la garganta.

—Señor López, — dijo Gabriel, que se recuperó más pronto.

El anciano tendió su mano tímidamente. Dos lágrimas se escondían en su barba enblanquecida.

Gabriel la estrechó con franqueza.

—¿Y Cármen? — preguntó.

—Se muere — y con esa respuesta desgarradora, López cayó sobre el asiento trastornado, doblado por el dolor.

Permaneció un rato sin llorar, con los fijos y el aire embrutecido. Estallaban de golpe todas sus angustias, Su remordiento tomaba la forma de una condenación irremediable.

—¿Quiere usted ver a Carmen? — pregunto tímidamente López.

—Iba a pedirle ese... — y no encontró la palabra.

Misia Rosario llegó al saloncito, estrechó, llorando, las manos que el joven le tendió, e hizo un signo con la cabeza.

—Vamos.

Carmen se había incorporado sostenida por un montón de almohadones, arreglado sus cabellos en una postrer coquetería, y su semblante enflaquecido brillaba en la animación sonrosada de aquella dicha no esperada.

—¡Gabriel! — y tendió sus dos brazos.

—¡Carmen! — gritó él, y acercándose, le dió un beso en la frente que dijo de su amor y de su pena.

—¡Quiero vivir! — exclamó ella después de un instante. Sus propias lágrimas desmentían aquel esfuerzo impotente de su pobre voluntad.

—Vivirás, — respondió tuteándola por la primera vez, — vivirás para mí.

Los padres abandonaron sin ruido la pequeña estancia que la desgracia hacía un templo. El tren aceleraba su marcha.

—¡Abrázame! así, así, fuerte! — le dijo ella con mimo.

El pecho de la enferma se levantaba ansiosamente en busca de un aire que no le llegaba. Sus ojos dejaron de mirar a Gabriel,

y se fijaron, muy abiertos y como espantados en lo alto. Opacos, quedaron fijos, inmóviles....

Gabriel se arrodilló, y buscando la mano que pendía del costado del lecho, la cubrió de lágrimas y de besos:

—Qué injusta es la vida — sollozó. — Encontrarte para perderte... qué injusta, que horriblemente injusta es la vida — y desnudando rápidamente un revolver, se disparó un tiro sobre el corazón, y cayó exánime sobre ella.

Unidos al fin...

Julio Garay



Agua caliente para un cutis limpio y bonito

Un baño matinal interno es el mejor medio de sentirse uno bien y de tener buen semblante.

Efectuar todas las mañanas, antes del desayuno, una perfecta limpieza interior, esto es, librar al intestino de los residuos dejados por la digestión de la víspera y eliminar las substancias tóxicas antes de que sean absorbidas y pasen al torrente circulatorio, es la manera más eficaz de sentirse bien y de tener buen semblante.

Tal como el carbón deja, al consumirse, cierta cantidad de materia incombustible a la que damos el nombre de ceniza, así los alimentos dejan a diario en el aparato digestivo una determinada cantidad de materias indigeribles, las cuales, si no son expelidas regularmente, entran en fermentación y producen substancias venenosas que pasan al torrente circulatorio por los conductos cuya función es llevar a la sangre los elementos necesarios para la vida.

Si Vd. quiere que el mal color de su cutis desaparezca y que su rostro tenga la limpieza y el tinte sonrosado que sólo da la buena salud, tome todas las mañanas, al levantarse, un vaso de agua caliente con una cucharadita de Fosfato Limestone. Este es el medio más fácil e inofensivo de librar al estómago, al hígado y a los riñones de las materias indigeribles y de las substancias tóxicas, purificando así todo el aparato digestivo y preparándolo para recibir y asimilar propiamente los alimentos.

Las personas que tienen el cutis pálido, amarillento o manchado; las que sufren de barros y espinillas; las que, al despertarse, experimentan sabor desagradable en la boca y tienen mal aliento, y las que padecen de dolores de cabeza, ataques biliosos, acidez intestinal y estreñimiento, deben adoptar este sencillo tratamiento del agua fosfatada en ayunas. Podemos asegurar que a los pocos días habrán experimentado cambios sorprendentes.

En todas las boticas puede comprarse un cuarto de libra de Fosfato Limestone por unos pocos centavos. Basta tal cantidad para que cualquiera se convenza por sí mismo de los beneficios que produce el baño matinal interno.

CASA IMPRESORA LÓPEZ, BOLIVAR 535, BS. AS.

Aguas de Colonia

Destiladas sobre flores

LE SANCY
Nora Duc
Kendal

Son las preferidas

«LE SANCY»
SIMPLE — Frasco verde
Ideal para el baño

Frasco grande.	$ 3.70
» medio.	» 2.20
» cuarto.	» 1.50
» chico.	» 0.45

«LE SANCY» AMBREE
Frasco blanco
Delicioso para el tocador

Frasco grande.	$ 5.70
» medio.	» 3.30
» cuarto.	» 2.—

De venta en Farmacias, Tiendas y Perfumerías

«DUC»
Unico por su delicado aroma
Frasco grande. . . $ 5.80

«NORA»
Extra fina

Frasco grande.	$ 7.80
» medio.	» 4.50

«KENDAL»
Exquisito y suave



POLVO DE NIEVE
LE SANCY

De perfecta adherencia y rico perfume. — Basta por sí solo para dar a la tez el encanto de la belleza natural y la más admirable tersura. El Polvo de Nieve «LE SANCY» hace innecesario todo producto grasoso, aguas blancas y cremas.

Precio de la caja: $ 1.70

NOTA: Los precios de venta para las Aguas de Colonia rigen solamente en la capital. Para el interior, se aumentan 20 centavos los frascos grandes, tamaño de un litro, y 10 centavos los demás.

Por la devolución de los frascos vacíos se abonan los precios indicados en cada uno.

Blas L. Dubarry

. . .

458 - Medrano - 478
Buenos Aires

AÑO III BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 3 DE 1919 No. 103

LA NOVELA SEMANAL



Más fuerte que el destino

POR

JULIAN DE CHARRAS

IMPORTANTISIMO

NUESTRO SUPLEMENTO MENSUAL

De gran interés para todos los lectores

Además de las obras que publicamos semanalmente, hemos resuelto para una fecha próxima, ampliar la forma de nuestras ediciones dando a publicidad mensualmente una obra notable equivalente en extensión a las grandes novelas de subido precio, cuyos autores serán seleccionados entre los escritores argentinos de mayor prestigio y aceptación pública.

Estos números que editaremos con gran lujo y abundante lectura constituirán «*El Suplemento Mensual*», para cuya colección hemos dispuesto ya la confección de artísticas tapas a precios populares

---

Debe Vd. combatir los microbios

(De "The Medical Review" of Philadelphia")

Toda persona, bien sea en el ambiente, ya en los lugares comunes, en las calles, en sus habitaciones o bien en sus ropas esta en contacto y lleva sobre sí una cantidad de enemigos de su salud y de los cuales no se puede defender si no recurre a la antisepcia general, practicando, mediante desinfecciones, la destrucción completa de los microbios patógenos. Ahora bien; entendemos por desinfección el tratamiento a que se somete un medio u objeto cualquiera hasta darles condiciones y estado de pureza y salubridad de que carecen.

Los agentes químicos que poseen una acción de poder considerable esterilizando los medios que reciben su contacto, llamados comúnmente desinfectantes, son la mayor parte de las sales metálicas, pero como su uso científico no se ha vulgarizado, su empleo encierra para el vulgo un gran peligro en la mayoría de los casos. Así, pues, es necesario que un desinfectante, para ser realmente ideal y popular, reuna las condiciones de eficacia e inocuidad. El único que hasta la fecha reune esas cualidades indispensables es el Lysoform. Los médicos lo usan comúnmente en sus clínicas como desinfectante poderoso de sus elementos de cirugía; además de emplearlo como antiséptico para sus manos, lo aplican al lavar heridas frescas o quemaduras. El público en general lo usa: para cortar los sudores excesivos de los tuberculosos, en el baño diario, para la profilaxis contra los microbios de enfermedades contagiosas como tifus, difteria, gripe, escarlatina, etc. Donde su uso se ha convertido todo un éxito ha sido en los casos de partos.

Es bien conocida y probada la eficacia del Lysoform, cuyo uso se ha generalizado entre todos los pueblos de nuestro continente y que recomendamos especialmente a todas las madres que cuidan su salud y la de sus hijos, convencidos por los resultados eficientes que hemos constatado en la aplicación, como desinfectante tenaz, poderoso e inofensivo en infinidad de partos.

Esos enemigos invisibles, que nos atacan constantemente desde nuestro nacimiento debemos combatirlos haciendo uso como indicamos más arriba constantemente del único desinfectante eficaz que es el Lysoform.

El Lysoform, siendo un preparado que no mancha y que es inodoro, lo hace accesible a cualquier aplicación.

AÑO III — BUENOS AIRES, LUNES 3 DE NOVIEMBRE DE 1919 — N. 103
DIRECCION
MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

Más fuerte que el destino...

por

Julián de Charras

I

El había nacido en Cuba, bajo el sol ardiente del trópico, donde la Naturaleza derrama sus más feraces dones sobre la tierra. Sus padres eran un acaudalado español y una hermosa matrona mejicana; y de ambos había heredado las características del físico y las cualidades del espíritu, por lo que era un mocetón bien plantado y con el corazón bien puesto.

Vivía, en la holgada posición de sus padres, soñando con lejanas tierras de Sud América, donde la populosa Buenos Aires, en su irradiación de ciudad emporio, atraía las almas aventureras igual que un poderoso imán. En la Habana faltábale espacio para sus aspiraciones; quería horizontes más vastos, campo más abierto; tenía dinero y juventud, ansias de luchador y condiciones para realizar sus proyectos... Y un buen día, decidió embarcarse.

¡Además!... Este «además» era la herida oculta en el corazón de Juan de la Cruz; ese «además», significaba que, habiendo perdido a Elvira, la única mujer a quien había amado con el fuego de los veinte años, poco le importaba tomar cualquier rumbo en la vida.

Y como «querer es poder», según el axioma vulgar, con la benévola conformidad de sus progenitores, que aunque dolidos por la ausencia, suponían que aquel viaje sería un bálsamo para la tristeza habitual de su hijo, partió una tarde Juan de la Cruz, en uno de los tantos vapores que hacían el viaje transatlántico, con escala en La Habana. Iba en dirección al Río de la Plata, con poco equipaje y mucho ensueño; ávido de respirar otras brisas que las nativas y de pisar otro suelo que le fuese más hospitalario.

II

¿Cuál era la pena amorosa que había enlutado tan tempranamente aquella juventud?... Hagamos un poco de historia, que las causas es necesario buscarlas «ab-origine».

En la colonial ciudad de La Habana existían dos familias que renovaban el antagonismo legendario de los Montescos y Capuletos de la obra de Shakespeare: eran rivales a muerte, hasta el punto de que su odio habíase hecho tan visible, a la población que suscitaba el eterno comentario. Ambas familias eran las de Avila y Torres.

¿Cuál el motivo? Si alguien lo sabía eran los mismos jefes de familia, y jamás se supo que a nadie lo comunicaran. Lo que todos conocían era que don Bernardo Avila, el padre de Juan de la Cruz, y don Pedro Luis de Torres, habían sido en su juventud grandes amigos, de aquellos que suelen «correrla» juntos; y que después, con los años, su enemistad había crecido hasta el punto de odiarse con toda el alma, creando entre sus respectivas casas un abismo profundo y misterioso.

La murmuración pública volaba lejos, sin embargo, y se decía que el de Avila había pretendido a la que fué señora de Torres, siendo burlado en sus pretensiones; otros invertían el argumento, haciendo aparecer al de Torres como un galán despechado; había quienes achacaban la causa del enojo a un legado ambicionado por ambos y conseguido luego por uno de ellos... ¡En fin, mucho chisme y acaso ninguna verdad!

Don Bernardo Avila y don Pedro Luis de Torres se enemistaron por una causa que nadie más que ellos sabían, y con todo orgullo y menosprecio mútuo, habían mantenido altivamente el secreto, sin confiarlo a sus parientes mismos. Estos, influenciados por el ascendiente de aquéllos, habían ayudado a intensificar el odio, sin saber si existía una positiva razón para ello, y por puro espíritu de vanidad.

Avila tenía un solo descendiente que era Juan de la Cruz; en cambio, de Torres era padre de tres hijos varones, y una

mujer, y quería a ésta con una pasión paternal que provocaba a veces los celos de los mozos.

Elvira, llamábase ella, y era hermosa y modesta como el lirio que florece escondido en la penumbra del valle. Sus ojos negros miraban con la profunda ingenuidad de los seres que aún no han penetrado el fondo de la realidad humana. Gentil en su andar y por su silueta, tenía también tal gracia en su porte que pasaba cautivando los corazones, en sus paseos crepusculares por la villa.

Y no eran escasos los rondadores por la mansión de los Torres, pero el alma de Elvira permanecía virgen de toda preocupación, pues aún el dios ciego no había lanzado contra ella el flechazo traidor y certero que a veces fascina con la ilusión y otras mata con el desengaño.

Por aquel entonces, o sea unos seis años antes a la época en que comienza nuestra narración, hubo de celebrarse una gran fiesta en la ciudad, con ocasión del cambio de autoridades municipales. Al banquete que se sirvió en el Ayuntamiento, por la noche, concurrieron invitados los principales hombres de La Habana, figurando entre ellos Avila y Torres.

Esa noche, el último, que era más joven que su enemigo, pues contaba cincuenta y dos años y don Bernardo sesenta; ofendióle gravemente, pues ocupó el sitio que a éste correspondía, a la derecha del alcalde, por su cargo oficial y edad. La ofensa no pasó inadvertida para el de Avila, quien al día siguiente refería la en la mesa a sus cuñados y a su hijo.

—¡Ese villano me las pagará en la primera oportunidad! ¡Y que Dios confunda a él y a su inmunda cría! — dijo sentenciosamente el viejo.

Juan de la Cruz, indignado por lo sucedido, cerró los puños con ira, y agregó:

—¡Y si no a sus manos, las pagará a las mías!

El semblante del de Avila se iluminó con aquella satisfacción con que el anciano Diego Laínez, debió conocer que tenía un vengador en su valiente Rodrigo de Vivar.

III

El día 14 de Junio de 1894, celebróse la solemne festividad del Córpus Christi. El pueblo de La Habana, heredero del sentimiento religioso español, veía llegar aquella fecha con la ferviente unción de su misticismo tradicional. Todo eran preparativos para la tarde, para la hora, en que la procesión, saliendo de la Catedral, rodearía la Plaza Mayor, y después de seguir por

la Avenida de las Palmas, tornaría a su punto de partida. En la comitiva formaban las personas más distinguidas de la ciudad, autoridades y forasteros que expresamente venían a visitar la capital por aquella época. Y en todo el trayecto las casas lucían ricos tendidos en los balcones, tejidos de los más valiosos y adornos de flores, hechos por manos femeninas, etc.

Los Avila, padre e hijo, que acababan de ser invitados para acompañar el Santísimo Sacramento, concurrieron a la catedral a la hora oficialmente convenida. El gentío, en todas las calles del recorrido, apiñábase por ver mejor. A las dos de la tarde, en la puerta del templo, apareció el arzobispo con sus ayudantes, conduciendo los misterios del rito católico; seguíanle los miembros del cuerpo diplomático y eclesiásticos de la localidad.

Al verle, la multitud se descubrió, persignándose. Avanzó el cortejo, lentamente, entre humo de incienso y alfombra de flores, la mitra blanca y la capucha del arzobispo, destacábanse bajo el palio; iban trás él, altos dignatarios del clero, con las manos cruzadas sobre el pecho, y la cabeza inclinada; junto a ellos, señores de la sociedad cubana portaban candeleros con cirios cuyas llamas parecían símbolos de fe sagrada. Entre las comisiones y demás que seguían al clero, marchaban los Avila, graves, como que en su espíritu mantenían una tradición de siete siglos, pues eran descendientes de templarios españoles.

Entre el rumor solemne del rezo, y el toque de las campanas y el hálito de fervor que corría sobre la muchedumbre arrodillada al paso, el corazón de Juan de la Cruz levantaba sus preces hasta el Altísimo, pidiéndole amparo para la vejez de su padre, amenazada por los villanos de Torres.

La procesión, entraba en ese instante en la Avenida de las Palmas, precisamente donde quedaba la casa solariega de los Torres, de estilo mudejar, con balcones y minaretes de mármol blanco. Instintivamente, Juan de la Cruz alzó su mirada hacia ella, con ceño adusto y... ¡oh misterios de la vida y milagros del corazón!... Allá, en un balcón del cual pendía valioso tapíz, recamado de plata, entre varias damas, una joven vestida de blanco como una vestal, que deshojaba rosas sobre el cortejo, fijaba sus negros ojos en el mismo instante en el mozo, como si magnéticamente se hubiesen sentido ambos atraídos por una corriente extraña: Elvira de Torres, que era la joven, se sonrojó ligeramente al encontrar fijos en ella los ojos de Juan de la Cruz, y volvió su vista, visiblemente impresionada, hacia el final de la calle ancha, donde la cola de la comitiva no se divisaba aún...

No fué menor el efecto producido en Juan de la Cruz, por aquella visión angelical del balcón morisco; había titubeado en el paso, pero cuando empujado por la gente, a varias cuadras

de allí, recordaba las pupilas de hondo mirar y los carmíneos rubores de la niña desconocida, arrojó un suspiro que parecía condensar un ansia que empezaba a devorar su espíritu.

Nada más vió ni oyó Juan de la Cruz, durante todo el ritual de la ceremonia. La niña de los ojos negros y el vestido blanco llenaba su imaginación. Pero, ¡ay! otro pensamiento mordíale la conciencia; aquella joven hallábase en la casa de Torres, el mortal enemigo de su padre... Y parecíale que una barrera insalvable se alzaba entre él y «ella».

Esa misma noche, Juan de la Cruz, pretextando cansancio, se retiró enseguida de cenar a su habitación; y en el silencio de la alcoba, sentado sobre una muelle butaca, empezó a hilvanar ideas trás ideas, e hipótesis trás hipótesis, sobre el incidental encuentro de la tarde,

—¡Sabré quién es, — se dijo al fin, — porque aunque no la conozca, siento que empiezo a quererla!... Pero... ¡y si fuera... ¡ah!, entonces, el destino sería demasiado cruel conmigo!

Y el novel enamorado se sumergió en una cavilación abstracta, de esas que no se pueden definir porque son como nostalgias atávicas del alma humana en su remordimiento del Eden perdido.

IV

Muchas andanzas cautelosas, no exentas de peligro, costóle a Juan de la Cruz, averiguar quién era la mujer de sus ensueños. Comprando con dinero al amante de una doncella de la casa de Torres, supo finalmente que la bella del día del Córpus era la hija única de don Pedro Luis, el enemigo de su familia.

¡Fuerte golpe para la ilusión de Juan! Su carácter expansivo y juvenil, se volvió reconcentrado y tristón desde aquel momento, no escapando al ojo paterno tal cambio de temperamento.

Día por día, luchaba interiormente contra su preocupación, el mozo, pero inútilmente, se afanaba por olvidar a la mujer que amaba, pues cada vez era más vivo el recuerdo y más grande su fascinación. Comprendía que era un imposible soñar con ella, pues ninguna de las dos familias aceptaría tal amor.

Sin embargo, la aventura había seguido; el intermediario de Juan de la Cruz, con el incentivo del dinero, logró que su amante hiciera llegar un recado amoroso a manos de Elvira, quien sensible a él, pues también guardaba en su memoria la imagen del joven de la procesión, contestó por el mismo conducto a Juan de la Cruz.

La carta de la joven encerraba palabras halagüeñas y la primera cita no tardó en realizarse; si prendado quedó él de la

hermosa cubana no menos enamorada quedó ella del hijo de Avila. Formaban una pareja tan armoniosa, que al pasar junto a ellos los transeuntes, volvíanse con admiración.

—Nunca creí, díjole una tarde Juan de la Cruz a su amada, que el amor pudiera llegar a ahogar la voz de la conciencia. Tú sabes que entre nuestras familias media una muralla; pero por tí, yo sería capaz de olvidar hasta el apellido que llevo; porque tú fueses para siempre mía, yo no sé... haría las locuras mayores... ¡Te amo, Elvira, como se ama una sola vez en la vida!

Elvira le miró con fijeza, como si quisiera penetrar hasta el fondo de su alma, y contestó:

—¡Acuérdate siempre de lo que dices, Juan; el mundo es traidor; puede que mañana, lejos de mí, llegues a encontrar otra mujer que te ilusione... Júrame que si eso llegara te acordarás de tus palabras de hoy y volveré a ser la preferida en tu corazón aunque la vida material te haya hecho olvidar, por un instante, de mí.

Juan de la Cruz tomó las manos de ella, y las puso juntas sobre su pecho, apretándolas con las suyas.

—¡Mírame bien querida mía, dijo; en el mundo todo es efímero, pasajero; pero si después de la muerte hay un lugar más allá donde el alma pueda recordar lo terreno y continuar en relación sentimental con su pasado, yo te juro por lo que haya más sagrado que te he de querer a tí sola, por los siglos de los siglos!

Ella se ensimismó, místicamente, en la interpretación hermenéutica de aquel juramento tan intenso; y como si al fin hubiera concebido lo que significaba, dejó una rosa blanca de sus manos en las de su amado.

Así continuaron las citas furtivas, mientras nadie se enteró de ello, Ambos enamorados, bajo la sombra de los árboles florecidos, soñaron durante toda una primavera que el mundo podía apiadarse de su desventura y ser felices. Más no debía suceder así.

Un atardecer, cuando Juan de la Cruz se disponía a penetrar en la casa de su familia, una mano que le tocó suavemente en el hombro, hízole dar vuelta.

Era el mensajero suyo, que había estado aguardándole impaciente, en un portal próximo.

—¡Señor! — díjole, — hay novedades!

—Pues vamos caminando hasta la esquina y las dirás...

—¡Se ha descubierto todo!

—¡Cómo, dí!

—Por una vieja que os ha visto hablar con Elvira en el Par-

que, y la ha seguido; luego ha delatado lo que vió a don Pedro.

—¿De modo que habrá habido un escándalo?

—Y algo peor; mi amante ha sido despedida; el padre de Elvira ha injuriado a la pobre niña, con toda clase de blasfemias y después se ha encerrado toda la mañana de hoy con sus hijos. Así que andad con cuidado señor, porque correis peligro.

Juan de la Cruz quedó perplejo. hasta entonces había podido alimentar una esperanza, hasta ese instante no se había imaginado que todo se desvanecería al menor soplo, como una pompa de jabon!... Reaccionando dijo a Manolo, el confidente.

—Te doy las gracias; me cuidaré. Pero vé si sabes algo más, de lo que suceda: vigila la casa mas que todo. Y toma...

Y puso en su mano una moneda de oro.

Luego, mientras Manolo se alejaba y asegurándose en el cinto una pistola que llevaba siempre consigo, se dirigió nuevamente a su domicilio.

Allí le esperaba otra nueva: su padre había enviado al sirviente con recado de que conforme llegase su hijo pasara por el escritorio, donde estaba aguardándole.

Nunca había, Juan de la Cruz, recibido la menor recriminación de sus mayores, así que no sabía que se tratase de algo por el estilo, dado lo perentorio de la orden; pero se le atravesó una suposición por la mente; de que tal citación estuviese relacionada con lo que acababa de referirle Manolo... Y no se equivocaba.

En el gabinete de trabajo de su padre, que desempeñaba hasta entonces el cargo de miembro de la alta cámara de justicia, hallábase él y doña Leonor, su esposa, circunspectos, como si hubiesen mantenido una deliberación grave, cuando Juan de la Cruz, presentándose en la puerta, preguntó suavemente:

—¿Se puede?

—¡Adelante, Juan, — repuso don Bernardo. — Y cuando el mozo después de expresar las ¡Buenas noches! dió un beso en la frente a su madre, agregó: ¡Toma asiento, tenemos que conversar contigo!

—¡Como gustéis!

La mirada de Doña Leonor se cruzó con la de su esposo, como pidiéndole benevolencia en lo que iba a decir.

—¡Sabrá, empezó el señor Avila, que estamos enterados de su insensato proceder, caballerito! ¡Nos ha ocultado Vd. su delito, creyendo que no lo sabríamos!

—¡Ignoro, padre, de qué delito me acusa Vd.! contestó Juan de la Cruz.

—¡Cómo! ¡de qué delito! ¡No sabe Vd. agregó, que el pretender una mujer que lleve el apellido de Torres, es un delito en mi casa! ¡Una mano desconocida me envía a decir en este

anónimo, (y agitó el papel) las relaciones que Vd. mantiene con la hija de Torres! ¿Acaso ignora Vd. que jamás debió cruzar una palabra con quien lleva esa sangre maldita?

—¡Padre mío, hasta ayer creía que así debía ser, puesto que las dos familias, los Avila y los Torres, son enemigos declarados! ¡Pero ayer no sabía aún lo que era el amor, aún no había sentido el poder de esa fuerza inmensa que todo lo trastorna!— ¡Perdóneme, padre, puesto que lo sabe; amo a Elvira como nunca amaré a ninguna otra mujer. Yo no tengo la culpa, ni ella tampoco...

Y Juan bajó la vista, suplicando indulgencia.

—¡Pues le prohibo terminantemente que piense Vd. en esa señorita, porque jamás debió haber pensado! ¡Jamás, mientras yo viva, permitiré que esa raza de víboras pueda contagiar con su veneno la sangre de mi descendencia! ¡Lo oye Vd. bien! ¡Jamás!

Y don Bernardo se levantó para salir, haciendo seña a su esposa que se retirara.

—¡Padre! ¡padre! gimió Juan de la Cruz.

—¡Bernardo! susurró levemente doña Leonor, al ver el sufrimiento de su hijo.

Don Bernardo volvióse, desde la puerta, y mirando nuevamente a Juan, repitió, su sentencia:

—¡¡Jamás!!

Un silencio glacial sucedió a esta última palabra. Y para aumentar la tristeza del alma de Juan de la Cruz, un campanario de próximo convento empezó a tañer el toque de oraciones, lenta, pesadamente, como si fuera un cuenta-gotas sentimental de aquella pesadumbre.

V

Algunos días después, en un café de los arrabales del puerto, un hombre de oscuro gabán, con las solapas levantadas y el sombrero gacho, conversaba en una de las sucias mesas, con el conocido nuestro llamado Manolo.

—¿Así que sabes algo?, lo supongo desde el momento en que me has citado aquí para hablar.

—Señor, repuso en voz baja Manolo, este sitio es quizás, el único donde podemos hablar con confianza. Mirad en derredor.

Efectivamente; Juan de la Cruz, que era el del gabán echó una ojeada en su torno; en todas las mesas cuatro, cinco o seis individuos de sospechosa traza y peor fisonomía, vociferaban, jugando a las cartas; en ciertos rincones algunos taimados, de

peor catadura, preparaban sus «negocios»... La luz de las lámparas de kerosene, aumentaban el siniestro aspecto del conjunto.

—Tienes razón, aquí se puede hablar, sin temor; refiéreme lo que sepas que estoy ansioso de saber lo ocurrido.

—Después de aquella tarde que os dejé en la puerta de vuestra casa, me dediqué exclusivamente a espiar la casa de Torres. Indagué la vida de sus moradores a sus proveedores diarios, pero, por no despertar sospechas hube de rehusar ese sistema. Durante cuatro días y noches no ví salir a doña Elvira ni al balcón ni a la calle; en cambio los hermanos y el padre entraban y salían apresuradamente... Ya creía que nada de particular habría de observar, cuando al quinto día vi llegar un carro con varios baules nuevos... ¡Hola! me dije, ¡parece que estamos de viaje!... Y no me engañaba, señor...

—¡Cómo! ¿quién ha ído de viaje?

—Esperad. Cuando el carrero, después de entregar su carga, entró a refrescar en el almacén de la esquina, busqué charla con él, y supe que el señor Avila había comprado los baules para ir, según dijo, a la Argentina... Bueno, pues, quienes se han ído, han sido doña Elvira y su hermano mayor...

—¡Elvira! ¿cuándo se ha ído? ¿cómo? ¡cuéntame!, y Juan de la Cruz, asió fuertemente del brazo a su interlocutor para obligarle a responder ligero, tal era su impaciencia.

—Se ha ído esta mañana. Yo estaba desde temprano en la esquina de la casa, bajo unos árboles, cuando vi llegar un coche de alquiler, salieron unos criados con baules y balijas, y en seguida entraron al coche un señor y una joven de traje negro, con velo en la cara que parecía angustiada, porque llevaba el pañuelo en la boca. El coche echó a rodar y yo le seguí, pero mis piernas no pudieron competir en la carrera y poco a poco se me perdió de vista en las vueltas que daba a cada cuadra...

—¡Se la han llevado, entonces! ¡maldición! ¡se la han llevado para robarme su cariño! ¡Dios mío, porque tan maldad!

—Señor, arguyó Manolo, si es el destino, qué va a hacer Vd!

Juan de la Cruz, recapacitó; todo se oponía a su ilusión, sus padres, el pasado, la familia de Elvira, la ausencia......

Y después de pagar silenciosamente la consumación, y salir, afuera, apoyado en el brazo de Manolo, cuando el aire frío de la calle le trajo nuevamente la sensación de la realidad, y se encontró huérfano de aquel amor que era toda su vida, miró las calles solitarias del arrabal, con sus candilejas de alumbrado y recordó la conclusión filosófica de su acompañante:

—Señor, si es el destino, qué le va a hacer Vd!

Y repuso, como si saliera de un letargo:

—¡Tienes razón, si el destino es así, si el destino quiere que no sea mía, qué le voy a hacer; que se cumpla!

VI

Recapitulemos. Habíamos dejado al principio de esta narración, a Juan de la Cruz Avila, embarcado a bordo de un transatlántico, con dirección a Buenos Aires. Amargado por la fatalidad que había desvanecido la más bella esperanza de su juventud, buscaba en las distantes tierras de Sud América el olvido para su mal. Después de aquella noticia triste, que le anunciara la desaparición de Elvira, obligada por los suyos a dejar la Habana, quién sabe rumbo a qué país, el joven no volvió a saber noticias de ella. Trató de sobornar a los criados de Torres, por medio de Manolo, averiguó en las estaciones de ferrocarril, pidió consentimiento para revisar como periodista las listas de pasajeros en las agencias de vapores... ¡nada! ¡ningún rastro de su amada volvió a encontrar! ¡Cómo si se la hubiese tragado la sima insondable de la muerte!

Sus padres, que supieron sus amores debido a infame anónimo enviado quién sabe por qué mano alevosa, se enteraron también del traslado de la hija de Torres, con rumbo desconocido, y conformes con aquello, pues correspondía a sus designios, trataron de aliviar la tristeza que veían en los ojos de su hijo.

—¡Juan, díjole una mañana don Bernardo, porque no planeas un negocio o industria, que puedas realizar con éxito, yo te daré capital, y tu podrás hacerte un hombre.

—Lo pensaré, contestó el aludido, y si me resuelvo, cuento con su palabra, padre......

Varios años pasaron, sin que se volviese a hablar de ello. Juan de la Cruz practicó estudios de ingeniería mecánica, pero no pasó de ahí... Aún no había resuelto nada, respecto al futuro.

Ya hemos visto como un buen día se dispuso a viajar. Tenía la intención de montar una fábrica en la capital argentina, y de triunfar industrialmente... ¡Eso pareció que iba distrayendo, poco a poco, su imaginación, haciéndole olvidar el pasado!

Y cuando por último, llegó el vapor una mañana plena de de oro solar y efluvios de primavera, a la rada de Buenos Aires, después de las escalas consiguientes en otros puertos, el alma de Juan de la Cruz se reanimó intensamente; tuvo el presagio de que la ciudad del Plata encerraba para él una dicha nueva, la perspectiva de la lucha que iba a empezar por el laurel del éxito, templó su espíritu y listo ya el equipaje para el desembarco en el muelle, entre el silbar de pitos de los remolcadores, con la visión panorámica de la gran capital frente a sus ojos, el joven cubano aspiró con todos sus pulmones la brisa fresca de la mañana, exclamando:

—¡Bendita seas, ciudad que tan pródigamente te ofreces para consuelo de los desengañados y para saciar la sed de los ambiciosos!

VII

Cinco años más tarde, en Barracas al Norte, una de las más importantes fábricas de tejidos era la de Avila y Monterroso. Trabajaban allí más de mil obreros y había treinta y ocho telares que funcionaban diariamente.

De allí salían las chatas cargadas de telas y casimires para las grandes casas de confecciones del centro.

Juan de la Cruz era uno de los dueños, habiéndose asociado desde el principio a Fernando Monterroso, ingeniero y capitalista que tenía la fábrica en pequeña escala. El capital asociado había producido aquella ampliación, que era todo un éxito, pues las finanzas del establecimiento marchaban a pedir de boca.

Buenos Aires había ejercido su influjo de ciudad maravillosa sobre el espíritu de Juan de la Cruz, y éste escribía a sus padres instándoles a que se viniesen a vivir en ella, con mayores comodidades que en La Habana, de la cual alguna que otra vez revoloteaban añoranzas tristes, sobre su corazón convaleciente.

La familia de su socio Monterroso, aunque de origen italiano por el apellido, era argentina; y en su seno había encontrado Juan de la Cruz un abrigo de segundo hogar, pues era frecuente comensal a la mesa, aunque tenía sus habitaciones y pensión en un hotel de la Avenida.

Una de las hermanas de su consocio, la menor, había gustado de Juan de la Cruz, y con la sutil coquetería de todas las mujeres logró llegar a hacerse distinguir por el mozo.

—No seas sonsa, decíanle sus hermanas, es soltero y tiene plata; trata de conquistarlo.

—No es su plata lo que me seduce, sino su porte y su carácter; parece que sufre. Si yo supiera...

—¡Bah, no seas romántica, ché! concluían las otras.

El caso es que al joven tampoco le disgustaba la rubia Josefina, con sus ojos celestes y su sonrisa perenne en los labios. Y como en el mundo todo marcha, aunque no parezca, aquella simpatía se fué acrecentando con el trato constante y fué aún más allá de lo que pensaban todos: un día, en amena charla, en las oficinas de la fábrica, Avila y Monterroso se entretenían en dirigirse joviales pullas.

—¿No va a ir al baile del Prince Georges, el domingo? decía Monterroso.

—Yo no, y Vd.?

—Puede ser.

—Me parece que vamos a tener que anotarlo pronto con alguna conquista.

—No crea, Avila, eso queda para los muchachos. Pero Vd. y yo ya hemos pasado los treinta... y a propósito, ¿a qué edad piensa casarse? No ha encontrado todavía ninguna porteña que le llene el ojo.

—Muchas; son encantadoras la mayoría, pero... Creo que no tendría mucho que buscar...

—¿Cómo? ¿acaso hay quien?...

—Sí... y Avila poniéndose serio, se acercó a Monterroso y le dijo... ¿qué le parecería a Vd. si fuésemos cuñados?

Monterroso se inmutó, ante la imprevista pregunta.

—¡Hombre, repuso luego, ¡pues... me alegraría mucho!

—¡Deme esos cinco, entonces, porque si sus padres piensan lo mismo y Josefina también...

Monterroso tendió con efusión la mano a Avila, quien la estrechó cordialmente y en silencio, como sellando la promesa.

Aquella tarde, cuando Fernando impuso a la familia de la conversación con su socio, todos felicitaron y llenaron de caricias a Josefina, que en sus dieciocho abriles no atinaba a comprender con mucha claridad el significado de lo que representaba para su dicha un «buen partido», como todos le decían, acalorándole los oídos.

VIII

Como se fuera haciendo necesario, dado el progreso de la fábrica, el adquirir maquinarias nuevas, Monterroso de acuerdo con Avila empezó a preparar sus maletas para dirigirse al Brasil, de donde un corresponsal oficioso acababa de comunicarles que estaba para liquidarse en breves días una gran tintorería acreditada de Río Janeiro. También iba en las miras de los socios realizar algún contrato para compra de materias primas, que fuese conveniente.

El día en que Fernando se embarcó, lo despidió toda su familia, a quien acompañaba Avila; Josefina, junto a él, parecía una mariposilla rosada por el color del traje primaveral y su nerviosidad en los movimientos. A Juan de la Cruz, íbale gustando cada vez más la jovencita, aunque cuando ciertos días re-

cordaba el amor perdido de Elvira, su pecho se ahogaba, como henchido de un dolor invisible.

Entonces... ¡volvía a volar en alas de la memoria hacia los días idos, ensoñaba las citas furtivas bajo los álamos del Parque, las sonrojadas mejillas y el encanto de los ojos negros que un instante imaginó que podrían ser suyos!... Y las sombras de la ausencia fatal, como dos alas de crespón, caían sobre la frente de Juan de la Cruz, tan poco merecedor de aquel castigo.

Pasada la recordación, Josefina surgía de nuevo, como una aurora en su espíritu. Y el presente parecía triunfar sobre el pasado.

Llegó Noviembre, y por las mañanas, suaves y perfumadas por la brisa, solía Juan de la Cruz ir a buscar a Josefina en su automóvil, y llevarla junto con alguna hermana suya al rosedal de Palermo... Allí, o en los lagos, pasaban una media hora, discurriendo sobre fruslerías, y cambiando miradas apasionadas, regresando después, ellas a su casa y él al escritorio de la fábrica.

Las entrevistas eran frecuentes, pues después de haber hablado con su socio, Juan de la Cruz había pedido consentimiento a los padres de Josefina para festejarla. No hay que decir que fué aceptado enseguida.

Una de esas noches, Juan empezó una carta a sus padres, comunicándoles la noticia de su compromiso y pidiéndoles que vinieran a Buenos Aires, para la llegada del nuevo año. Estaba seguro de que así alegraría su ancianidad y que probablemente se embarcarían para Sud América, dichosos de contemplar la boda de su hijo. Como era tarde, y debía madrugar al día siguiente, guardó la carta en una gaveta del escritorio particular, para terminarla al día siguiente...

Estaba citado al otro día con Josefina, para tomar el té en la Galería Güemes, donde ella esperándolo con algunas amigas, dijo que «quería darle una sorpresa».

Después de las operaciones de la tarde, Juan de la Cruz, se dirigió al centro, adquirió una caja de bombones, en la Avenida y marchó al punto de cita. Al dejar el ascensor, que lo condujo al piso respectivo, Avila buscó con la mirada, en el amplio salón, entre las innumerables mesitas de mantel blanco, rodeadas de comensales, la silueta de Josefina; una manito enguantada que le llamó de lejos, cerca a las vidrieras, hízole ver que su futura estaba en compañía de otra joven elegante, que en ese instante daba la espalda, apoyando una de sus manos en la sombrilla.

Hacia allá fué el mozo, algo sonrojado, pues muchas personas habían visto la seña del llamado. Josefina, apresurándose

hizo sitio para el asiento de Juan de la Cruz, y aún antes de que llegara a la misma mesa, se adelantó a exclamar:

—¡Nos has hecho esperar diez minutos, pero te perdono! ¡Quiero darte una alegría presentándote a la prometida de Fernando, antes de que él lo haga!

La joven que hasta entonces había estado de espaldas se volvió inclinando ligeramente la cabeza, en gracioso mohín; bajo el sombrero negro de alas anchas la fisonomía de ella era tan bella, que nadie podría haber mirado sus ojos sin conmoverse.

Y Juan de la Cruz sintió que el suelo faltábale bajo los piés, que todo giraba en derredor vertiginosamente, que el alma suya se desplomaba en una noche infinita....

—¡Mucho gusto!... tartamudeó, sacándose el sombrero, no animándose a estrechar la mano blanca que se le tendía.

¡Porque su dueña era una de esas mujeres que cruzan de cuando en cuando la tierra, como si fueran ángeles extraviados!

¡Y porque aquella mano, suave, pequeña, iba a helar el corazón de Juan de la Cruz, con su contacto, pues en ella había imprimido besos de amor que estaban aún latentes en su espíritu!

¡Porque aquella mujer era Elvira!

IX

La hija de Torres, para quien el amor que sintiera por Juan de la Cruz, en la Habana, había sido el despertar de su candor infantil hacia la vida, no había podido olvidarlo a pesar de la oposición de su parentela y del alejamiento a que la habían sentenciado.

Su padre, y sus hermanos, furiosos, al saber que mantenía relaciones con el hijo de Avila, enviáronla a pesar de sus protestas, para Montevideo, donde un tío suyo, hermano de don Pedro, gozaba de gran bienestar. En la carta que don Pedro dirigía a su hermano irían, sin duda, explicados los detalles del asunto, porque el tío de Elvira reprochole el disgusto causado a su familia por lo que calificaba como «imprudencia juvenil».

Ya en la capital uruguaya el hermano de Elvira, después de recomendar a su tío las instrucciones que traía, y dejándola a buen recaudo, emprendió regreso.

Elvira, en pleno amanecer de su hermosura, ocultaba el dolor de la separación, disimulando; pero por las noches, desvelada en su alcoba, humedecía los almohadones del lecho a fuerza de llorar; Juan de la Cruz reinaba siempre en su corazón con aquel aspecto romántico y fino del joven cubano, que cruzaba

frente a su balcón algunas veces con la elegante mesura de un héroe de novela.

Los negocios del tío de Elvira lleváronle, a los dos años a instalarse en Buenos Aires, donde compró para su familia una casa en la calle Santa Fe. Allí, con motivo de haber celebrado una fiesta de familia, el arquitecto que había intervenido en la venta del inmueble llevó a su amigo el ingeniero Fernando Monterroso, presentándolo como un caballero de relevantes condiciones.

Las miradas de éste se fijaron desde el principio en Elvira, que a pesar de su hermoso traje blanco, tenía cierto aspecto de viudez en su melancolía juvenil.

A instancias de sus tíos la joven hubo de corresponder en sus atenciones a Monterroso, y así se inició una obsequiosidad de parte de él, que ella encontraba insoportablemente fastidiosa, pero que agradaba a aquéllos.

Quién sabe cómo se las compuso Fernando, cómo llegó a conquistarse la voluntad de los tíos de Elvira, cuánto importunó a ésta, lo cierto es que al año de haber visitado la casa conseguía ser aceptado como pretendiente oficial de aquélla, que acosada por los tíos, lejos de los sitios que le recordaban a Juan de la Cruz, considerando que su amor hacía él era un imposible, se resignó humildemente ante la imposición de sus parientes.

X

El encuentro con Elvira había sido tan hondamente perturbador para Avila, como para ella, Josefina, a pesar de la forma en que ambos habían tratado de ocultar su emoción, no dejó de adivinar un misterio, que la dejó pensativa. Algunas frases, en la conversación frívola, de cajón, mantenida durante el té, se habían quedado grabadas en su memoria.

—¿Parece usted triste? había dicho Juan de la Cruz a Elvira.

—Es mi modo habitual; aunque acaso no se crea.

—Es siempre así, intervino sonriendo Josefina; pero le sienta muy bien...

—Son consecuencias del haber sufrido mucho, había agregado Elvira... ¡Y Juan de la Cruz se había puesto pálido como un muerto!

¡Eso no había pasado desapercibido para Josefina!

¿Qué misterio era aquél? ¿Acaso ellos se conocían con anterioridad? ¿acaso Avila podía enamorarse repentinamente de una desconocida, cuando estaba comprometido con ella?

El corazoncito de Josefina latía con cierta congoja, desde aquella tarde, y su pensamiento tejía y destejía las más extrañas suposiciones.

Mientras tanto, Avila, sumido en un mar de perplejidad, ignoraba aún lo que haría: él amaba a Elvira, sentimentalmente, como a una novia lejana, como a una imagen que vivía en sus sueños; era «ella», algo que mantenía en su espíritu con el fervor con que se adoran las reliquias sagradas de los veinte años; ante «ella» había deshojado todas las ilusiones de su adolescencia; por «ella» había oficiado el culto de la tristeza durante once años; pero......

¡Ahora estaba Josefina por medio!... Con su ingenuidad de niña desconocedora del mundo, con sus risas argentinas, su alma noble y su amor puro, incapaz de falsías; él había llenado de alborozo y alegrías el corazón de Josefina, había alimentado su primera ilusión con una promesa sagrada; ¿qué derecho tenía a amargar, a decepcionar, una vida tan hermosa como la de ella, por sus amores del pasado?

Juan de la Cruz sentía que a pesar de su amor profundo por Elvira, «algo» había al presente, una cadena de sentimiento, una fuerza psíquica, que le impedía realizar lo que ayer había sido su único anhelo... ¡Es que así es la vida, tirana, en su eterno oleaje, y los seres no son sinó esclavos de las circunstancias!

Otra cosa hacía pensar a Avila; Elvira era la prometida de su consocio Fernando, a quien estimaba fraternalmente. No debía pues, herir también a éste, renovando lo antiguo. El había adivinado en la mirada de Elvira, que en ella no se había extinguido el cariño; que la pasión, como bajo cenizas, había continuado ardiendo, quizás con un destello de esperanza en su fondo... Más, era demasiado tarde!... ¡Josefina, Fernando; su su compromiso, el de ella!... Y Juan de la Cruz sentía que por momentos ideas de locura centelleaban por su cerebro, bajo el palio sombrío de la propia suerte...

A los pocos días de aquello, encontró por la mañana, junto con los diarios que el mucamo ponía siempre en su escritorio, una carta y un telegrama.

La carta era de Elvira; reconoció su letra menuda, de la cuál conservaba aún algunas muestras en un baulito privado; decía así:

«Mi inolvidable Juan: Ni el tiempo ni la ausencia han podido arrancar de mi corazón el amor que nos juramos un día, en nuestra ciudad distante; no sé si tú habrás conservado igualmente ese cariño que todo el mundo se empeñó en contrariar, pero sí quiero que sepas que siempre has vivido en mi pecho, que ha sido a través de los años un santuario de tu recuerdo. Deseo verte, dime hora y lugar. Elvira.»

Y el telegrama, expedido en el Brasil, decía:

«Querido amigo: Mañana salgo para Buenos Aires, en el «Reina Victoria». He dejado arreglado satisfactoriamente nuestros asuntos. Te comunico que en cuanto llegue, pienso casarme; nada te había dicho esperando darte la sorpresa. Amo con locura, como no te lo imaginas; a una hermosa joven, que te presentaré en esa. Trasmite cariños a todos, y para Josefina y para tí el abrazo de su hermano. Fernando.»

Aquel día Juan de la Cruz no fué al escritorio de su fábrica; erró por las calles de la ciudad, pasó una hora y media en un biógrafo, cenó en un restaurant cualquiera, y por la noche se encerró en la pieza del hotel. ¡Parecía vencido por el destino!

XI

Cada día acercábase más el final del plazo pedido por Avila para celebrar su enlace con Josefina. Los padres habían hecho imprimir las tarjetas de anuncio para las amistades y se hacían

preparativos de todo género en la casa, desde el ajuar de la novia al menú de la comida de esponsales.

A los pocos días de la presentación de Elvira, Josefina notó que en su novio se insinuaba un abatimiento de causa desconocida.

—¿Tú tienes algo, habíale dicho, tú me ocultas algún sufrimiento, Juan, dime que es?

—¡Nada! repuso él... Me siento un poco fatigado del trabajo, nada más, es cosa sin importancia.

Pero la mujer que quiere es observadora y sagaz, así que a Josefina no la satisfizo tal respuesta.

Entonces intentó buscar la clave en Elvira; ató cabos, y sabiendo que ella y Avila eran cubanos y nativos de la Habana, dedujo que debían haberse conocido allá, sin duda.

Pero Elvira se encerró en la mayor reserva, ante las preguntas de Josefina, que aunque indiscretas iban hacia un fin preconcebido.

Total, que aquella, pobre alma, sumergida en un paréntesis de cavilaciones, empezó a sufrir también, aunque las risas ponían en labios de Josefina una nota de alegría y aunque al verla entre flores y pájaros, con su vestido rosa, por las tardes, nadie se imaginaría que caminaba sollozando interiormente.

XII

La entrevista solicitada por Elvira, tuvo lugar en el salón reservado de una confitería central. Juan de la Cruz pidióle detalles de todo lo ocurrido, desde su ausencia de Cuba, y a su vez la enteró de todo lo que le había sucedido a él.

Elvira estaba majestuosamente bella, con su toilette, y unía a sus gracias de mujer la delicada espiritualidad de su conversación. Avila no pudo dejar de decirla, cuando ya intimaron nuevamente en la comunicación recíproca de sus cosas privadas:

—¡Me pareces más linda ahora que antes!

Ella sonrió ligeramente, con coquetería:

—Puede ser, pero entonces era más feliz que ahora.

—Y ahora vas a serlo más, casándote con Fernando. Es un hombre de nobles sentimientos y sabrá apreciarte.

—¡Juan!... (y Elvira lo miró con los ojos humedecidos por dos lágrimas repentinas). ¡Tú eres cruel, sin motivo! ¡Crees que yo puedo ser feliz con otro hombre que contigo!

El también se sintió conmovido: tampoco él podía ser feliz con otra mujer que con ella, pero... ¡era demasiado tarde!

Y mordiéndose los labios, y secándose con la punta del pañuelo, disimuladamente, los ojos, respondio:

—¡Elvira, yo te he querido y te quiero siempre; pero retroceder es imposible; el destino nos ha separado porque nosotros estamos a merced de sus vaivenes! ¡Más tu crees en Dios y yo también; Dios volverá a unir nuestras almas alguna vez, para siempre, pero solamente su infinita omnipotencia sabe dónde y cuándo! ¡Mientras tanto, tu éstas comprometida con Fernando y yo con Josefina; cumple tu palabra, yo cumpliré la mía!...

Y se levantó para despedirse. Elvira lo imitó.

—¡Mira bien lo que me pides! dijo.

—¡Es nuestro deber Elvira; no tenemos derecho a hacer sufrir a dos seres inocentes!

Pero Juan de la Cruz mentía en sus palabras. El ya tenía su idea premeditada: él iba a cumplir su palabra jurada en la lejana ciudad de su primer amor. Y sin saberlo coincidía con el pensamiento de su antigua amada.

—¿Quieres que cumpla mi palabra? agregó ella, irónicamente! ¡pues bien, la cumpliré! ¡adiós, Juan de la Cruz!

—¡Adios, Elvira!

Y los dos se estrecharon la mano, silenciosamente; se devoraron pasionalmente con la mirada un breve instante; enseguida ella se soltó de él, corrió desde la puerta de la confitería hasta el automóvil que la esperaba y ordenó nerviosamente al chauffeur:

—¡A casa!

Avila quedó inmóvil, siguiendo con la mirada la visión del auto que corría velozmente hacia el Norte de la ciudad:

—¡Tú acaso me olvides, acaso seas feliz! ¡yo no podría serlo! dijo, echándose a andar como un sonámbulo.

XIII

—¿Pero qué le pasa a esa muchacha que hoy no ha almorzado con nosotros y ahora no quiere cenar?... ¡Anda a ver, María! ordenó a la mucama, la tía de Elvira, desde el comedor, donde ella, su esposo y dos invitados, iniciaban la cena.

A los pocos mintous volvió la mucama diciendo:

—Dice la niña que está con mucho dolor de cabeza; que la disculpen, pero se va a acostar enseguida.

—¡Estas enamoradas!, dijo la vieja sentenciosamente... ¡Como pronto llega Fernando!...

Sola, en su dormitorio, Elvira tenía en su rostro la bella expresión de una Dolorosa... El amor había retoñado en su espíritu con un florecimiento sublime. Ahora, a través del tiempo, al encontrar a Avila, sentía que era adoración lo que sentía por él... Pero no se consideraba con fuerzas para soportar el trance angustioso de hallarse dentro de la familia de su amado, ligada a otro hombre, viendo a Juan de la Cruz unido a otra mujer y separados a pesar de su acercamiento por el abismo más hondo y más eterno.

¡Josefina era su amiga y no debía traicionarla, porque había depositado en ella su confianza candorosa! ¿Y porqué trastornaría con su intrusión la felicidad de Juan de la Cruz, prometida en aquella unión con un alma virginal y plena de cariños?

Elvira había escrito a Juan de la Cruz una carta. Quiso que por ella supiera que lo había querido siempre, que no había olvidado nunca su promesa de amor, hecha bajo los árboles frondosos y el cielo hermoso de la Habana.

Y, como si aquella noche quisiera renovar todas las cosas viejas, sacó de un cofre, cintas, cartas, un retrato de su amado, y distraída en sus recuerdos, se sobresaltó cuando en un reloj de

pared, del hall, oyó dar doce campanadas... ¡La hora de la media noche!

XIV

Al día siguiente de la entrevista Juan de la Cruz, penetró en el escritorio de la fábrica más temprano que de costumbre ¡aún no había llegado ningún empleado!

Arregló los papeles del día anterior, que estaban a su firma, después escribió varias cartas... ¡Yo no puedo ser feliz, decíase entre sí, pero que sean ellos; que lo sea Josefina con quien no tenga el corazón lastimado por el infortunio; que lo sea Fernando, con su nobleza de alma, él que me quiere como un hermano; y que lo sea «ella»; sí, que «ella» llegue a ser feliz también, con el tiempo que lo borra todo... ¡Yo soy el fantasma que impide esa felicidad!...

Cuando llegó la hora de almorzar, dirigióse nuevamente al Hotel; allí, en sus habitaciones, sacó la carta que Elvira le escribiera, y la besó repetidas veces... Luego, dijo, reflexionando:

—Nó, sería demasiada amargura. Que a lo menos sueñe que la recordé a ella.

Unos diez minutos después, los mozos de servicio acudían corriendo al departamento núm. 28, atraídos por una detonación de arma de fuego. Allí, sobre su lecho, Juan de la Cruz yacía con el temporal derecho perforado de un balazo; en su diestra empuñaba todavía el revólver humeante.

Cuando llegó la policía, un oficial extrajo de la mano izquierda del suicida una carta amorosa firmada por un solo nombre: Josefina.

—¡Bah! ¡amores contrariados! dijo despectivamente el sagaz oficial.

...... Y aquella noche, en «La Razón» 5.ª, más de un lector indiferente, en su rebusque de noticias, tropezaba con este lacónico suelto policial... «*Suicidio.* — Esta madrugada, a las 6 a. m., cuando llevábale el desayuno, una persona de la casa, encontró muerta en el lecho a la señorita Elvira de Torres, en su domicilio Santa Fe 36... Ignóranse las causas que la indujeron a tomar tal determinación, pero según carta que deja, *se envenena por estar cansada de la vida.*»

¡Sin saberlo y sin confesárselo, los dos habían coincidido en su idea y «cumplido su palabra»!

¡Qué sabía nadie del drama sombrío, fatalmente humano, que vinculaba a aquellas dos personas muertas trágicamente! ¡El tráfago de la ciudad mercantil no dejó ni siquiera lugar al comentario, con su perenne rodar de monedas de oro sobre los corazones encallecidos!

Cuando la nueva llegó al hogar de Josefina, su almita derrumbada en el dolor aleteó como un pájaro sin nido, osciló como una lámpara en agonía... ¡Nunca llegó a saber la causa de la muerte de Juan! La dijeron que el finado tenía en su mano una carta suya, y ese fué el único alivio, y por ello fué a regarle de violetas la tumba solitaria en el Cementerio del Oeste...

Y cuando vestida de luto, esperaba días más tarde a su hermano, en el puerto, el escuentro fué conmovedor: en vez de un dolor fueron dos, pues la muerte de Elvira, también misteriosa, identificaba a los hermanos en la misma pena.

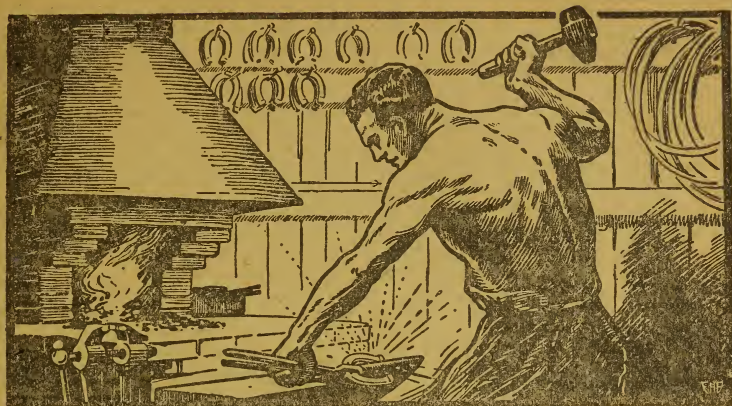
Y en aquel instante, como símbolo de algo superior a la naturaleza humana, perecedera y frágil, revoloteaban dos palomas sobre el muelle; luego se posaron juntas en una de las molduras del techo, blancas, con la inmaculada albura de los anhelos ingénuos.

Aquella pareja de aves parecía representar el amor, sobreviviente a todos los males terrenos, el amor, que como el de Juan de la Cruz y Elvira, era más fuerte que el destino, pues no consiguiendo unirles en la vida, los desposaba en el sagrado misterio de la muerte.

¡Mientras que rumbo a su hogar sombrío, Fernando y Josefina, eran como un emblema también, de que el amor, siempre superior al destino, triunfaba de él floreciendo en dolor, sobre la vida!

Julián de Charras

HIERRO MACHACANDO HIERRO



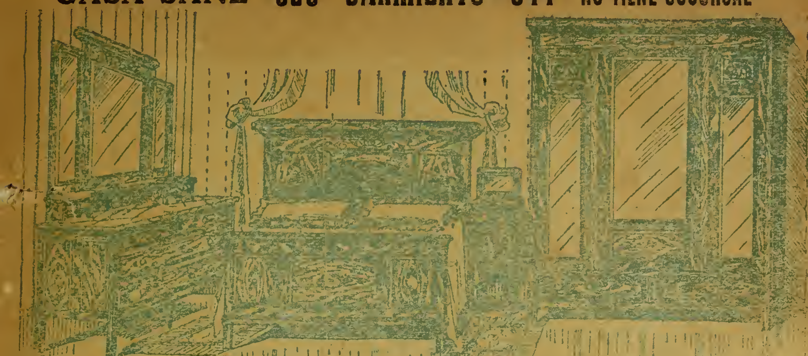
Así como suena: Hierro machacando hierro». Y no nos referimos precisamente al martillo de hierro en manos del herrero, sinó a su desarrollada musculatura, a sus fuerzas y vigor extraordinarios, a su constitución de hierro, sin la cual no podría ejercer su oficio. Para poseer una constitución de hierro, una musculatura bien desarrollada y el vigor y la energía que necesitan ambos sexos para la lucha y los placeres de la vida, es necesario que nuestra sangre contenga la suficiente cantidad de hierro, la cantidad que posee la sangre de toda persona que está en su completa salud. «*Tome hierro*» dicen constantemente los doctores a toda persona pálida, anémica, nerviosa, falta de potencia y virilidad, gastada, acabada antes de su tiempo. No se ponga usted viejo antes de su tiempo. No continúe pálido, nervioso, delgado, falto de carnes y de vigor. No se dé por vencido en la lucha por la vida. Tome hierro, *tome Nuxifierro*, la preparación moderna, a base de hierro orgánico, hemoglobina, glicerofosfato de calcio y otros reconstituyentes. No hay otra preparación en su clase que la iguale. La fórmula completa va impresa en cada frasco. Repetimos que *Nuxifierro* es la última palabra en las preparaciones a base de hierro orgánico, beneficioso a toda persona que necesite un reconstituyente; a las anémicas, pálidas, raquíticas, neurasténicas, faltas de fuerzas; a los hombres gastados y viejos antes de tiempo, con nervios que no pueden dominar por el mucho fumar, el mucho beber o debido a imprudencias de la juventud. Tome *Nuxifierro* por algunas semanas y verá usted como aumentan sus fuerzas, mejora su semblante, su imaginación se aviva, ganará carnes si está usted delgado y se sentirá usted más contento, más vigoroso, mas satisfecho de vivir. Siga nuestros consejos, tome *Nuxifierro.* Procurelo en las boticas y no acepte ninguna otra preparación que le ofrezcan en su lugar. Diga con voz firme y clara: «*Quiero Nux-i-fierro*».

Para informes: L. F. MILANTA

RIVADAVIA 1255 BUENOS AIRES

No demoren - Con plata en mano

CASA SANZ - 826 - SARMIENTO - 844 - NO TIENE SUCURSAL



REGIO DORMITORIO, 3 cuerpos, tipo importado, color roble macizo, lustrado a muñeca, 7 piezas con aplicaciones de bronce, a...... $ **270**



DORMITORIO compuesto de 7 piezas, en color roble, con aplicaciones de bronce, espejos biselados, a.. $ **185**



COMEDOR roble norteamericano, forma "bombé", con incrustaciones de bronce: Aparador y trinchante.......... .... $ **175**

Completo con 10 piezas .... $ 255

Casa Impresora López, Bolivar 535, Bs. As.

AÑO III BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 10 DE 1919

LA NOVELA SEMANAL



Allá, en el río....

POR

Emilio Gouchón Cané

PRECIO 10 Centavos
Más de 200.000 personas la leen

DESINFECCIÓN

("Revista de Ciencias Médicas", Madrid)

Es esta, la actual, una de las ocasiones más indicadas para prevenir al público en general contra las epidemias que asolan al país y entre las que recrudece, de un modo alarmante la gripe. Contrariamente a lo supuesto, esta pandemia es un azote que lejos de desaparecer, una vez que hace su entrada en cualquier población, vuelve al ataque con más bríos puesto que lejos de inmunizar a las víctimas que ha atacado por vez primera reaparece en ellas convirtiéndose luego en una enfermedad peligrosísima. Es necesario precaverse contra ella y el único medio práctico para llevar a cabo, a parte de las medidas generales de buena alimentación y vida metódica, es la desinfección general del individuo bien sea en masa, ó ya sea particularmente.

La desinfección es en realidad una de las aplicaciones de la antisepsia para la destrucción de los gérmenes patógenos con un fin higiénico y sanitario, pero como aquella tiene un concepto muy complejo y su práctica total sólo le es factible a las autoridades sanitarias que disponen de medios ad hoc, es conveniente llevar con toda insistencia a los particulares la convicción de la desinfección individual. Basta para ello el uso del Lisoform ampliamente.

El Lisoform es el desinfectante inofensivo y poderoso para aislar al individuo de la contaminación de cualquier clase de microbios, pudiéndose usar como complemento de las aguas de baños empleando la décima parte de un litro para cada baño, completando el tratamiento por medio de gárgaras periódicas en el día, en soluciones de $^1/_2$ al 1 %.

Las soluciones del Lisoform según su empleo son las siguientes: Al 1 % dos cucharaditas para un litro de agua. Al 2 %, cuatro cucharaditas por litro de agua. Para el 3 y 4 %, dos o cuatro cucharadas grandes respectivamente.

AÑO III — BUENOS AIRES, LUNES 10 DE NOVIEMBRE DE 1919 — N. 104
DIRECCION
MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

Allá, en el río...

por

Emilio Gouchon Cané

I

—¡Alberto! — gritó, desde el lecho, Eduardo Pintos, después de haber consultado su reloj.

Una voz contestó, casi inmediatamente, desde el piso bajo:

—Subo, subo en seguida, don Eduardo......

El joven, incorporado en el lecho, tomó un cigarrillo y lo encendió. Luego, mientras aspiraba lentas bocanadas de humo, observó, a través de la puerta del balcón, la calle, los vecinos murallones de la dársena, abarrotados de grandes y pequeñas embarcaciones. Contempló el río, inmenso y melancólico, que se extendía más allá, haciendo centellear el sol en su rizada superficie.

—Buenos días, don Eduardo — dijo, entrando, Alberto Ponce, el fiel secretario e «intendente del taller» del joven escultor.

—¡Hola, buenos días! ¿Vinieron los vaciadores?

—Sí, don Eduardo; hacen quince minutos: a las siete.

—Bien; diles que ya bajo; pueden comenzar el vaciado de don Giácomo — dijo Eduardo, mientras tomaba el ropón y se dirigía al cuarto de baño contiguo al aposento.

Y mientras abría las espitas del agua, que borbotó ruidosamente en la bañadera de hierro enlozado, no pudo menos de sonreir al recordar el busto, ya terminado, de don Giacomo Ricciardi, el viejo importador, cargado de millones.

¡Por fin estaba terminado el bendito busto! ¡Menuda molestia se quitaba de encima! Y recordaba las fatigosas sesiones de pose, en las cuales don Giacomo fastidiaba a Eduardo Pin-

tos con sus majaderías y necedades, dichas con ese aire de suficiencia protectora que dá el dinero a los improvisados.

Por fin estaba terminado aquel busto de factura adocenada, mostrando con exactísimo parecido la vulgarota y estúpida cabeza del millonario, que parecía respirar aire de vanidad, justificada en el busto, por aquella misteriosa condecoración que ostentaba en la solapa de la levita, y de la cual Eduardo Pintos no tuvo jamás idea clara, a pesar de las ampulosas explicaciones que le había dado don Giacomo.

Quizá fuera una de las órdenes industriales, que se obtienen mediante el pago de cinco o diez mil liras... Quizá fuera, simplemente, una de esas medallas ganadas en las exposiciones, por alguno de los *vermouths*, de cuya marca era don Giacomo «introductor y único concesionario en las Repúblicas Argentina, del Uruguay y Paraguay», como constaba en las etiquetas de todas las botellas.

Ese obeso millonario, inquieto y fastidioso, era uno de los tantos *filisteos* que Eduardo había tenido que soportar en su carrera artística.

Eso había siempre entristecido al joven escultor: tener que someterse al yugo de la necedad ajena, para poder vivir y mantener su taller.

Sin embargo, esos clientes, ignorantes y caprichosos, habían sido siempre los mejores pagadores de sus obras. Impulsados por la vanidad, encargaban sus bustos al ya famoso escultor, pagando bien su firma.

¡Cuántas veces había tenido que reprimir sus ímpetus de mandar a paseo a todas esas gentes! Pero la necesidad, con su cruda tiranía, le había forzado a someterse, acallando sus íntimas protestas de artista exquisito.

Ahora ya estaba acostumbrado a hacer esas concesiones al ambiente. Casi rico ya, con algunos miles de pesos en los bancos, hubiera podido libertarse de ese yugo. Pero ahora, con su experiencia de la vida, a sus veintiocho años, no creía ya necesario renunciar al bienestar, a la abundancia, para poder *hacer arte*.

Lirismos de niño, — solía decir cuando recordaba sus antiguas preocupaciones.

El arte, el gran arte, nada tenía que ver con esos mamarrachos que hacía en dos manotadas y que vendía a subidos precios.

Y sonreía al recordar una norma que le había enseñado la experiencia: esos bustos de papanatas, debía firmarlos con bien visibles carácteres, para facilitar la vanidosa jactancia de sus clientes cuando mostraran los bustos. «Es de Eduardo Pintos, ¿eh? Del gran escultor Eduardo Pintos»

Esa industrialización forzosa del arte, no estorbaba la producción sana e inspirada. Y cuando Eduardo Pintos se sentía en «ese particular estado musical» — como él decía — que precede a la creación artística, sabía trabajar con sinceridad, produciendo alguna de esas obras que levantaban verdaderas tempestades en el mundo artístico, provocando el ataque enfurecido de la jauría de la crítica adversa y el aplauso fanático de sus admiradores y discípulos.

Como todas las celebridades, la suya había nacido de ese incesante batallar de ideas y apasionamientos que desencadenaba la aparición de una de sus obras, siempre originales, atre-

vidas, plenas de la concepción audaz, a veces exagerada, de su mente juvenil, impulsada por temperamento genial.

Al salir del baño frío, hizo unos movimientos gimnásticos para activar la circulación de la sangre y ejercitar sus músculos de atleta.

Vistióse con la ropa de trabajo y, abandonando la alcoba, pasó a la habitación contigua, más amplia, donde tenía instalado su despacho.

Corrió las cortinas que cubrían la puerta del balcón, abrió esta de par en par, y el aire y el sol inundaron el aposento.

Aquel despacho, amueblado sin guardar estilo, con ese encantador desorden y descuido bohemio, era el más elocuente testimonio de la notoriedad artística de Eduardo Pintos.

Cubriendo los muros, infinidad de cuadros ostentaban diplomas honoríficos, premios y menciones ganadas en el extranjero, durante sus cuatro años de andanzas por las grandes ciudades europeas.

Decenas de retratos, todos ellos de personalidades del arte mundial, dedicados a Eduardo, se sucedían unos al lado de los otros, cubriendo el muro hasta cerca del techo.

Eduardo Pintos, al abrir la puerta del balcón, contempló un momento el panorama del puerto, que se extendía delante suyo.

Junto a los murallones, que estaban del otro lado de la calle, veía el trabajo activo e incesante de la carga y descarga de los buques de ultramar y de las barcazas de los ríos.

Siempre había gustado Eduardo de ese espectáculo portuario, que es símbolo de la vida errante e inquieta. Esa su pasión por los viajes, la extraña sugestión que le producía la contemplación de los puertos, era en él resabio de ancestrales aficiones. Sin duda, entre sus remotos ascendientes figuraron muchos de aquellos audaces navegantes españoles que recorrieron y dominaron el mundo.

Cuando hubo de instalar su estudio propio, sin tener que someterse a la tiranía de otros escultores que «ya habían llegado», generalmente egoístas y sórdidos, buscó un sitio desde el cual pudiera contemplar, a todas horas, la extensión grisácea del estuario y el espectáculo activo y febril del puerto.

Y esa casa de zinc y madera, situada en la Boca, frente mismo al puerto y separada del murallón de atraque por apenas una calle, le agradó hasta el entusiasmo. Y allí se instaló, pareciéndole que estando más cerca de los barcos, le sería facil emprender viaje cuando su espíritu inquieto le impeliera a recorrer de nuevo los países apenas entrevistos en sus viajes anteriores.

Miró con cierta melancolía a uno de los enormes vapores de carga, negros y sucios, que iba saliendo de la dársena; y su contemplación trájole el recuerdo de su último viaje.

Conteniendo un suspiro, entró a su despacho.

Su mirada distraída, se fijó en uno de los tantos retratos fijos en la pared.

Querol, el gran Querol, parecía mirarle desde el muro. Eduardo leyó por milésima vez la dedicatoria: «A mi amigo Eduardo Pintos, futura gloria del arte de América». Y al recordar al maestro muerto, una sombra de tristeza le invadió. ¡Pobre maestro amigo, ya no podría estrechar su mano! Al lado estaba Benlliure, otra gloria de la escultura española; y más allá, Gabriel Borrás, el escultor valenciano, con quien tanto se había divertido durante su estada en Madrid.

Destacándose de los retratos, se veía un marco de madera primorosamente esculpida, ostentando las armas reales de España; y dentro de él, una Real Orden de S. M. el Rey, concediendo a Eduardo Pintos la cruz de Alfonso XII, por sus méritos artísticos.

Y por todas partes, caras amigas, hombres célebres, ídolos de multitudes.

Rodín, Macagnani, y allí, entre María Farnetti y Chaliapine, la cara simpática y bonachona de Titta Ruffo, su buen amigo, con el que se había encontrado en Madrid, Milán y San Petersburgo.

—Al trabajo, holgazan! — se dijo Eduardo, al recordar que abajo, en el taller, los vaciadores estaban cubriendo de yeso azul la esfigie de aquel viejo imbécil de Ricciardi.

Y bajó la escalera, entonando con su voz cálida de barítono, el brindis triste, y, siendo triste, filosófico, de Amleto:

O vin discaccia la tristezza
che mi pesa sul cor!...

II

Cuando sonó el timbre del aparato telefónico, Eduardo Pintos y sus ayudantes acababan de suspender la tarea del *vaciado*, hasta el día siguiente.

Eduardo subió la escalera, entró a su despacho, y descolgó el receptor.

Era Jorge de Serres que le invitaba a que abandonara la cueva, como llamaba el joven escritor al taller de Eduardo.

—Estamos con el vaciado del busto, ché... Recién lo dejamos. Me visto a escape y voy. Hasta luego.

Eduardo colgó el receptor, y pasó a su alcoba para cambiar de ropa.

Diez minutos después, abandonaba su taller y emprendía la marcha por la ribera, en momentos en que el trabajo del puerto terminaba.

Cruzó varios grupos de obreros que esperaban los tranvías.

Pasó un convoy velozmente y el joven, de un salto, subió a la plataforma de un coche acoplado, uno de esos viejos tranvías, que fueron de caballos, que se sacudía sobre los gastados elásticos, con ruido de ferretería y de vidrios sacudidos.

Un fuerte olor a tabaco malo, hirió sus sentidos: el espeso humo de «picadura» fumada en pipa y de cigarrillos de precio ínfimo, se mezclaba al vaho repugnante de los trajes, roídos y manchados, de los que se hacinaban en el viejo coche de piso resbaladizo, que no se podría mirar sin experimentar náuseas.

Pocas cuadras habría recorrido, cuando, al encontrar un taxí desocupado, abandonó el tranvía y ocupó el auto, dando al conductor las señas de su amigo Jorge de Serres.

Mientras el automóvil le llevaba velozmente, Eduardo pensaba en su buen amigo, a cuyo lado se sentía tan a gusto. Era una amistad de la niñez. Afinidades de carácter, de aspiraciones, de sentimientos, les habían unido en un afecto sincero y hondo.

Con Héctor Velar, joven abogado, formaban los tres un grupo inseparable, manteniendo una firme solidaridad de amistad y desinterés.

Jorge de Serres, había regresado hacía tres días de su via-

je al Paraguay, y durante esos tres días habían charlado horas y horas, con esa fiebre impaciente por contarlo todo que genera una ausencia prolongada.

Cuando Eduardo llegó a casa de Jorge, Héctor Velar acababa de llegar también.

Después de estrecharse aquellas manos amigas, comenzó la charla amena, interesante, de aquellos jóvenes de espiritualidad superior.

Después de una hora, durante la que Jorge encantó a sus amigos con relaciones de viaje, crítica de costumbres y picantes comentarios sobre la vida del norte ribereño, los tres amigos cenaron juntos en un restorante central.

A los postres, Héctor Velar. propuso que asistieran a una función de cinematógrafo.

—¡Aceptado! — exclamaron Jorge y Eduardo.

—¿Al *Splendid?*

—¡Al *Splendid!* — asintió Eduardo Pintos, agregando luego: — Deseo contemplar bellos rostros femeninos... Esos bellos rostros, que, al solo mirarlos, animan y alegran y elevan el espíritu...

—¡Hola, hola! Románticos estamos! — exclamó Jorge.

—Me extraña tu extrañeza, Jorge — dijo Eduardo, sonriendo. — Creador de bustos de mármol para solaz de los demás, ¿no tengo derecho a gozar con la contemplación de los inimitables bustos vivos?



—Adiós, muchachos......

Cuando el auto emprendió la marcha, Eduardo se recostó en los almohadones y, lanzando lentas bocanadas de humo de tabaco, recordó la velada del *Splendid.*

Habían llegado con la función ya comenzada, cuando en la pantalla se veían pasar, con fantásticas velocidades, a unos bandidos mejicanos, de bonetes en forma de budines, perseguidos de cerca por una partida de jinetes pertenecientes a las fuerzas regulares.

Eduardo no atendió sinó apenas a las banales incidencias de aquel *film* vulgar, como todos esos en boga, con marca de fábrica americana y de eterno asunto de bandidos mejicanos.

Cuando por fin, tiro va y tiro viene, fueron rendidos y encarcelados los bandidos, la película finalizó y se encendieron las luces de la sala.

Eduardo observó la concurrencia; paseó la mirada por butacas y palcos, deteniéndose de vez en cuando en la contemplación de algún rostro expresivo y hermoso de mujer.

Siguió observando, hasta que en un palco bajo, allí cerca de ellos... ¡oh, qué hermoso rostro de mujercita! De la primera mirada, con ese intenso poder de apreciación que el joven escultor poseía para la belleza femenina, quedó embelezado. ¡Qué líneas delicadas en aquel óvalo, en aquel perfil, en aquellos ojos, en aquella boca, en aquella frente serena y tranquila, en el conjunto todo, bello y majestuoso como la creación irrealizable de la más exquisita fantasía!

Y mientras el auto corría velozmente hacia el sud, Eduardo recordaba la emoción inexplicable que habíale poseído, cuando en un entreacto, Héctor Velar le había presentado a Amalia

Velimar y a los tíos de ésta, don Francisco Velimar y su esposa.

Todavía le parecía oir la voz de la señorita de Velimar, voz de aterciopelada dulzura, suave y armoniosa.

Recostado en el blando respaldo, mecido por el auto que saltaba al correr sobre el adoquinado del Paseo Colón, recordaba aquella frase que aún acariciaba sus oídos:

—Conozco algo suyo, señor Pintos... el *Sigfredo* que premiaron en el Salón del año pasado. Es un trabajo notable......

¡Oh, aquellas palabras de Amalia! De labios de una mujercita como aquella. esas frases eran la apoteósis triunfal para el artista.

Ser algo, valer algo en la apreciación de una mujer hermosa, son el estímulo y el premio más ambicionados por los espíritus como el de Eduardo.

Cuando llegó a su casa, después de encender las luces eléctricas del taller, el joven se acercó al boceto en yeso de su Sigfredo y lo contempló con cariño. Lo encontró hermoso; más hermoso que nunca. El hijo de Wotan, el valeroso matador del dragón Fafner, se erguía en viril apostura, mostrando la recia y hermosa musculatura de su cuerpo. En sus manos sontenía la espada invencible que acababa de forjar en la frágua y el yunque.

Era una de sus mejores obras, realizada con entusiasmo, terminada con esa vigorosa manera de expresar las grandes emociones, que era su cualidad inimitable.

Eduardo continuaba observando su obra, lentamente, detalle por detalle, con ese orgullo legítimo y entusiasta del creador.

Y entonces, en su imaginación, excitada por el recuerdo de aquella hermosa señorita de Velimar, se presentó ese espécial estado que precede a la concepción de las grandes obras de arte.

Eduardo, parado en medio del taller, con la mirada brillante; erguido su cuerpo atlético, con los cabellos en desorden, con la grandeza de un dios de la mitología, imaginó, con la instantaneidad del rayo, su obra futura.

¡Brunilda! ¡La hermosa *walkiria*, con los rubios cabellos asomando bajo el casco, cabalgando un ligero corcel lanzado en loca carrera por las nubes!

Y bajo ese casco, bajo esos cabellos rubios, el hermoso rostro de Amalia, de *su* Amalia, porque ya la quería suya, en una explosión de su nuevo amor de hombre, fundido con su pasión de artista.

Como un recuerdo musical, como el arrullo de suavísima melodía, su memoria trájole, una vez más, las palabras de Amalia:

—Conozco algo suyo, señor Pintos...

IV

—¿Se puede?

—¡Oh, Jorge, pasa!

Eduardo abandonó los pequeños útiles de modelar, y salió al encuentro de Serres.

—¿Trabajando? ¿Algo nuevo?

—Sí, Jorge... una *walkiria*... Una Brunilda ecuestre...

Jorge observó un instante el pequeño montón de arcilla gris, húmeda y lustrosa, en cuyas ondulaciones casi amorfas podía adivinarse ya la silueta de una amazona, con su corcel lanzado a la carrera.

—Todavía no verás nada, Jorge. Está apenas esbozado...: es un proyecto.

—Me agrada la idea. ¿La haces sin modelo?

—¿Sin modelo?... No... Precisamente, de eso quería hablarte. ¿Te quedas a almorzar conmigo? Podemos ir si quieres, al «Cocodrilo», aquí cerca. Un almuerzo que nos recuerde a Génova.

—Encantado, Eduardo.

—......con nebiolo y *spumante*......

—He dicho que encantado y soy hombre de palabra.

—......y toscanos legítimos, y......

—¡Ah, no, gracias!...,

—¿No te atreves con ellos? Habanos, entonces......

—¿Te ha tocado la lotería?

—No juego.

—¿Has recibido el importe de alguna obra?

—Menos que menos...

—Entonces ya lo sé todo. ¡Te has vuelto loco!

—No, que lo sepa... Es, simplemente ¡que estoy enamorado!

—¡Demonio! ¿De mí?.

—¡Eh, eh! De una niña, pero mi felicidad depende de tí.

—Esto ya me está interesando. ¿Quién es ella?

—Ya lo sabrás; te lo confiaré en Génova...

—¡¡En Génova!!

—Quiero decir en el «Cocodrilo».... Estoy loco, loco...

—Adiós... Parécesme peligroso....

—No te chancees. Hablo en serio. Espera unos instantes; me visto y vamos al bodegón.

Eduardo subió la escalera, mientras Jorge quedóse contemplando el boceto de la *walkiria*.

Un cuarto de hora después, los dos amigos se sentaban frente a una de las mesas del curioso restorante de la Boca.

Durante el almuerzo, Eduardo contó a su amigo la impresión que en él había causado la señorita de Velimar.

—Me encanta, Jorge. Desearía hacer su busto... y modelar la *walkiria* con su rostro.

—Así lo harás, si de mí depende. Mañana mismo me ocuparé del asunto.

A los postres, Jorge brindó el dorado *spumante*, a la gloria inmortal de Sigfredo y de Brunilda.

—¡Por ella, y por tí, Eduardo!.

—¡Por ella, por su belleza luminosa y divina! — exclamó el joven escultor.

V

—Por hoy hemos terminado, señorita. Temo que se fatigue usted...

Eduardo cubrió el boceto de arcilla, con un paño húmedo y guardó los útiles en el pequeño estuche de madera.

El busto de Amalia iba formándose, con esa admirable realidad plástica que el joven escultor sabía dar a la arcilla desde los primeros toques.

¡El busto de Amalia! Todavía parecíale un sueño a Eduardo el poder admirar todas las mañanas a la hermosa mujercitá.

Mientras Eduardo modelaba, permanecía junto a los jóvenes la señora Adelia, tía de Amalia.

A veces, cuando los dejaba solos por unos momentos, para

«dar un vistazo» — como ella decía — por el interior de la casa, Eduardo y Amalia conversaban a placer.

En esas conversaciones, que encantaban a Amalia, el joven artista narraba sus viajes por Europa, hablaba de los artistas célebres que había conocido, contando curiosos detalles de la vida de esos elegidos de la fama.

Otras veces hablaba de sí mismo, con discreta modestia, recordando a sus padres, narrando episodios de su niñez y de su vida de estudiante.

Amalia le escuchaba con interés, sintiendo no sabía qué extraña sensación de femenina timidez ante aquel joven vigoroso y arrogante, que la hablaba con ese noble entusiasmo del artista, mientras sus ojos negros, plenos de vida espiritual, la miraban con cierta expresión de respetuosa dulzura.

Aquella mañana, mientras bebía la tacita de café que acababa de servirle Amalia, Eduardo se decidió a decirlo todo.

Estaban solos en ese momento. En el jardín de invierno no se escuchaba otro rumor que el tic-tac de un reloj de péndulo y el susurro del surtidor de agua, que coronaba la pequeña fuente de adorno que se elevaba en el centro mismo del jardín invernáculo.

Eduardo, hondamente emocionado, obedeciendo a un impulso sincero de su alma, le habló, sin preámbulos, sencillamente con esa conmovedora sencillez del hombre enamorado.

La amaba. Hasta entonces lo había ocultado, temiendo una negativa que le hubiera impedido el continuar visitándola.

Y ante la sorpresa de Amalia, que presa de desconocida emoción, no sabía qué contestar, Eduardo habló y habló, con vehemencia, con la avasalladora elocuencia de la pasión.

Sí, siempre la había amado. Desde la primera vez en que la vió: desde aquella noche venturosa e inolvidable en que se habían hablado por vez primera...

Sí, la amaba. La amaba locamente. Si ella lo rechazara, no sabría él qué objeto dar a su existencia, y no daría a su vida sinó el valor de un pingajo, que se arroja con desprecio.

¡Cuántas veces había soñado que ella era su esposa, su compañera, su rubia reinecita, su tirana idolatrada!

Y cuántas veces, también, había sufrido angustias terribles al sólo suponer que ella lo rechazara, que ella le ordenase un alejamiento, un olvido ya imposible!

Pero eso no sucedería. Ella era generosa y buena. En sus ojos azules se reflejaba un alma todo sentimiento, que no querría hundir al hombre que la adoraba, en el abismo horrible de la desesperación y... de la muerte!

Sí, él estaba seguro de que su reinecita rubia y hermosa como la luz divina de la aurora, lo había de compadecer. A él, que nunca había perdido su batalladora arrogancia ante los hombres, y que ahora suplicaba humildemente ante la más divina, la más hermosa de las mujeres!...

—Amarla, amarla mucho, muchísimo, toda la vida! Ser su esclavo, Amalia!

La joven, escuchando esas palabras ardorosas, permanecía sin saber qué hacer ni qué decir.

Ese hombre joven, hermoso en su varonil apostura, irradiando el fuego irresistible de su espiritualidad superior, la intimidaba a pesar suyo, y le hacía sentir misteriosos e incomprensibles deseos de dejarse caer en los brazos del joven y recostar su cabe-

za en aquel pecho férreo, de atleta, con la instintiva inclinación femenina a sentirse protegida por el hombre que la ama.

—¡Oh, Pintos, no me hable usted así!

Eduardo insistió, con mayor vehemencia.

¿Entonces era verdad que ella lo rechazaba, sin piedad, sin darle siquiera una vaga esperanza de ventura?

¿Era posible, entonces, que él hubiera nacido para la desgracia, condenado de antemano a la terrible soledad de una vida sin amor?

—No... no... Eduardo... Si yo también creo... Pero déjeme reflexionar, señor Pintos... Déjeme... Vuelva dentro de unos días... de unos días.... Se lo pido por su amor... Unos días nada más, señor Pintos...

VI

Un día, dos días... Dos días largos, insoportables,. durante los cuales Eduardo, presa de la inquietud, no podía distraer su espíritu, ni aún intentando modelar.

No había visto ni a sus amigos íntimos, sumiéndose voluntariamente en esa terrible compañía de uno mismo, cuando la angustia y la duda agitan el espíritu...

Un día; dos días... Ya había amanecido el tercero, y aquella aurora clara y serena había despertado en el ánimo de Eduardo esa esperanza que le acariciaba a la hora del alba y que se disipaba tristemente cuando las horas de la noche llegaban, sin que noticia alguna le informara de la resolución de la señorita de Velimar.

Sin ánimo para el trabajo, azotado por la excitación intensa de sus nervios, se vistió y salió de su casa.

Caminó y caminó. Recorriendo la ribera, miraba sin ver el espectáculo del puerto, en plena actividad.

Algún rostro expresivo, alguna figura de marinero, con «carácter», le llamaba débilmente la atención, llevado por esa sensible receptibilidad artística de su temperamento, Pero nada llegaba a interesarle, absorbido como estaba por aquel monoideísmo intenso, que le impedía el pensar en otra cosa que en Amalia.

Caminaba, caminaba lentamente.

Veía pasar los pesados carros y los camiones automóviles, cargados de fardos y cajones, saltando con estrépito sobre el adoquinado.

A veces se sorprendía mirando, distraídamente, a uno de aquellos pobres y lastimosos viejos que iban recogiendo, en una sucia bolsita, los granos de maíz, que brillaban entre los rieles y en los insterticios de las piedras del murallón; salpicaduras ínfimas, insignificantes, de aquel torrente inagotable de riqueza agrícola, que los vagones iban volcando, hasta llenarlas, en las enormes y oscuras entrañas de esos transatlánticos, negros e impotentes, que marcharían luego río afuera, para dispersarse en los mares y alimentar al mundo.

Otras veces quedábase como extasiado, mirando la operación de embarque de caballos, viendo a las asustadas bestias, que se elevaban por el aire, pendiendo con cinchas al extremo del potente brazo de las grúas hidráulicas.

Caminó toda la mañana por las cercanías de su casa, regresando varias veces para inquirir si había novedad.

—No han hablado, Alberto?

—Nada, don Eduardo.

Volvía a salir, continuando aquel vagabundeo sin objeto, que calmaba, con el cansancio físico, la sobreexcitación nerviosa que le agitaba.

A media tarde regresó por décima vez a su taller. Intentó trabajar: imposible.

Sus facultades no respondían al intento de creación. La idea fija, la imagen de Amalia, le absorbía por completo.

¡Amalia! ¡Amalia! Arrastrado por la fiebre angustiosa de su amor, se dejaba arrullar por venturosas esperanzas, para luego caer nuevamente en un estado de aplastador pesimismo, de cruel desesperanza.

Frente a la *walkiria* a medio hacer, desalentado, abandonó las espátulas. Imposible el trabajar. Su mano se movía torpemente, como si hubiera perdido esa maravillosa pericia que hacía que, en dos trazos, nerviosos y audaces, fijara un rasgo, trazara una de esas curvas armónicas y graciosas que, en el conjunto de sus obras, acusaban la «manera», admirable y envidiada, de Eduardo Pintos.

Al segundo o tercer intento, quedó desalentado.

—¡Voy a estropear el boceto... ¡Qué torpe estoy!

Subió a su despacho. Intentó leer. También en vano. Tres veces comenzó la lectura de una novela; y las tres veces se encontró con que, después de haber recorrido con la mirada varias páginas, no había logrado enterarse de nada.

Apenas vagamente, sabía que el primer capítulo se desarrollaba en un jardín... Algunos personajes, entrevistos por la conciencia: una joven, que se llamaba Luisa, alguien que bajaba una escalinata... ¡nada más!

Tiró el libro. Pasaron las horas. El sol se ocultó detrás de la inmensa ciudad, y las sombras, viniendo del río, plomizo y tristón fueron borrando los detalles, agrandando las perspectivas, dando misterio y majestad augusta al marítimo paisaje.

Sentado frente a su mesa escritorio, con la cabeza entre las manos, que hundían sus dedos en la sedosa cabellera, Eduardo miraba inmóvil, hacia el río, fija la visión en las sombras.

En la rada, allá a lo leejos se veían brillar las luces de las boyas, los fanales de los buques fondeados, parpadeando débilmente en el horizonte.

Lucecitas blancas, amarillas, rojas y verdes, reflejándose en las aguas, inmóviles al mirarse a la distancia......

¡Lucecitas verdes! Lucecitas pequeñas y titilantes como las estrellas, que se iban desvelando lentamente en el fondo cóncavo y enorme de los cielos!

Lucecitas verdes, lucecitas de esperanza......

Eduardo las miraba fijamente, aferrándose a ese símbolo, con la obsesión del desesperado. Lucecitas......

De pronto, en el callado ambiente del despacho, sonó con persistente y velocísimo martilleo el timbre del teléfono.

Eduardo se paró de un salto, agitado por un sacudimiento de la sangre.

El ritmo de la vida se aceleró en él. ¿Quién llamaría? ¿Quizá...?

Descolgó el auricular, y mientras escuchaba, su rostro fué cambiando de expresión.

Supo que «de parte de la señorita de Velimar, se le rogaba que fuera al día siguiente para continuar las poses».

Eduardo sintió en sí mismo un renacimiento formidable de energía psíquica.

Se paró, en medio del despacho, irguiendo su cuerpo de gigante. Su cabeza cobró fantástico aspecto al agitar la melena, como sacudida por el desborde tumultuoso y súbito de misteriosa energía interior.

Y luego, como empujado por irresistible mano, abandonó el despacho, bajó rápidamente la escalera, haciendo crugir los escalones, y encendió todas las luces del taller.

¡A la obra! Ahora sí que podría continuar el modelado de la *walkiria*, creándola de la nada, amasando la arcilla, con ese poder del artistá, que es semejanza del de Dios. ¡La única débil semejanza acequible a los hombres, en su penosa marcha ascendente, desde los orígenes misteriosos en la materia inanimada, hacia aquel término inalcanzable e inconcebible, en la nebulosidad de lo infinito y de lo eterno. Del todo y de la nada.

VII

—Sí, señor Pintos, sería inútil insistir: es mi resolución definitiva. Lamento en el alma, por otra parte, que sus sentimientos para con mi sobrina sean contrariados......

En vano Eduardo invocó los sagrados derechos del amor; en vano habló de la injusticia de pretender alejar a dos jóvenes que se aman.

Don Francisco Velimar, encerrándose ya en una pertinaz reserva, ratificó su resolución.

No, no; él no podría tolerar aquella unión. Su sobrina Amalia debía aspirar, por su rango social, por su fortuna, a algo más que a... un artista, muy respetable por cierto, pero que en la época en que vivimos no es, no puede ser, el ideal de una niña como Amalia.

Eduardo se puso de pié y se despidió, haciendo un esfuerzo para contener sus vehementes deseos de castigar a aquel viejo pretencioso, con orgullos de aristócrata, y cuyos pergaminos eran los sucios y manoseados billetes de banco.

Ya en la calle, a su indignación del primer instante, sucedió el desaliento.

En verdad que él nunca había considerado la posibilidad de una negativa semejante.

El mismo había precipitado esa entrevista con el tío de su amada, deseoso de formalizar el compromiso con Amalia.

Y ahora, de pronto todo había cambiado. El corto idilio se veía brúscamente interrumpido, puesto que ya no le era posible continuar sus visitas a la casa de Velimar.

Mientras caminaba, con paso nervioso, reflexionaba en su situación.

Y en un arranque de optimismo, murmuró:

—Bah, el amor no conoce obstáculos... ¡Y la amo tanto!

VIII

Eduardo consultó su reloj: las diez de la mañana. Continuó lentamente su camino por aquel sendero que serpenteaba, en suave descenso, por entre los verdes canteros, coronados por macisos de flores, en el esplendor de la primera floración primaveral.

Allá abajo, los automóviles iban y venían velozmente, por la curvada barranca de la Recoleta.

En los jardines, bañados por el sol, jugaban, correteando, algunos niños, que gritaban y reían alegremente.

Eduardo se detuvo junto al puente que salva el pequeño lago, profundo, cavado en plena barranca, bajo la sombra de los árboles.

Ahí era. Allí, en aquel lugar apacible y central, fuera del alcance de miradas indiscretas, se habían citado los dos jóvenes, en el ansia de verse, de hablarse, de sentirse juntos, ahora que no les era permitido continuar sus entrevistas en la casa de Amalia.

¿Vendría Amalia? ¿Podría robar esos minutos a la vigilancia de sus tíos?

Eduardo volvió a mirar su reloj: las diez y cinco.

Observó los caminos. Varios jardineros emparejaban, con pequeñas máquinas, el césped que cubría los canteros; algunos señores, sentados en los bancos que se alinean junto a la balaustrada de la avenida, leían los diarios, calmosamente, mientras gozaban de la caricia plena del sol.

Cerca de él, en el oculto rincón, casi agreste en medio de aquellos jardines cuidados a la manera británica, no había más persona que un viejo de mísera apariencia, que dormitaba sentado en un banco.

De la iglesia del Pilar, llegó el sonido grave de las campanas del reloj.

—¿Cómo, recién las diez? — murmuró. — Atrasa el mío, entonces...

E hizo girar las manecillas de su cronómetro, corrigiendo la diferencia. ¡El, que jamás sabía la hora en que vivía!

Una voz femenina le hizo volverse con viveza.

—¡Eduardo!

—¡Amalia, Amalia mía!

Los jóvenes permanecieron unos instantes tomados de la manos, fijas las pupilas en las pupilas, sin articular palabra alguna.

Después, Amalia habló de las dificultades casi insalvables que se oponían a esas entrevistas. Solamente por una casual coincidencia, había podido correr junto a su Eduardo, a su amado dueño......

Pero, ¿cómo hacer en el futuro?

—Tú, no puedes imaginarte, Eduardo, cómo se me vigila! Imposible el verte, imposible!

Se sentaron, bajo un ceibo de ancho y rumoroso follaje.

—Imposible, Eduardo! Y yo no puedo vivir sin verte, sin oirte, sin poder apretar tu mano, sin sentir que tu apretas la mía, sin ver que tu me miras!

Hablaron de su decisión, ya convenida en secreta correspondencia. Ella se presentaría a los Tribunales y solicitaría venia legal para contraer matrimonio, puesto que, a sus diez y ocho años, debía llenar ese requisito, faltándole el consentimiento de su tío y tutor.

—Trajiste, Eduardo, el papel de sello? Te lo firmo ahora, si tú lo quieres...

El joven extrajo, del bolsillo interior de su saco, un papel sellado, escrito a máquina, conteniendo la presentación y pedido de venia de la joven.

Amalia tomó el papel y la lapicera de depósito que Eduardo le extendía, y firmó apoyando la hoja en sus rodillas.

—Firmo mi solicitud de libertad y de dicha — dijo, alegremente Amalia.

—Oh, mi vida; ya no desearía vivir sinó para hacerte dichosa!

Amalia dejando reposar su mano blanca y delicada entre las fuertes de Eduardo, dijo después de un instante de silencio:

—Escucha, Eduardo. El otro día, junto a la tumba de papá y mamá, juré que si no fuera tu esposa, me quitaría la vida!...

Y, al sentir que las manos de su amado oprimían las suyas con emoción, agregó, mientras sus ojos, sus hermosos ojos de oscuro azul, se humedecían de santas lágrimas:

—Y renuevo el juramento, junto a tí, mi dueño, mi Eduardo, mi vida... O tuya, o me iría con papá y mamá, Eduardo mío!...

IX

Un mes duró la tramitación de aquel enojoso asunto. Héctor Velar, el joven abogado, tramitaba el juicio, como apoderado de Amalia Velimar.

Durante todo ese tiempo los jóvenes no habían logrado verse, y apenas escribirse, pues los tíos de Amalia, exasperados por la presentación de su sobrina a los tribunales, la vigilaban estrechamente. Casi no salían de casa. El señor Velimar, no hablaba ya a su sobrina, y solameente doña Adelia solía insistir afanosamente en convencer a Amalia de la conveniencia, de la necesidad absoluta, de olvidar a ese bohemio sin méritos, a ese perturbador de los hogares decentes, que debía perséguir a muchachas de su categoría y no venir a sembrar la discordia y el disgusto en una casa en la que nunca debió ser admitido.

Ante la firmeza de Amalia, la señora de Velimar, se dejaba llevar por el enojo, y de las súplicas pasaba a los reproches y a la amenaza.

Era inútil, era en vano que insistiera ella en el propósito de casarse con ese cazadotes, con ese desvergonzado audaz. Ahí estaban su marido y ella misma, para impedir semejante cosa, costara lo que costara.

—Ese es el premio qué recibimos tu tío y yo, por haberte mimado toda tu vida! Entre nosotros y un cualquiera, entre tus tíos y el primer descamisado que has encontrado, te quedas con él! ¡Vaya con tus sentimientos! ¡Valía el sacrificio de haberte criado!

—Tía, usted sabe cuánto la quiero... ¡Pero si yo no podría vivir sin Eduardo!

Y, llorando, agregó:

—Entre vivir sin él, y la muerte, elegiría el morir...

La señora de Velimar, en el colmo de la indignación, exclamó:

—¡Sería preferible eso, Amalia!

—¡Tía! ¿Has podido decir eso, tía?

X

Ya no se trabajaba en el taller de Eduardo Pintos. Permanecía cerrado y silencioso.

El joven pasaba las horas sumido en profundo abatimiento, seguido de fugaces exaltaciones nerviosas.

No modelaba. Su *walkiria*, casi terminada, estaba allí, resquebrajándose por falta de humedad, que nadie se ocupaba en mantener.

Su única preocupación, su idea fija, su obsesión constante, era la marcha de aquel juicio sumario, de cuya terminación dependía su felicidad o su desgracia.

Aquella complicada máquina de la justicia, que él apenas conocía, le tenía tomado entre sus engranajes. ¡Vieja máquina de antiguo sistema, de gastados ejes y rechinantes piezas! Maquina lenta, insegura, peligrosa. Máquina de infierno.

Todos los días, Eduardo pedía noticias a su amigo Velar.

¿Había sentencia? No: no la había aún.

El monstruo de vieja ferretería, marcha trabajosamente, a empellones, haciendo gemir los enmohecidos dientes de los engranajes. La máquina se detiene, vuelve a marchar, vuelve a detenerse, consumiendo energías y energías en hacer girar inútiles y engorrosos rodajes, flojos y descompuestos.

Eduardo, además, ya casi no tenía noticias de Amalia.

La correspondencia, secretamente mantenida, se hacía ya casi imposible, impedida por la severísima vigilancia que rodeaba a la joven.

Y él, reducido a la impotencia, se consumía en la soledad, presa de la más amarga de las inquietudes.

No quería ver a nadie. Se encerraba en su despacho y de allí no salía sinó para hablar con Velar.

—¿Ha habido sentencia?

—Todavía, no. Quizá mañana.

Un día, a las cinco de la tarde, llegó Velar al estudio de Eduardo.

—¿Novedades?

—Sí, querido...: el juez falló.

En el tono de la voz, Velar denotaba triste desencanto.

Eduardo Pintos, quedó en silencio, durante un instante.

Luego, con profundo abatimiento, volvió a hablar:

—Lo niega, ¿verdad?

—Sí, amigo mío: lo niega.

Eduardo volvió a guardar silencio.

Luego pronunció estas palabras, que tantos repiten todos los días y que son una vergüenza para la república:

—Lo esperaba...: ellos tienen amigos en los tribunales. Además... son ricos, muy ricos.

Quizás, al decir eso, Eduardo cometía una injusticia.

XI

En el ambiente silencioso y triste del despacho, no se escuchaba más que la respiración desacompasada de Eduardo.

Su cabeza hermosa, su noble cabeza de artista, se apoyaba en ambas manos.

Sentado frente a su escritorio, con los codos en el borde de la mesa, permanecía inmóvil, con los ojos mirando a la pared, pero vagamente, sin ver nada, casi nada. Humedos, de llorar se diría, si pudiera llamarse llanto a lo que humedece los ojos de los hombres cuando son vencidos en una lucha desigual e innoble por el ambiente adverso.

¡Pobre Eduardo Pintos! ¡Pobre artista, pobre soñador!

Adiós, ensueños de pasión, y adiós, esperanzas de glorias en el arte! Espejismos, alucinaciones engañosas, falsas luces de lentejuelas... ¡Sueños, hermosos sueños del pasado!

¿Para qué le habían servido sus años de férrea tenacidad en el estudio? ¿De qué le valía ese talento que le proclamaban? ¡Bah, eso no era nada, nada, nada!

Un cualquiera, como ese señor Velimar, podía menospreciarlo, pisotearlo, humillarlo... Sin consideración alguna: como a un perro.

—¡Sí! ¡Cómo a un perro! — exclamó, casi gritando.

Y esa frase, al oírsela él mismo, le hirió cruelmente.

—Ah, no! Eso, no! — volvió a exclamar, poniéndose de pié.

La lucha no había terminado. No podía haber terminado.

Amalia lo amaba: sería suya. No podía él sumirse en un abatimiento semejante y renunciar a la lucha.

¡Fuera cuál fuera esa lucha!

¡Fuera cuál fuera el resultado!

Para eso él era hombre.

Y para eso era, también, artista.

¿No era el dolor el principio eterno de la belleza? ¿No se han modelado todos los grandes espíritus en el sufrimiento intenso y cruel, adquiriendo así esa poderosa facultad de interpretar el dolor de los otros?

¡Sí, él lucharía, lucharía con todas sus fuerzas!

El ruido de la escalera, al denunciar que alguien subía, le sacó de su abstracción.

Era Alberto, su buen secretario, que le traía una carta.

La tomó febrilmente y miró el sobre. ¡Era de ella! Era su letra, menudita y cuidada...

Rasgó el sobre nerviosamente, y leyó.

Era una carta sublime. Una carta de mujer que ama hasta la locura. Era un canto a la abnegación y al sacrificio, escrita con las lágrimas divinas de una mártir.

Ya sabía ella lo resuelto por el juzgado. Nada significaba eso. Podía su Eduardo confiar en ella. ¡Qué podía un funcionario despiadado e insignificante contra el amor de dos seres como ellos! ¿Qué podían las odiosas leyes de una sociedad egoísta e indiferente, contra su firme resolución de quererse o morir?

Y terminaba:

«Seré tuya, tuya, tuya. Pasado mañana, en el día de mi cumpleaños, saldré de esta casa, a cualquier hora, en cuanto me sea posible, e iré a la tuya, a la *nuestra*, para que me abraces y abrazarte... con toda el alma, con todas las fuerzas de nuestros brazos, glorioso Eduardo mío!»

XII

Llegó el día. Eduardo, durante toda la mañana, se ocupó en ordenar el taller y el piso alto.

Hizo llevar flores, muchas flores, que llenaron los jarrones y las ánforas que adornaban el taller y el despacho.

Humedeció la *walkiria* y, con diestra mano, reparó las grietas que dividían la arcilla.

En el despacho, preparó una mesa, con botellas de «champagne», con dulces, con flores.

Todo lo hizo por sí mismo, alegremente, cantando, con esa alegría radiante de los buenos que se sienten felices.

Llegó el medio día. Almorzó apenas. Para calmar su impaciencia, se puso a modelar. Trabajó con placer. Terminó casi el hermoso caballo que montaba la *walkiria*, la hermosísima Brunilda, lanzada a la carrera a través de las nubes.

Pasaban las horas. Eduardo, no pudiendo ya concentrar su actividad mental en la labor, abandonó el modelado.

Subió a su despacho y se asomó al balcón.

Amalia no llegaba. ¿No habría podido burlar la vigilancia?

Eduardo, pensando en ello, sufría. ¡Sí pudiera estar a su lado para defenderla!

Entró. No podía estar quieto. Sin cesar, recorría la habitación de un extremo a otro.

Sentía sed, una sed intensa. Cierta angustia le oprimía el pecho y le ponía pastosa la boca.

Abrió una botella de «champagne» y bebió una copa, nerviosamente, sin paladearlo, sin respirar.

Ya caía la tarde. Eduardo miraba a cada instante su reloj. Pero lo miraba sin ver; no sabía que hora era, después de haber contemplado la blanca esfera del reloj que agitaba en su mano.

Volvió a beber. Necesitaba calmar aquella sed infernal, implacable, que le hacía pegar los labios.

Bajó al taller. Volvió a subir. A cada instante reparaba si todo estaba en orden, arreglaba de nuevo las flores...

Llegó la noche. Para ahogar esa angustia que le consumía, volvió a servirse una copa de champagne, y la bebió ansiosamente.

Acada minuto, escuchaba los ruidos de la calle. Si oía pasos se asomaba. No, no era ella todavía: eran marineros que pasaban fumando sus cigarros, sin prisa alguna, dirigiéndose a las tabernas de la ribera.

¿Qué habría sucedido? ¿No vendría ya?

Eduardo no quería pensar en ello. Sí, vendría! ¿Cómo no habría de venir si lo había prometido?

Y abrió otra botella.

Pasó una hora; pasaron dos.

El joven miró hacia afuera, parado en la puerta del balcón.

Contempló la ribera con el confuso enjambre de mástiles y chimeneas. Miró la hilera de fanales de luz amarillenta en lo alto de las cofas.

Más allá, el río, apenas iluminado por la luz de las estrellas.

Y allá en la lejanía, las luces blancas, rojas, verdes, que se prolongaban en inquietas líneas sobre las aguas.

Eduardo siguió bebiendo. Una vaga sensación de alivio le invadía. Se interesaba por el paisaje y lo contemplaba con encanto.

El silencio de la noche se interrumpía, solamente, por el campaneo de los tranvías que pasaban por allí cerca, iluminando a su paso las sombrías calles y las arboladuras de los barcos amarrados a los murallones.

Una gran mancha de luz atrajo su mirada. Era uno de los vapores fluviales que emprendía viaje rumbo a Montevideo.

Pasó lentamente por la Dársena y enfiló el canal. Sus tres cubiertas superpuestas resplandecían de luces, con aspecto de maravilla.

Eduardo lo siguió con la mirada, mucho tiempo, hasta que desapareció en la lejanía oscura y tranquila del gran río.

Sin saber por qué, la desaparición de aquel buque en el sombrío horizonte, le entristeció profundamente.

Por la calle, bajo su balcón, alguien pasó cantando una canzoneta napolitana, llena de esa inflamada pasión meridional que acelera el ritmo de la sangre.

Eduardo la escuchó encantado. La visión del Nápoles nocturno, arrullado por las romanzas de los tenores callejeros, revivió en su imaginación.

—*Bravo*, *amico*, *bravísimo*! gritó desde el balcón.

—*Grazie, signore,* — contestó la voz. Y luego el cantan-

te se alejó, continuando su canzoneta, que se fué perdiendo poco a poco en el silencio de la ribera.

De pronto sintió una sensación extraña, inexplicable. Su ser se agitó como sacudido por algo terrible. Y sintió miedo.. Una angustia intensa le oprimió la garganta. ¿Por qué? No lo sabía... Una extraña asociación de ideas... el río... su Amalia... ¡un espectáculo terrible!

De dos tragos, tomó dos copas más, con mano trémula.

Poco á poco se calmó. Volvió al balcón y se apoyó en la baranda. No se sentía bien. Las piernas le flaqueaban.

Una luz roja le llamó la atención, por allá, hacia el sud.

La luz fué aumentando, aumentando, y se pudo ver una columna de humo negro con reflejos cárdenos.

—Un incendio — dijo, con anormal naturalidad. — Muy bonito...

E interesado ya, le observó.

Las llamas crecían, se elevaban, como lenguas infernales.

Una coloración roja tiñó las aguas....

De seguro, ese incendio se producía en alguna de las barracas de Avellaneda.

Eduardo bebió más.

Se sentó en un sillón y contempló aquel fantástico espectáculo. Las llamas seguían subiendo, en retorcidas espirales, como queriendo lamer los cielos.

Una gran pesadez invadió su cabeza y la hizo inclinar sobre su pecho.

Las luces de la aurora le sorprendieron allí, dormido.

En el lugar del incendio se veía un humeo negro y triste.

Eran cenizas, tristes cenizas de lo que fué. Mísero esqueleto calcinado, que despedía humo como agonizante lámpara votiva.

El sol apareció esplendorosamente.

Eduardo dormía. ¡Oh, si no hubiera despertado!

XIII

Cuando se despertó, ya era más de medio día. Abrió los ojos y, al extrañar su lecho, miró con sorpresa en torno suyo.

Sobre la mesa vió las botellas vacías y los platos de dulces. Aquello revivió sus recuerdos adormecidos. ¿Y Amalia?

Se puso de pié trabajosamente. Sintió que la cabeza le pesaba como plomo.

Trató de recordar lo acontecido. Las botellas y las copas, esparcidos en desorden sobre el mantel manchado, le hicieron comprenderlo todo.

Se había embriagado. ¡El, que jamás bebía una copa más de lo discreto!

Pero, ¿y Amalia? ¿Por qué no había venido?

De seguro, la estrecha vigilancia de que la rodeaban se lo habría impedido. Pero, vendría; él estaba seguro de que vendría.

El cielo claro, el paisaje risueño, el sol de aquel día luminoso y sereno, le infundieron un firme optimismo.

—Vendrá... vendrá!...

Fué al cuarto de baño y mantuvo, durante un momento, la cabeza debajo del chorro de agua fría. Eso le despejó.

Concluído su ligero arreglo personal, bajó al taller. Un intenso aroma llenaba el ambiente, exhalado por las flores que asomaban de los jarrones.

En ese instante, entró Héctor Velar.

Al ver a Eduardo, se detuvo, sin articular palabra. Estaba

pálido, muy pálido. Sus labios parecían temblar ligeramente.

Eduardo, al notarlo, interrogó con ansiedad:

—¿Qué hay? ¿Sabes algo?

Héctor continuó en silencio, como si el hablar le supusiera un esfuerzo. Sus ojos brillaban húmedos.

—Sabes algo? ¡Dilo por caridad! — exclamó con voz suplicante Eduardo, mientras tomaba del brazo a su amigo.

—¡Oh, mi amigo, mi pobre amigo !— dijo, por fin.

Y le estrechó entre sus brazos.

—¡Mi pobre Eduardo! — volvió a decir.

El joven escultor, impresionado por aquella actitud de su amigo, comprendió que algo grave, gravísimo, había ocurrido.

Ya no se atrevía a preguntar.

Héctor, con mil precauciones, con la voz entrecortada por la emoción lo dijo todo, tropezando a cada instante, en el difícil intento de no destrozar de un golpe el alma de su amigo.

Se había sabido por telegramas de Montevideo, recibidos esa mañana, y completada luego la información por Héctor. que había realizado averiguaciones.

Según podía desprenderse, Amalia había intentado huir de su casa. Sorprendida en el instante en que salía a la calle, su tío la había obligado a regresar a su casa. Enseguida había hecho preparar el equipaje, y se había embarcado con Amalia en el vapor de la carrera a Montevideo.

Después... No se conocían bien los detalles... Pero se sabía que a eso de media noche, Amalia había corrido hacia la borda del buque y se había arrojado al agua.

En vano el vapor detuvo la marcha. Inútiles los esfuerzos de la tripulación por encontrarla, a pesar de los botes arrojados con prontitud...

Al terminar el terrible relato, Héctor se sobresaltó al observar el rostro de su amigo. No habría articulado palabra. Los músculos de la cara se habían contraído fuertemente y sus ojos brillaban, secos, con fulgores extraños.

Había quedado anonadado. Inmóvil, silencioso, parecía sumido en un sopor inconsciente de horrible indiferencia.

De vez en cuando, un ligero estremecimiento recorría su cuerpo.

Y mantuvo su silencio obstinado durante largo tiempo.

Por fin, con breves súplicas, consiguió que Héctor lo dejara sólo.

—Déjame, déjame. Vuelve esta noche, Héctor. Ahora quiero estar sólo... Necesito desahogarme un poco... Vuelve esta noche...

XIV

Cuando se fué Héctor Velar, Eduardo permaneció en el mismo sitio, durante unos minutos, sin hacer movimiento alguno.

De pronto sus manos se crisparon y, al cruzar los brazos sobre el pecho, sus dedos estrujaron las carnes de los brazos.

—¡Muerta! — gritó.

Y esa palabra hizo que un sacudimiento terrible agitara su cuerpo.

Cerrando los ojos, apretando los labios, contuvo algó que le subía del pecho y le oprimía la garganta, con angustiosa tenacidad.

—¡Muerta! — volvió a exclamar.

La visión de la tragedia, reconstruída imaginativamente, le hizo temblar de espanto.

—¡Amalia! ¡Mi Amalia! — gimió.

Después se acercó lentamente a la *walkiria*. Al verla, al contemplar ese rostro bellísimo, que era el rostro de Amalia, sintió que sus fuerzas flaqueaban, que los sollozos lo ahogaban.

En un supremo esfuerzo se sobrepuso.

Y febrilmente ya, como queriendo aturdirse, comenzó a destruir la *walkiria*. Sus dedos se hundían rabiosamente en la arcilla, y el bellísimo boceto se iba transformando en amorfos montoncitos de tierra gris.

Después trajo la reproducción en yeso de su *Sigfredo*. A golpes, lo redujo a pedazos. Y mezcló todo; mezcló arcilla y yeso, furiosamente, desesperantemente, como queriendo hacer de todo uno; de Brunilda y de Sigfredo, unidos en el polvo, algo nuevo, un nuevo ser... algo del más allá... de lo eterno... de lo imposible.

Cuando terminó aquella destrucción demente, quedóse unos instantes sin moverse.

—¡Muerta! — volvió a exclamar con voz descompuesta, estridente casi, que le hizo estremecer.

De pronto, como decidido a alguna empresa, salió a la calle, en cabeza, como estaba.

Caminó, y caminó. Su paso mecánico, nervioso, acelerado, le llevó por la ribera, hacia el norte. Parecía que toda la energía psíquica de su ser, sobreexcitado hasta el extremo, se transformara en energía física.

Caminó y caminó. Era tarde ya. El sol se ocultaba en el horizonte.

Para Eduardo, nada existía ya. Las cosas habían perdido su alma.

Sus ojos, al mirar los buques, las grúas, los depósitos, percibían formas, signos; pero todo eso no eran ya, más que sensaciones simples. Su presencia no despertaba asociaciones: la conciencia apenas subsistía.

Caminó y caminó. Marchaba sin reparar en nada. Por ahí, tropezó con alguien. Le pareció oir que le interpelaban. Voces vagas... sonidos... nada más que sonidos... Ni volvió la cabeza: nada existía... ni él tampoco. Aquello era ya la muerte espiritual. El era su cadáver.

Siguió el camino. Llegó al Balneario. Se dejó caer en un banco.

Miró vagamente el lugar en que se encontraba.

Las luces comenzaban a encenderse. La brisa traía los acordes de alguna orquesta.

No pudo permanecer allí.

Sus nervios le impelieron a la acción.

Caminó, de nuevo, por el espigón, hasta llegar al extremo.

Las olas llegaban suavemente, salpicando las gradas de mampostería, bajo la luz de los focos eléctricos que pendían de las altas columnas de ornato.

Eduardo se detuvo. Miró el río. El rumor sordo y constante del oleaje, le acarició el oído. Estuvo así, durante unos minutos, como absorto en la contemplación del gran río envuelto en las sombras.

—¡Muerta! — murmuró, con dulzura ya, como si la estuviera hablando al oído.

Su rostro se había transfigurado y denotaba un estado interior de tranquila felicidad, de dichoso arrobamiento.

Allá, a lo lejos, vió una lucecita; una lucecita verde que brillaba en lontananza, reflejándose en las aguas con serena tristeza.

La miró fijamente, amorosamente.

Y luego, sin apartar la vista de aquella luz, lentamente, sin precipitación, descendió las gradas, sin ser visto, y se internó en el río; caminó trabajosamente, con el agua a la cintura. Se alejó, se alejó...

En la ribera, se veían las luces de los cafés, del teatro, de los avisos luminosos. La gran rueda de vagonetas giraba lentamente, con su círculo de luces eléctricas, que, de reflejo, giraban también en las aguas.

Un rumor impreciso de lejanas músicas y aplausos, llegaba desde el teatro.

Y allá, en el río, que cubierto de sombras cantaba su monótono chapaleo, ya no se veía nada, nada...

Soucher Cané

Al levantarse tome agua caliente

La limpieza diaria de los órganos internos es absolutamente indispensable para la salud

Tanto las personas que, al levantarse, experimentan una sensación de pesantez y malestar, como las que tienen la lengua sucia, sufren de mal aliento, acidez estomacal, ataques biliosos, jaquecas, dolores de cabeza, reumatismo y frecuentes resfriados, pueden hacer que esas irregularidades y dolencias desaparezcan con sólo limpiar todas las mañanas sus órganos internos, a fin de librarlos de las substancias tóxicas acumuladas allí por el proceso digestivo, antes de que pasen a la sangre y envenenen todo el organismo.

Para efectuar este benéfico baño interno, basta tomar en ayunas un vaso de agua caliente con una cucharadita de Fosfato Limestone. Esta agradable bebida desaloja suave y rápidamente los residuos dejados en el intestino por la digestión de los alimentos tomados la víspera, y elimina toda substancia tóxica y todo exceso de bilis que hayan podido depositarse en el hígado o los riñones. Además, ejerce sobre el estómago una acción tónica y refrescante, gracias a la cual el apetito aumenta y, tanto el desayuno como las demás comidas del día, son bien recibidas y debidamente asimiladas por el organismo. Al poco tiempo de estar efectuando este baño matinal interno, la persona que antes era víctima de la auto-intoxicación, se encuentra disfrutando de los beneficios que una buena salud proporciona: no más dolores de cabeza, no más nerviosidad, no más cerebro fatigado, no más acidez del estómago, no más cutis sucio ni más aspecto enfermizo.

De modo muy especial aconsejamos a quienes sufren de estreñimiento, biliosidad, reumatismo, digestión lenta, agruras, gases, etc., que compren en cualquier droguería un cuarto de libra de Fosfato Limestone — el cual cuesta sólo unos pocos centavos — y pongan en práctica lo que dejamos indicado. Estamos seguros de que los resultados excederán a cuanto puedan esperar y de que, por tanto, adoptarán para siempre la costumbre de tomar todas las mañanas un baño interno.

¿No es necesario para su salud el aseo externo? Pues la limpieza interior lo es mucho más, porque las impurezas acumuladas en los poros de la piel no son absorbidas, en tanto que las toxinas desarrolladas por la fermentación de los residuos alimenticios, se pasan al torrente circulatorio cuando no se les desaloja con la debida oportunidad.

